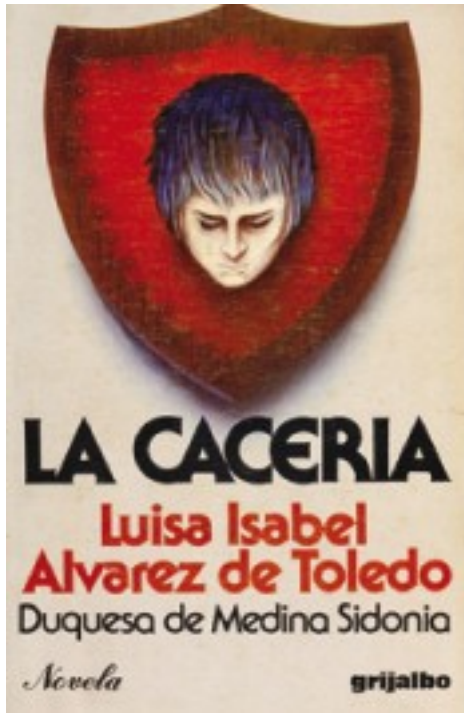


LA CACERÍA



Con la publicación de esta novela, editada en 1977 por Grijalbo, a la vuelta del exilio de la autora, se cierra la trilogía comenzada con la novela *La huelga*.

De corte realista, la autora nos muestra el retrato de una clase social, nacida bajo los auspicios del estraperlo y la de una nobleza decadente, que supo sumarse al carro del poder franquista.

Su hipocresía y su falsa moral con la clase más desfavorecida, serán el hilo conductor que nos introduce al mundo de las apariencias, cuyo efecto golpea a los individuos que caen en sus redes.

Una vez más, la voz crítica de la autora se hace oír con toda su fuerza, en una obra que a nadie dejará indiferente.

I

Prefería contemplar los árboles del jardín -dos cipreses y un paraíso- a encontrarse con Carlos. Como de costumbre, tendría algún discurso preparado para el primer incauto. Mezcla de palabras inconexas e ideas archiconocidas, que todo lo más, servían como ruido de fondo al pensamiento. Había pasado más de media hora. Tocó el claxon, sin preocuparse por el sueño e los vecinos. Amelia apareció en lo alto de la escalinata.

-Dice la señora marquesa que pase. Se está terminando de arreglar.

-Dígale que es tardísimo, y que tengo frío. ¡Que se dé prisa!

La doncella desapareció, repitiendo la frase entre dientes. No le parecía respetuosa, pero hubiese sido incorrecto alterarla. Al fin y al cabo, procedía de una señora.

Cristina se volvió hacia la puerta.

-¿Y la señora condesa?

-Dice que se dé usted prisa... me parece que no quiere subir.

La marquesa esparció el maquillaje con gesto malhumorado. Tenía necesidad inmediata de Marita, para explicar un montón de cosas, que no podía contar a nadie más. Era una especie de confesor laico, capaz de guardar cualquier secreto, siempre y cuando se olvidasen los suyos. En otros tiempos, saltaba de escándalo en escándalo, rompiendo sistemáticamente barreras morales, en la sociedad puntillosa que le tocó en suerte. Un buen día, sin saber por qué, las apariencias empezaron a preocuparla. De la noche a la mañana, se transmutó en elemento "de serie", merecedor de un perdón implícito, que la "élite en presencia" no dudó en otorgar, reintegrando a su seno la oveja descarriada.

Cristina dio un último toque a la línea de los ojos.

-Dame el abrigo.

Amelia se acercó, la piel de leopardo desplegada.

-¡No mujer! ¡Ése no! Hoy vamos de pobres.

-Pero hace mucho fresco...

-Hay que sacrificarse, hija. A los ricos nos cuesta mucho entrar en el cielo. Tanto como al camello por el ojo de la aguja, como dijo Cristo. A veces quisiera ser como tú, que lo tienes casi seguro.

Amelia suspiró, pensando que ojalá existiese. Al menos en el más allá, podría ser libre y feliz. Revolvió en el armario, haciendo chocar las perchas. Al fondo estaba el abrigo de paño, tan gordo como una manta.

Cristina bajó, marcando los tacones en la alfombra.

-¿Has esperado mucho?

Marita arrugó los labios.

-Como de costumbre ¡eres incorregible!

Apretó el pitillo entre los dientes, inclinándose para soltar el freno. El grijo chirrió bajo los neumáticos.

-Tengo algo que contarte.

-Tú dirás...

-Lo de Manolo se está poniendo serio.

Marita sonrió, sin apartar los ojos de la calzada desierta.

-Por lo visto eres tú quien le persigue ¡se cambian las tornas!

Su amiga frunció el ceño, buscando palabras. Era difícil traducir a conceptos un cúmulo de sensaciones.

-Creo que me estoy enamorando. No es como los demás ¿entiendes?

-Dentro de tres o cuatro días te acercarás a cualquier confesionario para dejar la carga. Un poco más arrepentida que otras veces, pero con el espíritu de siempre. Es vieja costumbre.

-Tengo ganas de estar con él. Todo el tiempo. Marita rió.

-¿Le echamos dos semanas?

Cristina se agitó en el asiento. Estaba incómoda porque le dolía la conciencia.

-Me preocupa. Es profundo, y sin embargo, esencialmente físico... Siento que me acostumbro al pecado.

-Invéntate un viaje. La distancia ayuda a olvidar... y se encuentran caras nuevas. Menos comprometidas y hasta más interesantes.

-No es mala idea.

-Una forma como otra de escapar al infierno, si es eso lo que te preocupa. Es más seguro pecar esporádicamente que por sistema. Simple proporción de riesgos.

La Marquesa se estremeció. Desde muy pequeña, le habían enseñado a temer el fuego eterno, y sabía de sobra cómo acecha el diablo, procurando aprovechar las muertes repentinas. Repitió mentalmente un acto de contrición, fórmula de libro devoto, al uso de creyente en apuros. En períodos de apasionamiento, deseaba no creer en infiernos, pero nunca se decidió. La falta de fe en el castigo, implica indefectiblemente la negación del premio, y resignarse a una muerte definitiva. Su propia desaparición, en la nada, era demasiado monstruosa para admitirla.

Marita siguió hablando, con voz de conciencia.

-La vida, tú lo sabes, es algo inseguro. El mañana, un agujero desconocido que puede no llegar nunca. Ese camión, que sale por la izquierda; un trozo de cornisa desprendido, o cualquier casualidad, terminan con nosotros. Después, ya no tiene remedio. Es absurdo, pero hemos de aceptarlo, ¡porque es así! No basta ser bueno, dar limosnas, aun privándonos de cosas que nos gustaría tener. Lo importante es no morir en pecado. Se puede matar, no respetar los mandamientos, ¡hacer lo que te dé la gana! Pero si no encuentras confesor a tiempo, no entrarás en el paraíso.

Cristina sintió que le temblaban los labios. Quería llorar.

El sol se colaba por el ventanilla, con igual libertad que el viento helado por las juntas del tabique. Fernanda acaparó la manta instintivamente, descubriendo el cuerpo del Tete.

-¡Me cago ... !

Se movió entre sueños, recuperando el trozo de paño parduzco. Entonces sintió la carne: blanda y caliente. Fernanda abrió las piernas sin terminar de despertarse. Mecánicamente, con gesto de profesional aburrida. Cuando los hombres quieren otras cosas, tienen boca para pedirlo. Tete se movía pesado y torpe, la cabeza sobre la almohada. Con otra hubiese hecho lo mismo, pues le importaba muy poco quien estuviese debajo.

Pablo sintió las vibraciones.

-¡Eh! ¡Que ya andan metiéndose mano!

Apoyó la nuca sobre un palo de la entramada, mientras su hermana se tapaba hasta la barbilla. Hablaban muy bajo.

-¿Crees que lo harán como otras veces?

El chico arrugó los ojos, con aire de entendido.

-Sólo les he visto tres maneras. Alguna será.

-Te digo que hay cuatro.

-¡Tú sabes mucho! Tres y ya está bien.

-Por detrás...

El muchacho hizo un mohín.

-Bueno... pero viene a ser lo mismo.

Callaron, conteniendo la respiración. No era bueno que los mayores les sorprendieran espiando. Podían enfadarse. Pablo sintió algo extraño en el vientre, que corría hacia la entrepierna. Dio media vuelta, pegándose al cuerpo de su hermana.

-Quiero hacerlo contigo.

La chiquilla negó enérgicamente.

-La otra vez me hiciste una hartá de daño pá ná.

-¡Como que a mí no me dolió!

Maruja se escurrió como pudo.

-¡Mira que grito!

Pablo renunció a la experiencia. Un sudor frío le inundó el cuerpo, y la rabia de la impotencia se le subió a la cabeza.

-¿Hacemos como la otra noche?

La pequeña dudó.

-Nos pegarán.

El chaval sacudió la melena, echando hacia atrás un mechón rubio.

-¿Y qué? Me gusta joderles.

Maruja no contestó, escondiéndose bajo la manta. En situaciones difíciles, el sueño figurado evitaba muchos golpes.

-Ya deben estar terminando...

Pablo se pasó la lengua por los labios resecos.

-¡Madre! ¡Que estamos a jueves y el sol va alto!

Fernanda le miró, sin cambiar de postura.

-¿Estás cierto?

-¡Y tanto! Mira el calendario.

La mujer multiplicó la rapidez de sus gestos. Tete gruñó.

-¿Vas a espabilarme como a los clientes?

-¡Acaba ya, que tengo prisa!

-¡Será si me sale de los huevos!

Fernanda estiró los brazos, empujando el cuerpo de su compañero.

-¿Qué haces, joía?

-¡Que vienen las señoritas! ¿O es que no te acuerdas?

-¿Y a ti qué?

-¡A mí mucho! Más de cuatro veces hacen falta pá salir de apuros.

-¡Déjame otra vez! ¡Que me he quedao con ganas!

-¡Te aguantas!

Fernanda giró sobre sí misma, cayendo al suelo. Tete saltó de la cama, intentando atraparla.

-¡Hija puta! ¡Como te agarre!

-¡Que te vayas! Te dejo chulearme, pero sin hacer perjuicios.

La silla terminó de romperse, y el estante se desmoronó con estrépito de cacerolas. El hombre se detuvo.

-¿Es que ando chinao pá seguir a una hembra? ¡Que no hay ninguna! ¡Con tus muertos, puta!

Salió a la calle medio desnudo, dejando la puerta de tablazón bambolearse sobre el arroyo. Fernanda no se preocupó en cerrarla.

-Vosotros ¡andando! ¡Que ya mismo están aquí!

Don Manuel aspiró profundamente. Le gustaba aquel campo, sin surcos ni praderas. Tierra salvaje y suya, como los pájaros que criaba, y el agua de los arroyos. Quien la contemplase, sin su permiso expreso, violaba la ley, exponiéndose al castigo. Porque así lo mandaba el derecho, sólo Dios, que supo crearla, podía disfrutarla sin autorización.

-¡Pájaro!

Apuntó al cielo. El plomo se perdió hacia lo alto, sin rozar el blanco. Tiró la escopeta, que el chofer recogió al vuelo.

-¡Carga con bala!

Ginés abrió la caja de munición. El guarda se acercó respetuoso.

-Señor... los jabatos están más lejos.

-No me interesan. Quiero blancos pequeños, que afinen la puntería.

Se agitaron las jaras. Un conejo atravesó el clavero. Tres detonaciones. El cuerpecillo giró en estúpida pirueta. Sangre mojando la arenisca.

-¡Estoy en forma!

El chofer asintió.

Pablo hundió los pies en el barro. Regato parduzco, que llevaba hasta la charca grande el agua tirada por las vecinas. Estaba sucia, pero tenía una importante ventaja: se podía usar, sin necesidad de acarrearla. Al chico le parecía una estupidez despreciarla, por el hecho de haber sido utilizada.

Los que tenían trabajo, o se empeñaban en buscarlo, ya estaban en la ciudad. En el barrio quedaban los viejos, tomando el sol por las esquinas, y algunas mujeres, haciendo cola junto a la fuente, o barriendo el suelo de terrizo frente a los porches. Los chicos también andaban por ahí, haciendo como que hacían. En tiempos normales, se recogían en casa de los maestros. Pero éstos se habían ido. Incluso la señora Antonia, que llevaba más de medio siglo enseñando en su cocina, tuvo que hacer las maletas. Si no, la llevaban a la cárcel, porque así lo mandaron unos señores importantes, que vinieron de la capital para cerrar las migas. Fueron de chabola en chabola, buscándolas como si fuesen garitos. Quedó la escuela oficial, que tenía retretes, y profesores titulados, como debe ser. Era bonita, pero apenas cabía un puñado de chiquillos.

El Braulio estaba jugando al frontón contra la fachada. A falta de profesores, había renunciado a su ambición de aprender, para prepararse a pelotari.

-Hoy vienen las señoritas.

El chico retuvo la bola, metiéndola en el bolsillo del pantalón. Se sentó junto a Pablo, aprovechando un montículo.

-Yo no voy a esperarlas. A padre no le gusta. Dice que debemos vivir del trabajo. No de caridad.

-Por hablar esas cosas lo metieron en la cárcel.

-Bueno... pero está bien lo que hace... Al menos, así lo veo yo. La última vez lo soltaron a la semana.

-Hasta que caiga por más tiempo. A los "políticos" los tratan como a chorizos. Lo mismo al sol que a la sombra, hasta que llega el palo.

-No sé qué decirte... El caso es que a mí no me cuadra andar pidiendo. Cogiendo las sobras de lo que te han quitao.

-Es de ellos... de los que dan.

-Pero lo tienen porque se lo trabajan otros. Así lo veo yo.

Pablo alzó los hombros.

-A mí se me da lo mismo. La cosa es ir tirando. Y mi madre, que lo gana por libre... pues no se le da mal.

Braulio sonrió con malicia.

-En casa, cuando hablan de ella, dicen que es una...

Los ojos de Pablo se hicieron más verdes. Cerró los puños. Braulio rectificó el tiro.

-...una mujer muy guapa, vamos... y... creo que a mi padre le gustaría estar con ella... pero no le queda mucho tiempo con eso de las extraordinarias... Además... dice que las mujeres de fuera son cosa de señoritos. Que a él le basta con la suya.

El Pablo sonrió, sintiéndose segura. Estaban tocando un terreno que conocía de sobra.

Ella lo hace con quien quiere, y cuando quiere. ¡Pá eso entiende el asunto! Esta misma mañana estuvo con el Tete. Lo vimos así, como te estoy viendo.

Braulio no pudo disimular su curiosidad.

-Yo quise pescar a mis padres el domingo. Sabemos que lo hacen cuando nos mandan fuera, a que juguemos. Hasta tenía un agujero que caía sobre la misma cama. Pero me pilló la tía Eustaquia. ¡Entavía me duele el culo! Cuando estamos, no se mueven ni de casualidad.

-Te digo que te vengas por mi casa. No echan cuenta de ná.

-Avísame.

-¡Como que soy adivino! Al Tete le da por termitencias. Lo mismo se llega un mes seguío, como ni aparece en medio año... y a los otros apenas los trae. Pá mí que es jindama. Si quiés verlo, tiés que estar al cuidao. Seguirlos cuando crucen por tu calle. Es su camino.

Braulio suspiró.

-¡Cualquiera sale después de la cena! ¡Ni que estén dormidos! Se despiertan y venga a pedir explicaciones. Lo mismo a las tres que a las cinco de la madrugada.

Pablo alzó los hombros.

-Se me hace que tendrás que aguantar con lo que yo te cuente.

Le gustaba ver pasar a la gente. Iban unos detrás de otros, como un rebaño. No eran iguales, pero cuando les ordenaban las luces, se parecían como gotas de agua. De cuando en cuando, el cuerpo de una muchacha se independizaba del conjunto, provocando una frase más o menos prefabricada, cuyos efectos no se preocupaba en comprobar. No tenía tiempo ni ganas de meterse a conquistas. Movió la lengua, haciendo girar la pastilla. Pedazo de goma insípida, que había perdido el sabor. Escupió al frente. La pelotilla marcó una parábola, para aterrizar en el zapato de una vieja comadre. Gervasio rió, celebrando su puntería. Después se acercó al pipero, arrastrando los pies.

-¿Qué quieres?

Extendió el brazo.

-Una de ésas.

-Seis reales.

Sacó las monedas penosamente, depositándolas en la palma que le tendían. Terminada la operación, se recostó de nuevo en la verja. Una mano le atenazó el brazo. Cerró los ojos. La risa familiar de Tete le devolvió la calma.

-¿Creíste que era la bofia?

Gervasio alzó los hombros.

-Hombre... con lo que tengo encima.

-No eres el primero en pasar por el maco. Hay que echar más cojones al asunto.

Iba a enfadarse, pero el gitano no le dio tiempo.

-¡Venga! ¡A tomar un cafelito!

Le siguió hasta el bar. Establecimiento impersonal, con mesas de fórmica, y barra recubierto de plástico. El patrón les conocía de antiguo, y les apreciaba, porque respetaban a la clientela.

-¿Qué va a ser?

-Lo mismo.

Al fondo brillaba la máquina. Gervasio la contempló con deseo, ante la mirada burlona del Tete, que consideraba al socio como obra suya. Lo recogió del arroyo, medio muerto de hambre, cuando esperaba la sopa boba en el quicio de un garaje. Estaba allí, como podía haber estado en cualquier otra parte. Le invitó porque sí, y le metió en el negocio antes de terminar la primera caña. Era exactamente lo que necesitaba, un tipo sin iniciativas ni voluntad, siempre dispuesto a obedecer.

-¿Qué? ¿Te tira el vicio?

Gervasio escondió los ojos.

-Una nada más...

Tete frunció el ceño.

-¿Y el trabajo? ¿Pá cuándo dejas la planificación? Eres incapaz de quitar la cartera a un cegato, y encima tiras lo que gano en la machiná.

El muchacho agachó la cabeza.

-Por un ratillo... ¡mientras sirven el café!

El jefe accedió con un suspiro.

-¡No vayas a liarle!

La bola se disparó hacia el fondo de la caja. Se encendieron luces, y sonaron campanillas. Una bailarina de plástico giró tras el cristal. Agitó la mesa nerviosamente, apretando los botones. Con un poco de suerte, tendría derecho a una ronda de gratis. Tete no podría negársela.

-¡Eh tú! ¡Ya estás servido!

La bola se precipitó en el agujero. Dos botes más, y hubiese ganado. Dio un puñetazo al artefacto.

-¡Coño! ¡Qué duro es esto!

Se acodó en el mostrador, rumiando su fracaso. Tete removía el café, preparando in mente las instrucciones.

-Espera a que te lo señale. Con la moda de los cheques, los más gordos andan sin blanca, y hacer falsos tiene riesgo. No es cosa de exponerse por chuminás: ¡Y atento!

-Por mi madre que no te quito ojo de encima.

-Como debe ser. Aluego ahuecas. ¡No te quedes roneando, que la jodes!

-¿Ande te encuentro?

-Donde siempre. Aguantas un rato. Si no me manifiesto, te las piras. Quiere decir que hay moros. Y no me hagas la de la otra tarde.

Gervasio se sintió ofendido.

-Tan mal no estuvo, que no me trincaron.

-¡Por la vista que tengo! Si no te hago señas, te la enganchan encima.

-La dejé caer en buen sitio. No había razón pá sospechar.

-¡Te da por salir a la calle y estamos colocaos!

-Piernas no faltan.

-¡Que no anda vigila la zona! No llegas ni al cabezo.

-Eso lo habríamos visto.

Tete cortó la discusión con un gesto.

Paredes sin adornos, con las ventanas indispensables. Las levantaron entre unos cuantos, prolongando la capilla de cemento y uralita. Marita giró el volante, procurando evitar los baches. El agua de los primeros charcos salpicó la carrocería. Desde lo alto se dominaba el sur de la ciudad. Fábricas grises y rascacielos en miniatura, pegados los unos a los otros para ganar centímetros. Paisaje de barriada obrera, con cine, supermercado, y estanco. Más cerca, chabolas de tejados pardos, bajo un bosque de antenas. Para las Damas de San Francisco, su existencia demostraba que el suburbio no era tan pobre. Para los habitantes de la zona, significaban un recorte en la ración diaria, y mucho tiempo sacrificado, porque resulta más barato entretenerse ante el artilugio colectivo, que sacar la familia los sábados por la tarde.

Cristina suspiró.

-¿Lo crees indispensable?

-Por lo menos, hacer como que se hace.

-No está escrito en ninguna parte que debamos verle cada vez..

-Hay que preguntarle si tiene algún encargo especial ... y sobre todo, por el comportamiento de los que tenemos apuntados. ¡Lo mandan nuestros estatutos!

-Nos dirá que ya son mayorcitos, y que su obligación no es andar espiando detrás de las puertas. Luego habrá que tragarse el discurso de siempre: que si la caridad es un lujo; que lo que hace falta es suprimir los pobres... y de paso los ricos, que si nosotros somos los únicos culpables...

Marita alzó los hombros.

-Si te molesta ¡mejor aún! Un sacrificio más que ofrecer. Yo también echo de menos a D. Dimas.

-Era un señor de los pies a la cabeza. ¿Te acuerdas con qué interés preparaba las listas de los que iban a misa, de los que llevaban una vida decente? ¡Cuánto se preocupaba por sus feligreses! No había peligro de equivocarse premiando a quien no lo merecía. ¡Ya quisiera éste tenerlos tan bien educados!

-¡Pobrecillo! Claro que estaba un poco anticuado.

-¿No digas tonterías! La bondad y la decencia no son antiguas ni modernas.

Cruzaron el dintel, rematado por una vigueta desnuda. Bancos de pino sin respaldo. Una mesa limpia, y una cruz. Al fondo, tres cuchitriles donde se hacinaban documentos, ordenados en toscas estanterías. También había libros. Obras condenadas por la iglesia y el estado, cuya venta se autorizó en un gesto inexplicable de liberalismo. Protestaron ante el obispo, apenas descubiertas, y éste prometió llamar la atención al sacerdote. Pero no debió hacerlo con excesiva convicción, pues se quedaron donde estaban, es decir, al alcance de cualquier indocumentado, incapaz de digerirlas convenientemente.

Marita golpeó el cristal.

-¡Abre! ¡Si está haciendo lo que no debe, mejor!

-Tienes razón. Sería una oportunidad de conseguir su traslado. Siempre me pareció excesivamente familiar con las muchachas... Claro que aquí...

-Nunca se sabe...

Giró el picaporte. La habitación estaba vacía. Recorrieron el edificio, sin encontrar alma viviente.

-¡Vámonos!

-Será mejor preguntar. Por lo menos, le dirán que estuvimos.

-¿A quién?

Salieron. Campo vacío. Las chabolas se apretaban, como si intentasen protegerse unas con otras. Surgían en una noche, al capricho del constructor. Cuando llegaba la policía, ya estaban ahí, dispuestas a no dejarse derribar. Techo provisional de emigrantes, que llegaban a la ciudad empujados por hambre hereditaria, para unirse en ella durante generaciones. Cruzaron junto a un muchacho de mono azul. Cristina le interpelló.

-¿Sabes dónde anda el cura?

El chico se encogió de hombros.

-¡Ni idea! Hace días que no le veo... y como frecuento poco la iglesia...

Marita apretó los pies contra la tierra, alejándose de quien se atrevía a lanzar semejante declaración.

-Se están volviendo realmente descarados.

Su compañera suspiró.

-Ya sé que nos odian, y cuento con ello. Es un sacrificio más, como decías. Están envenenados por la propaganda extranjera. Son ignorantes, brutos, incapaces de comprender que sólo pretendemos ayudarles, haciendo más llevadera su miseria. A veces me dan ganas de no volver. De dejarles pudrirse con sus rencores.

-Te confieso que a mí también, pero me acuerdo de la plática del P. José Antonio. La última que nos dio en la residencia. Con nuestro sacrificio conseguiremos que Dios salve al mundo. Somos un contrapeso a sus pecados, como las monjas de clausura.

La ladera se hizo pendiente. Una senda difícil, salpicada de barro. Los chicos alzaban la cabeza para verlas pasar. Las mujeres, ni eso. Cristina señaló una joven, que se inclinaba sobre el lebrillo.

-¿Te acuerdas de ésa?

-El invierno pasado le dimos unos cuantos botes de leche para el chico. Si no es por nosotras, estaría muerto.

-Al marido le despidieron de la fábrica por armar jaleo. Hizo perder a Carlos no sé cuántos millones. Sin embargo, la ayudarnos. Y ahora...

-No busques agradecimiento en los hombres. Confía en Dios, que él te dará tu premio.

Pablo se acercó trotando.

-Vengo porque mi madre me mandó que las esperase, pá acompañarlas.

El gesto le valió dos sonrisas y un puñado de caramelos.

II

Cruzó junto a la estatua de Cascorro. Desde la plaza, se dominaba la avenida. Siguió hacia Las Américas, para tomar vientos. Un maletilla extendía el capote manchado de sangre, calculando su precio. Con él no había negocio. En otros tiempos también quiso ser torero, pero la suerte no le acompañó. Le soltaban vacas de cinco años, de las que dan cornadas, en plazas sin burladero. Lo dejó por miedo. Porque no sabía que en las comisarías también dan leña.

En la caja del chamarilero brillaba el oro de las monedas. Metal bañado para dársela al turista. También habla rosarios, piedras de mechero y cordones para los zapatos. Sirviendo de fondo, un cromo carcomido de San Pantaleón.

Se acercó a la tienda del señor Jacinto. Sin moverse de la mecedora, andaba al corriente. Se comentaba, y con razón, que estaba tan enterado como uno de hacienda.

-¿Traes algo?

Tete hizo chascar la uña del pulgar entre los dientes.

-¡Ni esto entró! Vamos... que valiese pá usted. Hierro y cobre sí que hay. ¡Pero eso no le interesa!

El viejo cerró los ojos, meciéndose rítmicamente.

-Entonces, ¿pá qué vienes? ¿Tíes ganas de llamar la atención?

-Pá saber cómo anda la gente de cuartos. ¡Porque en el mercao van limpios!

-Mal te digo. Apenas si compran baratijas. Pá mí que se acabaron las vacas gordas.

-¿Qué me aconseja?

El anciano inclinó lacabeza hacia un punto indeterminado.

-Vete ahí atrás. Sacarás mejor de las mujeres que vienen por la ocasión.

-Lo que tú quiés es desplumarlos por cuenta propia, sin dejar hacer a los demás...

El chamarilero rió.

-¡A mí se me da muy poco de eso! El que sea, cae por capricho, y la cosa es que aprovechen. ¡Ya que hicieron el viaje! Llevo una semana sin estrenarme. El año pasao, too lo que tengo no hubiese durao cuatro días. Hoy sólo entran pá remirar.

-¡No digas cosas! Tú, con un julay que caiga haces el mes.

-Andan mú escaldaos... ¡Hasta los gringos! Hay que ser bujarrón como el Cuqui pá tener suerte. La otra mañana le cayó un enterao, de esos que se las saben toas. ¡Pues se le llevó un cuadro del Juanillo en cerca de veinte mil duros! El chalo creyó que había topao con Velaázquez. El Pepe se hizo el gili, como siempre. ¡Que si nos entra algo así vamos a darlo por cuatro perras!

Tete se rascó la nuca, buscando una fórmula de despedida. Si el viejo se enrollaba, había para largo. Optó por la más simple.

-¡Abur!

El chamarilero abrió los ojos, hasta entonces cerrados.

-¿Te vas?

-Me esperan ahí riba.

-Pero...

No escuchó el resto. En el patio, gente bien vestida. Le hubiese gustado probar suerte, pero estaba en zona vedada. Los peristas en grande no quieren escándalos.

Cruzó frente a comisaría, evitando darse de cara con el guardia. Un gesto instintivo, con miras al futuro inmediato. Gervasio esperaba en el quicio del bar, con una caña en la mano. De lejos, se apreciaba su figura: pantalones ajustados, americana estrecha, pelo lustroso a fuerza de brillantina. Aunque nació payo por los cuatro costados, parecía un gitano canastero en día de feria. Sólo le faltaba la vara. Con aquella pinta estaba al pelo para acompañar turistas por los tablaos, pero no para meterse en tareas relacionadas con la justicia. Si había lío, podía estar seguro que le trincaban, aunque fuese más inocente que un chiquillo. Tete se propuso hacerle cambiar de atuendo.

Cruzaron las miradas. El jefe señaló hacia la Costanilla, arqueando levemente la ceja. La estrechez de la calle, siempre abarrotada, facilitaba el trabajo. En las aceras, muebles y objetos cubrían parcelas de cemento, vigilados por sus propietarios. Zona de traperos, donde lo mismo se encontraba un cuadro de firma, olvidado en el desván, que un destornillador defectuoso. Las vendedoras alborotaban, buscando espacio donde extender el género. Muchas exhibían ropas usadas, convirtiendo los hombros en escaparate ambulante. Tete se acarició la mejilla, fijando la mirada en un bolso. Gervasio empujó a la mujer.

-Usted perdone...

El pequeño cortejo avanzaba, comprimiéndose en las callejas, para extenderse cuando desembocaba en una plazuela. Las mujeres procuraban interesar a las “señoritas”, planteando a gritos problemas concretos, o recordando promesas, hechas a la ligera, que jamás serían cumplidas.

-¡Vengan! ¡Ya verán dónde dormimos! ¡Y somos siete!

-A ver si tié influencia pá buscarme casa...

Cristina y Marita se esforzaban por mostrar su impotencia y buena voluntad. Una joven esquelética les cerró el paso.

-Ustés que puén, hagan que suelten a mi marido.

Cristina suspiró.

-¿Por qué está en la cárcel?

-¡Na! Cosa de raterías. A lo que nos lleva el hambre...

-¿Tienes su nombre?

La mujer se sacó un papel arrugado de entre los senos.

-Aquí está too apuntau. Con número de causa, día que lo cogieron ¡tool

-Haremos lo que se pueda... pero no prometemos nada. Depende mucho del juez que le toque, Y de las veces que haya estado detenido... Ya sabes...

La joven se arrodilló para besar las manos de su protectora, que las retiró con asco.

-¡Anda! ¡Márchate! Haremos lo posible, ¡pero que no haga tonterías!

-¡Se lo juro, señorita!

La mujer no se movía del sitio. Marita le tendió un vale, para quitársela de encima.

-¡Toma! ¡La cena!

Esta vez le tocó a ella el húmedo homenaje. Las damas doblaron hacia la izquierda. Pablo agarró la manga de Cristina.

-¡Que mi madre vive por ahí!

Fernanda esperaba en la puerta, arrugando el delantal con sus manos.

-Pasen, por favor, pasen. ¡Y vosotros! ¡Dejadlas en paz! ¿No veis que estáis molestando a las señoritas?

Los chicos se apelotonaron en el quicio. Cristina recogió el borde del abrigo, evitando que rozase las paredes. No podía soportar la suciedad, ni el olor de alcantarilla que inundaba el suburbio. En cambio Marita se movía con desenfado, como si no le importase aquel ambiente.

Fernanda ofreció los únicos asientos que conservaban las cuatro patas, permaneciendo respetuosamente en pie.

-Vamos a ver, ¿cómo te has portado estos meses?

-Trabajando mucho, señorita. ¡Y sin dejar una misa!

-¿Nada más?

La mujer bajó los ojos. Sabía por experiencia que mentir a medias, y con gracia, reporta mayor beneficio que hacerlo enteramente.

-¡Qué quíe usted con dos chiquillos y el marido en la cárcel! Pero eso ya lo saben las señoritas... Mientras pude, anduve honradamente. ¡Cuando se es pobre pesa mucho la comida de dos criaturas...! Porque yo...

Marita adoptó una actitud teatralmente indignada.

-¿No te da vergüenza?

Fernanda inició su representación habitual: sollozos nerviosos, acompañados de lagrimones, capaces de conmover a un peñasco. Sus mejillas se cubrieron de manchas escarlata.

Marita continuó.

-¡Con eso no arreglas nada! Lo que hace falta es un arrepentimiento auténtico, que salga del corazón. ¡Piensa en el disgusto que le das a Jesucristo! ¡Con lo que hizo por ti! Y si eres tan dura que no lo comprendes, ¡en tu pobre marido, encerrado para toda la vida!

-¡Pero si me repiento, señorita! ¡Le juro a usted que sería tan buena como una monja si éstos no tirasen de mí!

-Colócate a servir, como hacen las demás.

-¡Matá por horas que estoy! Pero no se saca. Se lo digo yo. A veces, en apuros, o en enfermedades... pues hay que ayudarse.

Pablo escuchaba con los ojos muy abiertos, procurando acordar sus gestos al discurso materno. Cristina se volvió hacia él.

-¡Tú, niño, lárgate por ahí! Son conversaciones de personas mayores que no tienes por qué escuchar. El chaval obedeció con presteza. ¿Para qué esperar, si no iban a darle más caramelos?

-Supongo que tus hijos no saben nada...

Fernanda hizo la señal de la cruz.

-¡Se lo juro por ésta! Y lo digo de corazón.: en too el verano no habré ido más de tres veces a ganármelo en la vida. Luego me dolía tanto, que entraba en la primera iglesia pá confesar... ¡Y hasta lloraba! ¡Por mis hijos que no miento!

Marita suspiró. Siempre serían iguales. Ignorantes y absurdas, incapaces de cumplir una palabra, ni de comprender lo que se perdían condenándose. Se consoló pensando que Dios no habría de pedirles cuentas. Los pobres eran casi como los animales: sin inteligencia, ni capacidad para separar el pecado de la virtud.

-La próxima vez que nos vayamos no volverás a hacerlo. Si no, ¡ya sabes! ¡No te daremos nada! La

Junta está en contra de ayudar a mujeres como tú. En consecuencia: o cambias de comportamiento, o te borramos de la lista. Nuestra misión es castigar el vicio, ¡no fomentarlo!

Fernanda inclinó la cabeza, poniendo de manifiesto el dolor de su conciencia.

-Yo no quisiera acusar a nadie... pero la María y la Antonia, que también cogen de ustedes, más andan por los cerros, como las cabras, que camino de; trabajo... Y otras...

Cristina cortó secamente.

-Lo que hagamos no es asunto tuyo. Aquí tienes dos vales de leche, y uno de judías, y a no meterte donde no te importa.

Los cartoncillos cayeron sobre la mesa.

-¿No podrían darme algo de ropa? Tengo a la chiquilla en cueros ...

-Hasta Navidad ...

-¡Ya la van a ver!

La mujer salió al quicio. Agarrando a su hija de un brazo, la arrastró al interior de la casa. Una vez frente a las damas, le levantó el vestido, dejando al descubierto un cuerpecillo escueto.

-¡Ni pá bragas me llega con lo que gano!

-Si te portas bien, veremos...

Las señoras se levantaron. Fernanda les cortó el paso, señalando a Pablo.

-Y el otro... yo quisiera saber si pá éste...

Cristina la apartó de un empujón. Criaturas mocosas y pedigüeñas acariciaron los pliegues de su abrigo.

-¿Y ahora?

-Bajamos por ahí, hacia casa de Manuela. Veremos lo que nos cuenta.

-Realmente, estamos ayudando a gentuza.

Marita asintió.

-Es nuestra misión. Devolver al bien las personas apartadas del verdadero camino. Y lo haremos con nuestro ejemplo de caridad, de honradez y pureza. Debemos elegir a las que tienen buena voluntad, o, por lo menos, intención de abandonar el pecado. Se acabaron los viejos tiempos en que la virtud se imponía por obligación y por ley. Confieso que me alegro, pues nuestra labor sería demasiado fácil para tener mérito.

-¡Pues yo no! Detesto tratar con mujeres que venden su cuerpo. El amor es algo más importante.

-Te aseguro que en el fondo, son las mejores. Incapaces de hacer daño a una mosca. ¡Y siempre estuvieron con las derechas!

-La pobreza no justifica el vicio, ¡lo dice el catecismo!

Se sentó en la mesa de costumbre.

-Buenos días, don Aurelio ¿no le parece que hace buen tiempo?

-Sí, pero pronto vendrá el invierno.

-Eso digo yo. Y cada vez me lo paso más mal, con esto del lumbago. ¿Le traigo lo de siempre?

Don Aurelio asintió. Era de esos clientes que vienen siempre a la misma hora, para ocupar la misma

mesa. Un hombre gris y correcto, que sólo se notaba por su ausencia.

Luis llegó poco más tarde. La familiaridad de su saludo apenas escondía un profundo respeto.

-¿Averiguaste algo?

El chico cruzó las manos. Dedos finos, de quien nunca trabajó con ellas.

-Efectivamente, está en la cárcel.

-¿Te has enterado por qué la cogieron?

-Hablé con el director. Le dije que la conocía. Supongo que nos creyó parientes...

-¡Una imbecilidad! ¿Cómo van a pensar que sois de la familia? Puedes contar que te acostabas con ella, a que te proporcionaba planes, pero lo del parentesco no se lo traga ni Dios. ¡Con tu pinta!

El chico bajó los ojos.

-La verdad es que no puntualicé.

-¡Menos mal! Ahora le explicas que tienes miedo a tu padre. No le gusta que andes con pelanduscas, y temes la bronca. Te presentas como un golfo con dinero ¿entendido?

El muchacho asintió. Obedecería ciegamente, porque veneraba a don Aurelio. Le trataba de igual a igual, no como a un niño, y fue el primero en interesarse por sus asuntos. En casa nadie quería escucharle. Sus ideas y comentarios no interesaban, sólo sus actos. Por eso, las conversaciones se transformaban en interrogatorio. Tenía que decir dónde había ido, a quién vio, y qué había hecho, pero nada más. Durante años contestó la verdad, pero un día no quisieron creerle, y entonces empezó a mentir. Unas veces por necesidad, pero muchas por divertirse.

Don Aurelio continuó sus instrucciones.

-Le sigues la pista. Y te procuras un permiso para verla. Puedes conseguirlo fácilmente usando el nombre de tu padre. Yo iría personalmente, pero es peligroso. Cualquiera puede reconocerme, y sabes que los errores traen cola. En el locutorio te las apañas para saber lo que dijo en la declaración. Es lo más importante, pues con las mujeres nunca se sabe. No se te olvide darle el nombre del abogado. Tiene que nombrarlo inmediatamente. Por su bien, y el de todos.

-¡De acuerdo!

Don Aurelio sonrió.

-Ahora te marchas a la universidad. Tengo interés de que te vean por allí. A eso de las ocho bajas al Reno. Si no estoy en la barra, esperas. Me saludas como si fuese un amigo de tu padre. ¡Y no vayas a tomar nada antes de conseguir la entrevista!

-No, don Aurelio, se lo juro.

Un paquete, poco mayor que un sello de correo, se deslizó en la mano del muchacho. El chico lo hizo desaparecer en el fondo del bolsillo.

-Para que veas que tengo confianza en ti...

-Muchas gracias...

Se despidió hablando muy alto, para que todos le oyesen. Ensayo pueril, que despertó la hilaridad de su factótum.

-Después de clase iré a verla. ¡Si mi padre se entera que ando con fulanas se me cae el pelo!

Se alejó, contoneándose ligeramente. Empezaba a convertirse en hombrecito del gran mundo. Don Aurelio se felicitó por haberlo conocido, maldiciendo en cambio su ligereza al aceptar los servicios de Clara. La chica fue útil, hizo ganar dinero y clientela, pero nunca mostró prudencia. Cuando empezaron a seguirla, tuvo que dejarla continuar, por miedo al chivatazo. Y pasó lo que tenía que

pasar. Una vez detenida, podía irse de la lengua en cualquier momento. Dar señas, y revelar un mecanismo que ni siquiera sospechaban las autoridades. Los gordos no tendrían problemas. Estaban seguros, pues nadie los conocía. Y si daban con ellos, se guardarían muy mucho de molestarlos. Los de la BIC saben bien hasta donde se puede llegar. En cambio, a él, le sería difícil escabullirse; en definitiva, estaba de cabeza de turco.

Se puso en pie. Andrés se acercó, para recoger las monedas. El valor de la consumición y la propina habitual. Ni poco ni mucho; lo justo, pero tenía la ventaja de ser diario.

Don Aurelio siguió el bulevar. Cuando entró en el negocio, no había complicaciones. Servían a una clientela corta, pero segura y generosa, que daba para los gastos, y hasta para lujos. Era la época de los viejos drogados, y las mujeres caprichosas, que se pinchaban, porque ni siquiera tenían tentaciones de la carne. Tenía muy pocos años, y ya entraba en los salones, cumpliendo como cualquier chiquillo de ultramarinos. Le daban propinas, y hasta caramelos, aunque le habían puesto pantalón largo para la ocasión. Más tarde cambió de nombre, y se las apañó para entrar por la puerta grande, codeándose de igual a igual con sus clientes. Ni tan siquiera uno sospechaba que comía del tráfico: don Juan Antonio Manrique de Lara era un señor, de los pies a la cabeza, admitido en los clubs elegantes, e invitado indispensable en las fiestas de postín.

Pensó que debía sustituir a Clara lo antes posible. De prolongarse la situación, la parroquia buscaría nuevos proveedores. La moda y el aburrimiento habían fomentado una competencia activa y ágil, dispuesta a conquistar los mercados tradicionales. Necesitaba un elemento nuevo, ajeno al ambiente y a ser posible sin ficha, que no despertase sospechas. Alguien solitario, que pudiese desaparecer en silencio, si llegaba a molestar. No tenía la menor intención de repetir imprudencias, contratando gente con fachada y humos de grandeza.

Recordó a Lili. Nunca supo leer, ni garrapatear un número, pero era segura, y conocía todos los barrios. La encontró en la Cuesta, último escalón de una carrera iniciada en palacios, según decir de la interesada. La contrató inmediatamente, porque tenía pinta de infeliz, y no lo era. La relación comercial se extendió a lo largo de muchos años, sin sobresaltos ni incidentes. Fue ella quien hizo clientela a la puerta de los colegios caros, regalando petardos a los hijos de papá; quien buscó americanos en la calle de la Ballesta, y quien aficionó a las putas. Pipera de profesión, beata en la forma, y amiga de todas las brigadillas, llevaba el negocio a cubierto sin necesidad. de mentir, pues ni siquiera la interrogaban.

Don Aurelio se hundió en el metro. Para determinadas entrevistas prefería utilizar los transportes públicos, abandonando la comodidad del automóvil.

-¿Pero vamos a volver por la iglesia?

-Me aburre venir mañana para enterarme cuándo empieza la catequesis.

-Sabes de sobra que este cura no nos quiere enseñando. Si queremos trabajar en serio, no nos queda otro remedio que buscarnos un local propio.

Marita asintió. Llevaba varios meses induciendo a las damas hacia la independencia. Si no se habían decidido a liberarse, era por falta de medios económicos. Como toda asociación, creada por los ricos para ayudar a los pobres, la de San Francisco padecía una penuria endémica, que apenas se paliaba con fiestas y roperos, pues los gastos de festejos y reuniones alcanzaban, sistemáticamente, el montante de los ingresos.

Mientras hubo curas de sotana, que salían al porche para recibirlas, no hubo problema de lugar, ni para obtener ayudas paraestatales. Pero apenas desapareció la ropa talar, surgieron dificultades. Los nuevos productos del seminario, que alternaban el traje de paisano con mono de trabajador, no mostraban la menor simpatía por las piadosas visitadoras. Por el contrario, la emprendieron con

ellas, intentando alterar un sistema, que había funcionado perfectamente durante siglos. Tras el enfrentamiento vino la indiferencia. Las ignoraban, negando por omisión cualquier tipo de ayuda.

Sin embargo, la Junta decidió conservar sus posiciones en las parroquias. Para conseguirlo, multiplicaron las limosnas, sacrificándose hasta el punto de bajar a las iglesias del suburbio, para escuchar la misa dominical. Transmutadas en ejemplo vivo, las señoras de la alta sociedad hacían bulto, mitigando el vacío de las naves. Pero pronto dejaron de hacerlo. Transformada la plática en diatriba, que hacía del acto piadoso semilla de rebelión, se sintieron de más, entre un público inédito, que inopinadamente invadió el templo. En lugar de comentar el Evangelio, incitando a la piedad, aquellos deslenguados reclamaban justicia, expresándose en términos adecuados en boca de revolucionarios, pero no en la de representantes de un Cristo, cuyo reino nunca fue de este mundo.

-¡Verás como sigue sin haber nadie!

Cristina empujó la puerta del despacho. Una joven, pobremente vestida, revolvió entre los papeles, con el desenfado de quien está acostumbrada a manejarlos. Estuvieron a punto de preguntarle qué diablos hacía en el archivo parroquial, pero se abstuvieron. Al fin y al cabo, las cosas de aquel cura les traían sin cuidado.

-¿Está el padre?

La muchacha volvió la cabeza sorprendida.

-Se lo llevaron de la misma iglesia. ¿Es que no lo saben?

-¿Quién?

-¿Quién va a ser? ¡La social!

Marita se escandalizó ostensiblemente.

-¡Ya sabía yo que esto acabaría mal! ¿Qué hizo?

La joven arrugó el ceño, abriendo los labios en una extraña sonrisa. Hablé despacio, y muy bajo, como si temiese perder el control.

-Dar permiso a los obreros para reunirse en la casa de Dios, como hacen los patronos donde les da la gana. Vinieron casi todos los de la fábrica. Él se quedó con ellos, porque conoce a la mayoría, y es de confianza. Trabajan más de diez horas, y casi ninguno puede alimentar decentemente a la familia. Es su problema, y, como hombres, tienen derecho a tratarlo. ¡Ya no quieren que otros lo resuelvan por ellos! La policía se presentó de improviso. Rodearon la casa, y prepararon las camionetas a la puerta. No hubo gritos ni jaleos. Pedían los papeles, y se llevaban a los que les parecía mejor. Iban con la cabeza muy alta, porque no habían hecho nada vergonzoso. El primero en montar fue don Juan. Se presentó al jefe de los guardias, y dijo que también era un trabajador. Volverá cuando lo suelten, como mi padre, que lo tienen encerrado, y ni razón quisieron darnos cuando fuimos a llevarle el paquete. Pero no se apuren. ¡Les juro que un día volverán todos!

La ambigüedad del tono no escapó a las damas. Marita y Cristina se estiraron sobre los zapatos, haciendo patente la superioridad de una clase, rectora por herencia.

-Está bien. Si le ve, le dirá que volveremos la próxima semana.

Salieron sin despedirse.

-¡Esto es el colmo!

-¡Una vergüenza! Verás cómo se pone Carlos cuando se entere.

-¡La Casa de Dios convertida en casa del pueblo! Peor que cuando los rojos.

El embrague saltó bruscamente, haciendo brincar la carrocería. Al fondo quedaba un barrio de madera, cartón y panderete, donde ya no se pedía a los ricos que practicasen las obras de misericordia. En el propio recinto de la iglesia se exigía una nueva justicia, que presentaba como

injustos a quienes, de siempre, se reservaron el derecho de establecer las reglas morales.

-¡Pero qué sorpresa!

Lilí se retiró, dejando franca la entrada. D. Aurelio cerró a su espalda. La mujer ya estaba preparada: amplias sayas, que podían esconder cualquier casa, pañuelo pueblerino, anudado en la sotabarba, y una cajilla de madera bajo el brazo, donde se alineaban cajetillas de tabaco, alternando con colecciones de cerillas folklóricas, al uso del turista.

-¿Quieres ganarte cien pavos?

-¡Cómo no! '

-¿Conoces alguna chavala que me vaya? De las que no tienen complicaciones.

-Sé de una, que a veces viene en busca mía. La llaman Nanda o Fernanda. Como me gusta andar enterá, pues le meto los dedos. La chulea el Tete. Un calé más conocido que la tarara.

-¿Es su hombre?

La risa de Lilí rasgó el aire.

-¡Ése no se arrejunta ni loco! Maneja a las chicas por la picha, pero lo mismo le da un coño que otro. ¡Conque traiga ganancia anda contento! Ésta le dura, porque se habla de que el chiquillo es suyo. ¡Vaya usted a saber! Pá mí que se lo dejó un extranjero, porque salió rubio como los chorros del oro. De padre tizón... Claro que eso no quita pá que la deje tirá cuanti que vaya perdiendo. Es un negociante ¡así como suena! No tié escrúpulos ni entrañas.

-¿Y de años?

-Sí que va entrando, sí... Y anda malamente de carnes, que es lo peor. Se lo tengo avisao, porque la aprecio. Cuando se va pá vieja, hay que echar kilos. Si no ¡se acabaron los carajos! Por mor de las grasas aguanté en la carrera hasta que me encontró usted. ¡Y ni me acuerdo del año en que me parió mi madre!

Don Aurelio había dejado de escucharla, para abismarse en sus problemas.

-¿Anda en líos con la bofia?

-La colocaron una vez, pero hace muchos años. Una redá de mala leche. ¡Hasta señoritas que andaban curioseando cayeron! Le cargaron un mes por respondona, pero cumplió a medias. No le gustaba la trena, y entonces se podía comprar la libertad, a otra con más afición al rancho. No ha vuelto. Seguro que ya no tiene ni ficha. Es muy lista pá cuidarse.

-¿Estás cierta que no anda junta con alguno?

Lilí abrió los brazos.

-Yo... No es de las que más parlan, así que seguro, seguro... Pero no se la conoce más ligue. Se oye que estuvo casá. Si es el Paco, como me creo, lo tié en la estaribé. Apioló a una muchacha. Cosa de juego o de coño. No anda mú claro. Cuando lo cogieron, tenía un montón de agravantes. Se le ocurrió cortar el fiambre a trozos, y anduvo tirándolo por las alcantarillas. ¡Salieron un montón! Y detrás, más fichas que Di Stefano. Sabía andar a too. En eso era una joya. Y ni paraba a la sombra. Se las entendía la mar de bien dando servicios. Pero en la última no le valió la amistad. Salvó el cuello, nadie sabe cómo.

-¿Ella le ve?

-A mí se me hace que no. Le tié miedo. Un día, que había tomao, anduvo por toa la calle gritando. Se le aparecía con un cuchillo pá rajarla. Paece aficionao. De que viaje no hay noticias. Un par de

meses por el verano, que se pasa en la costa, tostándose como San Lorenzo, y ganando pá comer dando patás por los tablaos.

Don Aurelio alargó un billete.

-Entérate de más, y fijo. Si me vale, te daré una sábana.

-¿Le interesa pá mujer? Porque esta misma noche...

La interrumpir con un gesto.

-Te digo que me pongas al corriente. Ni le hables de mí, ni me hagas preguntas. Sácale hasta la asadura, como cosa tuya. ¡Que escupa sin olérselo! ¡Y ni chus! ¿Entendido?

Lilí cruzó los dedos, besándolos ruidosamente.

-Se lo juro por ésta. ¡Que me maten si lo hago!

Don Aurelio enfrió la mirada para sonreír.

-Ten por seguro que alguien lo haría.

Escaleras abajo pensó que la amenaza había sido perfectamente gratuita. La mujer conocía de sobra los disgustos que trae la lengua. No sería el primer cadáver arrugado que aparecía flotando en las charcas del río, sin que nadie se molestase en averiguar cómo cayó en lo más profundo.

Apenas se alejaron las señoritas, Fernanda se dejó caer sobre el jergón. Noches como la última caían pocas. ¡Y para remate, el capricho del Tete! Precisamente había tenido que ser en jueves, cuando no quedaba otro remedio que tener la casa lista antes de mediodía. Una punzada en el estómago le recordó que apenas había cenado, ni tuvo tiempo para desayunar. Alargó el brazo, descorriendo el pestillo.

-¡Pablo! ¡Pablo!

El chico surgió como por encanto, obedeciendo al hambre más que a la voz materna.

-¿A comer? La mujer le tendió un par de duros.

-Te alargas a casa del Paqui y te traes tres bocadillos. Uno es pá tu hermana. ¡No se te olvide!

Cogió el dinero, escapando a galope. No sabía dónde andaba la Maruja, ni tenía intención de averiguarlo. Con un poco de suerte, le tocaba doble ración, sin perjuicio para nadie, pues la chica andaría rondando por casa de cualquier vecino. Cuando le entraba jindama, se plantaba frente a las puertas con cara de miseria. Aquellas mujeres, que tanto rutaban contra los vagos y los lameculos, echaban la bronca, pero siempre daban para levantar el estómago.

El Paqui se levantó con desgana, para cortar los panecillos, incrustando en su centro lonchas transparentes de salchichón, arropadas en margarina.

-Ponga usted mucha, que andamos malamente. El tendero no se molestó en volver la cara.

-Te caerá lo que corresponde. ¡Y a callar!

Volvió despacio, mordisqueando su ración. En una familia donde nunca hubo relojes, el tiempo tiene poca importancia. Encontró a la Fernanda dormida. Se acercó a la cama, procurando no hacer ruido, para dejar el bocadillo cerca de la cabecera. Con su hermana podía hacer lo que le pareciese, pero la madre no aguantaba ni una. Cualquier razón era buena para eslomarla.

Cumplido el encargo, puso pies en polvorosa, dispuesto a no manifestarse por la zona hasta la noche. Le esperaban al otro lado de la vaguada, para despartar basura. Un trabajo rentable. Si no le daban algo por ayudar era lo mismo, pues se servía por cuenta propia.

-¿Ha llamado alguien?

-La señora condesa de Castro. Pero no dejó recado.

-¿Nadie más?

Amelia se estrujó los sesos.

-No creo, pero preguntaré a Matías. A lo mejor tiene alguna cosa.

Cristina se quedó sola. Estaba nerviosa. Procuró ocuparse, realizando gestos perfectamente inútiles. La porcelana cambió de sitio, para volver a su lugar primitivo, y las flores del jarrón alteraron sus posiciones. La doncella reapareció.

-Me dice que llamó la señora Martínez de Laso para...

-¿El señor o la señora?

Amelia se cortó. Aquella ansiedad era inhabitual en su ama. La marquesa se mordió los labios, comprendiendo que había sido inoportuna. Su imprudencia podía prestar al servicio nuevos temas de comentarios cocineros, que tarde o temprano, llegarían a los salones. Amelia continuó.

-Creo que la señora... Tiene que ser ella, pues era para decir que Don Manuel estaba fuera, y no podían venir esta noche.

El dolor de cabeza le cayó desde lo alto. Sin medir el alcance de su pensamiento, Cristina maldijo a Dios, que tan mal premiaba una mañana dedicada a la caridad, convirtiendo el día en sucesión de horas iguales, carentes de interés.

-No me encuentro bien. Es posible que me acueste después del almuerzo.

-Abriré la cama, por si la señora marquesa la necesita.

La criada se retiró, mientras su ama se tendía en el sofá del saloncito. Había decidido atiborrarse de pastillas, que la hiciesen dormir estúpidamente. En determinadas ocasiones, el sueño era la única terapéutica adecuada.

Gervasio se introdujo en la chabola, sin que el cerrojillo presentase la menor dificultad. Bastó agitar ligeramente la puerta, para que se descorriese sin ruido.

-¡Eh, Nanda! El vozarrón hizo pegar un brinco a la mujer.

-¡Me cago en el maricón de tu padre! ¡Qué susto me has arreo!

El recién llegado no se molestó en recoger el insulto.

-¿Has visto al Tete?

-Se guilló de madrugada, ¿por qué?

-Es que andábamos por la Costanilla. Una vaca con bigote echó de menos el monedero, y llamó a la poli. Pegaba más gritos que un cochino matao. Tú sabes cómo anda aquello ¿no? En ná, se juntaron lo menos media docena. Busqué al Tete con los ojos, pero ya no estaba. No sabía qué hacer. Iba cargao hasta la bola, y no había rincón donde soltar lastre, por moor de la gente. Andaba caliente, y mirando a toos laos. Los deos se le hacían huéspedes. Entonces se me ocurrió señalar a un chico con jeta de aborto. Dije que era él. Que lo vi con mis ojos. ¡Si llegas a estar! Se le echaron encima, toos a una corno si fuera una fiera. El chaval no se paró en averiguaciones. Arreó piernas más cagao que yo. ¡Cualquiera no, con ese gentío a la espalda! Si tendría culpa, no lo sé, pero en la carrera

talmente semejaba un descuidero. Fui con ellos pá dar el cambio, hasta que pué guillarme sin que me notaran. Me tiré en la primera boca del metro. ¡Lo menos una hora dando vueltas! Aluego bajé, al río, al aguaducho donde partimos. No estaba Tete. Tomé un par de cañas por el disimulo, pero se me hizo raro un tipo allí en medio, con el vientecillo que corría. Entonces se me vino a las mientes que lo mismo andaba por aquí.

-¡Como que está chinao pa buscarme disgustos!

-Ahora pienso si lo han empapelao.

La mujer se encogió de hombros.

-¡A lo práctico! ¿Ande tiés las bolsas?

Gervasio se sintió tremendamente torpe.

-Pues... aquí las traigo.

-Venga el dinero, ¡y a la calle!

-¡No vas a quererlo tool

-La mitá, ¡como está mandao! Ya me encargaré del Tete.

-Él también ha cogió. Hasta más que yo, que se tira por los gordos.

-Las partes son las partes. Y ten cuenta que si no lo han joío pagará como el primero. ¿O es que alguna vez no fue honrao con alguien?

-En eso tiés razón, que es un hombre de palabra.

-¡Más que tú! Y yo también la tengo. Así que suelta la mosca. ¡Y a poner tierra! Por mano del diablo les entra la vena a los iguales, se nos cuelan por las puertas, y me las lío.

Gervasio recontó el dinero sobre una tabla, formando dos montoncillos de idéntico valor. Terminada la liquidación, se precipitó hacia la calle. Apenas había traspasado el quicio, cuando Fernanda le agarró de un brazo, deteniéndole en seco.

-¿Ande vas? ¡Ya estás cogiendo lo que te pertenece! Lo tiras al río o a la alcantarilla. Lo mismo se me da. Pero aquí, ¡ni rastro quiero!

Gervasio metió monederos y carteras en el bolsillo del pantalón, resignándose a la obediencia. Con las mujeres del ambiente no valían discusiones.

-¿Contenta?

Fernanda le empujó.

-¡Largo! ¡Y arreando que no quiero estorbos!

No se lo hizo repetir. Apretó el paso, dispuesto a dejar el barrio cuanto antes. Si el Tete le pillaba en casa de su hembra con aquello, era capaz de pincharle. Por menos había rajado a más de uno. En lo tocante a la familia, había que andarse con cuidado.

-¿Qué tenemos hoy?

-No lo sé. Salí temprano, y no he tenido tiempo de pasar por la cocina.

Matías entró con la fuente. Para Cristina fue un alivio. Mientras se servía, no estaba obligada a seguir las elucubraciones de Carlos. Éste rompió el silencio.

-¿Lo pasasteis bien con vuestros pobres?

-¡Como siempre! Ha sido una mañana agotadora.

También a él le molestaban las comidas íntimas.

-¿Por qué no dijiste a Marita que se quedase?

-Tenía cosas que hacer. No podía.

Carlos dejó extenderse el tiempo, alargando los gestos.

-Por cierto, han detenido al párroco.

-Lo vi en el periódico.

-¡Podías haberlo dicho!

-Hace un par de días. Pensé darte la noticia, pero se me olvidó. Es el barrio de Ladera Negra, o algo así ¿no?

-Sí, eso es. A lo visto se habla reunido con unos cuantos obreros para meterse con nosotros. Lo de siempre.

-¡Bien empleado! Así aprenderá. Los curas, ¡a su iglesia y a sus cultos! No tienen por qué meterse a redentores donde no les importa. Para esos problemas ya están los sindicatos, que bastante guerra nos dan.

-¡Tienes toda la razón! Mejor andarían las cosas si cada uno se ocupase en lo suyo, y enseñase a los demás cómo deben mantenerse donde les corresponde. En el sitio que Dios les ha designado.

Carlos se inclinó, para evitar que se le escapase la punta de un spaguetti. Contra su costumbre, habló con la boca llena.

-Estos curillas imberbes están lanzados. ¡Cualquier día enmiendan la plana al propio Dios! ¡Así va el mundo! Te digo que si nuestros abuelos levantasen la cabeza...

-No pasarían estas cosas.

-¡Tienes razón! Eran más severos. Más como se debe ser. No andaban con sensiblerías ni idioteces. Cuando hacía falta mano dura, la empleaban sin contemplaciones. ¡Y se acabó! ¡Cualquier día iban a permitir, al populacho, insinuar que todos tenemos iguales derechos! Claro que esa imbecilidad sólo la repiten idiotas, que leen sin digerir. Estoy seguro que a Matías, que es un hombre inteligente, ni se le ha pasado por la cabeza. ¿Verdad, Matías?

El criado se sobresaltó. No entraba en las costumbres de la casa pedir su opinión, ni mezclarle en conversaciones de señores, aunque solía seguirlas puntualmente, para comentar escaleras abajo. Simuló no haber comprendido.

-¿Dígame el señor marqués?

-¡Que a ti no se te ocurriría pensar que todos somos iguales!

El criado fingió estupor.

-¡Por Dios, seño ¡Cómo iba a creer semejante cosa! No podría imaginar siquiera compararme al señor marqués.

Carlos se volvió hacia su mujer, con aire de triunfo.

-¿Ves? Más valdría que se guiasen por personas con sentido común, como nuestros criados. ¡Y no por locos visionarios, borrachos de mala literatura y ambición! Gente incapaz de pensar, que repite como papagayos.

El marqués se exaltaba, olvidando las limitaciones de un auditorio, compuesto por dos personas: esposa, sumida en reflexiones personales, y ayuda de cámara, más ocupado en traer y llevar fuentes, que en seguir las reflexiones político-filosóficas de su patrón. Éste se escuchaba, comprobando que le estaba saliendo realmente bien. Valía la pena repetir todo aquello en público. Se propuso hacerlo en el cocktail de los Puig, llevando la conversación hábilmente hacia el terreno propicio. La

obligación vespertina le hizo volver a la realidad.

-Esta tarde tenemos que salir...

-Estoy cansada... pensaba acostarme.

-Hasta las ocho. No nos queda otro remedio que ir. Es gente influyente.

Cristina arrugó la frente. Obligaciones de esposa, ineludibles según su confesor, tan generoso cuando se trataba de perdonar pecados carnales.

III

Mochuelo se encontró al administrador en la plaza. Desde que llegaron las listas de los invitados del marqués, se lo topaba a menudo, como si la noticia de que Manolo estaba entre ellos, hubiese cambiado la personalidad de su padre. Algunos decían que acabaría entrando en la taberna, buscando cháchara, pero eso era mucho suponer. Don Rafael se miraba demasiado para mezclarse con la gente.

-¡Venga hombre! Te invito a una copa.

El campesino negó con un gesto. Si antes no era bueno para entrar en el casino, y andar con señoritos, ahora tampoco, aunque su hijo viniese a cazar con los peces gordos. Don Rafael encendió un cigarro, resignándose a continuar la conversación a cielo abierto.

-¡Ha pasado tanto tiempo desde que don Manuel salió para la ciudad, que ya ni lo recuerdo! ¿Cuándo fue?

-Antes le decía usted Manolillo... a secas...

El administrador dejó vagar la mirada sobre la cal de la iglesia.

-Es posible... Claro que entonces todos éramos jóvenes. En todo caso, se ha convertido en don Manuel.

Mochuelo inclinó la cabeza, colocando los ojos al viés.

-¿Pá qué le interesan las cosas de mi chiquillo?

Don Rafael sonrió.

-Quizá para escribir su biografía. ¿Sabes que es un tipo importante? Será un ejemplo para la posteridad. Un antepasado de campanillas, fundador de estirpe.

Mochuelo hizo un gesto de indiferencia.

-Yo, lo que me digo, y que entendí a mis padres: por el dinero no se es ni más más, ni más menos.

El administrador chupó el cigarro, haciendo crecer la corona de ceniza.

-Supongo que al Pedro no se le ocurrirá caer por aquí...

El labrador hinchó el pecho.

-Mis hijos vienen a casa cuando les cuadra. Las puertas están abiertas, lo mismo de día que de noche.

-¡Pues dile que aprenda a saludar! Y sobre todo, ¡que no quiero líos con su hermano! Con las ideas que trae del extranjero, es capaz de cualquier cosa.

Mochuelo se llevó la mano a la gorra, echándola hacia atrás.

-Mire usted, don Rafael: en las cosas de familia no es bueno que se metan extraños. Yo a usted le aprecio, y mis hijos también, pero lo que haiga entre nosotros no le importa.

El administrador sacudió el puro.

-En todo caso, apenas llegue don Manuel te mandaré aviso, para que subas a saludarle.

El campesino se irguió.

-Ya bajará él ¡que es su derecho! Conoce bien la obligación pá con un padre, que lo tengo enseñao.

El administrador esbozó una sonrisa, estirando el bigote recortado.

-Ten en cuenta que las cosas han cambiado mucho. Hoy es todo un señor. Por eso no está bien que ande por el pueblo como un cualquiera... y menos durante la cacería.

Mochuelo frunció el ceño.

-¡Pá mí siempre será el Manolillo, y tendrá que respetar las normas! ¿O es que el dinero está contra la obligación?

Don Rafael saludó con un gesto, alejándose hacia el casino.

Junto al timbre, un rótulo de porcelana, gastado por el tiempo y los golpes. La palabra “Pensión” se leía claramente, pero la coletilla “gran confort” había desaparecido. En el fondo, era un acierto, pues éste se limitaba a una palangana con jarro por habitación, y el retrete del pasillo, al que se llegaba guiado por el olfato. También había duchas. Un par de ellas. Pero ni los clientes más antiguos recordaban cuándo se estropearon de manera definitiva. Tete llamó, repicando con insistencia. Una chiquilla de pelo crespo asomó la cabeza, entreabriendo apenas la hoja de madera maciza.

-Habitación no hay.

Tete empujó, abriéndose paso. La chiquilla cedió ante la fuerza.

-¡Mire usted que llamo! Mi padre baja ya mismo.

No se molestó en mirarla.

-¿Quieres irte ya? Vengo pá la Rosy.

La chica cambió el gesto hosco, en sonrisa de complicidad.

-¡Pues podía decirlo! Y llame fuerte, que está sobando, y es algo dura de oreja. Usted insista sin remilgos... que por mí...

Tete asintió, ignorando la manecilla tendida, en espera del óbolo que premiase su amabilidad. Como no llegaba, insistió.

-Lo mismo está abierta ¿sabe usted? Cuando viene sola no echa el cerrojillo, por si hay visitantes... el señor Juan, que vive en el siete...

Tete giró el picaporte. Rosy roncaba, dejando escapar un hilillo de saliva por las comisuras. Cerró de un portazo, para alejar a la muchacha. Después, zarandó aplicadamente el cuerpo deslabazado.

-¡Hoy te hartó!

La mujer estiró los brazos, retirando la ropa. Su cuerpo apareció desnudo cortado por una combinación mugrienta, que se enrollaba a la altura de los senos.

-Espera que termine de despertarme...

Tete saltó sobre ella.

-¿Has cerrado?

-¡Ni falta que hace!

Al otro lado de la puerta, la chiquilla pegaba el ojo a la cerradura. Por nada del mundo se hubiese perdido el espectáculo.

Le escocía el estómago, estropeando por adelantado una tarde de trabajo. Pensó que se trataba de la úlcera. Aún no había sido confirmada por los médicos, pero estaba seguro de tenerla. Consecuencia lógica de una vida, dedicada al arduo trabajo de crear riqueza para sí mismo. Recordó que un día había de llegar el fin, y sintió lástima de su persona. Para alejar la idea, saltó ágilmente los escalones del portal.

La secretaria alargó un paquete de documentos, que le hicieron olvidar los problemas personales, para sumirle en los profesionales.

-Tenemos una delegación de la Cooperativa San Cristóbal, y otra de la Salisa.

-¿Nohan visto a Genaro?

-Se empeñan en hablar con usted personalmente.

-Les resolverá cualquier problema mejor que yo.

-Los de las casas parecen asustados. Como están pasando tantas cosas, y llevamos diez meses de retraso en la entrega...

-Mándeles a la obra. ¡Que se convenzan de que están trabajando en sus malditos pisos!

-Es que... sólo tenemos diez hombres. No les gustará.

-¿Y para qué más? Comprenderán que no es el único trabajo de la empresa. ¡Buenos estaríamos si sólo nos dedicásemos a bloques para pobres!

-Hablan de retirar los adelantos...

La irritación de don Manuel se transformó en preocupación.

-¡Si no hay más remedio, que pasen! Y los otros ¿qué?

-Por lo del convenio.

-Diles que se las arreglen con sus representantes. ¡A mí qué me cuentan!

-Ya lo hice, pero no quieren. Un inoportuno les ha dado la lista del consejo. Se les ha metido en la cabeza entenderse con los dueños, y no con empleados.

-¡Mándales al diablo!

-Es lo mismo que mandárselos al señor marqués. Tienen sus señas apuntadas, y están dispuestos a encajarse en su casa.

Don Manuel dio un puñetazo en la mesa.

-¿Qué sabe el bueno de Carlos de semejante cosa? ¡Que lo dejen tranquilo! Si tiene millones es para disfrutarlos, ¡no para que le traigan problemas!

-Pero como es el Presidente...

El vice suspiró.

-Hazlos esperar hasta el final, y llama a la fábrica. Sino han advertido al encargado, que les ponga una falta injustificada. Puede ser útil en el futuro.

La funcionaria giró la llave, haciendo rechinar la cerradura, como siempre mal engrasada. En la tercera todo quedaba en orden. Cincuenta mujeres silenciosas, colocadas en su sitio, como las piezas del ajedrez antes de empezar la partida. Los taconazos se alejaron, camino del rastrillo.

-¡Bueno! ¡Ya nos dejó en paz!

Petronila se levantó, ocupando su lugar habitual en el banco de madera. Los codos apoyados en la mesa de pino, se dispuso, como mandanta que era, a dirigir la tertulia que sustituía a la siesta reglamentaria, por acuerdo tácito de la reclusión. Loly se acercó, atándose el lazo de las coletas.

-Se me ha caldo la cuchara cuando subíamos en la formación.

-¡Libertad tenemos! Y de mañana no pasa.

Una rubia con pecas palmoteó, haciendo chillar los muelles del sommier.

-¡Si fuese la mía! ¡Hasta el Cristo me iba de rodillas por ponerle una vela!

-¡Pues yo a la cama de mi Antonio! ¡Que no tié que estar bueno el gachó!

Risas ahogadas corearon la expresión de un deseo, casi general. La Pachi arrugó la nariz.

-Yo no creo en esas cosas.

-¡Pues debías! Con los años que llevo, nunca me ha fallado. Y te digo más: tié que caer en la tercera.

Clara fijó la mirada en el techo, calculando los días por los desconchones. Cuando estaba en la celda los marcaba con la uña, rascando la pared, pero allí estaba prohibido hacerlo. Los muros debían mantenerse impecables. Es decir, que sólo el tiempo y el abandono tenían el derecho de mancillarlos.

Aunque no podía separarlas en unidades independientes, como si fuesen prolongación de aquel sábado, en que terminó su período de aislamiento, sintió que las fechas se amontonaban. Las otras tenían paquetes, visitas o cartas, que marcaban un hito. Ella no. La habían olvidado después del primer giro, y ni siquiera mandaban noticias.

-Si me cae, más de cuatro se van a tentar la ropa.

-¿Y eso?

-Cosas mías; que no le importan a nadie.

Las miradas cambiaron de dirección. Se había establecido la norma de ignorar a Clara. Su silencio respecto a la vida de la calle; las distancias que marcaba hacia las compañeras, y la ausencia total de manifestaciones sentimentales, la hacían distinta, dando lugar a mil suposiciones. Corrían en voz baja, llegando incluso al centro de las funcionarias, que también especulaban sobre la extraña reclusa. En un mundo donde todos se conocen hasta el fondo, su actitud se transformaba en ofensa, pues rompía normas ancestrales.

Muchas deseaban su libertad, para perderla de vista cuanto antes. Otras, en cambio, pedían para ella una larga condena, que le obligase a bajar la cerviz, integrándose al mundo carcelario.

-¿Qué? ¿Algo más?

Rosy erupió para dejar salir las palabras.

-Lo que tú digas, macho.

Tete alzó la mano, chascando los dedos para llamar la atención del camarero. Le gustaba aquella moza, siempre dispuesta, y capaz de meterle en locuras propias de juventud. De pronto se sintió romántico.

-¿Te tira el puteo?

La muchacha hizo un gesto vago, que permitía cualquier interpretación.

-Si te cuadrapués retirarte. Hay otros medios de ganarlo que te pueo enseñar.

Rosy abrió unos ojos llenos de asombro y miedo. Lo desconocido la descomponía.

-Soy mú agilipollá... no sé si valdré.

-En la vida too se aprende. También me tocó empezar, y mira donde ando. Se necesita una miaja de coraje, y eso no te falta.

La mujer saboreó la oferta, junto con un buche de anís. Cruzaba su gznate cuando le asaltó la duda.

-¿Qué harás con la Fernanda?

Tete unió las cejas. Las complicaciones de celos iban mal con su temperamento.

-No es cosa tuya. Me chinga que se metan en mis negocios.

La muchacha se escondió tras la melena, comprendiendo que debía achantarla.

Doña Leocadia dejaba descansar las agujas, cuando un punto impertinente se escapó, rompiendo la continuidad de tres vueltas. Había razón para ello. Doña Carmela cruzaba la calle, empujando un carrillo rebosante de provisiones, envueltas en celofán.

-¡Jesús! ¡Pero qué cosas se ven!

Doña Carmela se pasaba la vida criticando a su hija, porque en lugar de bajar al mercado, rebuscando lo mejor y más barato, arruinaba la salud y el bolsillo de la familia en los supermercados, donde sólo vendían cosas metidas en congelador, a saber desde cuándo. Y ahora era ella quien venía de la tienda grande, como si hubiesen cerrado las de toda la vida. La droguera inclinó el busto, afanándose en recuperar el hilo, que hizo ascender lentamente por el entramado. Estaba haciendo un jersey para su hijo, y debía terminarlo antes de la cacería. Si don Manuel se había comprado un equipo completo para ir a la finca del Marqués, Ginés debía ponerse a tono, rivalizando en elegancia con los demás chóferes.

Al enderezarse descubrió a don Jeremías, el "ABC" bajo el brazo, que se disponía a cruzar la calzada. Cuando se decidió, los claxons atronaron la calle, haciendo vibrar ligeramente el cristal del escaparate. La anciana cerró los ojos, calculando el tiempo. Cuando los abrió, estaba apoyado en una farola, reponiéndose de la travesía. La risa de la anciana llenó la tienda, uniéndose al tintineo de la campanilla.

-¡Pero qué brutos son!

-Un día me lo matarán en la misma puerta. Don Jeremías agitó la cabeza, con orgullo infantil.

-¿Y qué más da? ¡Para lo que me queda! Yo le digo que esas rayas no se han hecho para mí. ¡No soy ningún animal que va en rebaño! Tengo derecho a elegir mi camino por donde me parezca. ¡Y nadie puede obligarme a rodeos inútiles, qué caramba!

-¡Pero si hasta su nieto, el revolucionario, respeta las luces y los pasos!

El anciano estrelló el periódico sobre el mostrador, produciendo un ruido seco y contundente.

-¿A eso llama usted revolucionario? ¡Me hubiese gustado verlos en la guerra! Así me han puesto, que leo este periodicucho como un monárquico cualquiera. ¡Yo! ¡Un republicano de toda la vida! Son incapaces de saltarse una ordenanza municipal, ¡y hablan de revolución! ¡Bah! En una tribuna

los quisiera ver, como a don Manuel, el Presidente. ¡Ése sí que sabía decir las cosas! ¡Y qué gestos! Pero para qué le voy a decir... Usted lo recordará.

Doña Leocadia inclinó la cabeza con coquetería.

-Era casi una niña por entonces... No me metían en política. Ya sabe que mis padres...

-Sí, sí, chóferes de casa grande de toda la vida... Nietos de cochero y criados de confianza. Pero a lo que íbamos, ¡nada! ¡Ni siquiera saben utilizar el castellano! Y vengan números, planes, análisis... ¡Como si los números y los cálculos sirviesen de algo! No llegarán a ninguna parte, se lo digo yo...

-Pero cualquier día le meten al chico en la cárcel. Ya lo verá.

-¡Mejor! A ver si aprende a tomar las cosas en serio. Más tiempo me tocó estar a mí, y no hablo tanto. ¡No querrá defender a esta generación, doña Leocadia! Le aseguro que no saben, ni quieren aprender.

La anciana sonrió, disimulando su despecho.

-Bueno... sacando a mi Ginés.

Don Jeremías cambió las miradas. No le gustaba hablar del muchacho, única pasión de la droguera. Entre su revolucionario de pacotilla, y el chofer bien mandado, se quedaba con lo que le tocó en suerte.

-¡Vaya! ¡Conque nos ha puesto un anuncio del OMO!

Esta vez se escaparon dos puntos.

-¿Qué quiere usted? Hay que pasar por ello. Si no, no se vende.

-¿Pero quién puede creer en esas cosas? Basta con oír la radio, o ver ese engendro que llaman televisión, para saber que todo son mentiras. Nos machacan con un montón de marcas, ¡bueno! ¡Pues todas son la mejor! ¡Como si fuese posible!

-Que el mundo anda perdido ya lo sé ¡ya! Se lo tragan a pies juntillas, ¡como si fuese el Evangelio! Y a sabiendas que los anuncios se pagan. ¡Por las mismas casas que fabrican, no vaya usted a creer!

-Claro que también se ayudan con concursos y regalitos...

Doña Leocadia se caló las gafas.

-En esta vida nadie da algo por nada. ¿Que regalan un millón? ¡El mismo que han metido en el precio! ¿Que dan un caballito con soldado y todo para el niño? ¡La madre puede estar bien segura que lo paga! Si no en pesetas, en gramos. ¡Pues no hay quien se lo meta en la cabeza a la gente de ahora!

Don Jeremías movió la suya tristemente.

-Así es, hija, así es...

El chocar de las agujas cubrió el silencio. El anciano pensó que había llegado el momento de hacer su compra.

-¿Le molestaría darme tres pesetas de almidón?

Dolía Leocadia dejó la labor sobre el asiento de anea. Del montón de papel de estraza separó una hoja, que extendió sobre el platillo del peso, agitando la cuchara de zinc, llena de polvos blancos. La aguja se inclinó más de lo debido, pero no retiró el sobrante. Era su regalo a la amistad.

-Aquí tiene usted.

Iban a reanudar la conversación, cuando repicó la campanilla.

-Perdón un momento, que atiende a la señora Sebastiana.

Abrumada por tan inusitada concurrencia, doña Leocadia se coló tras el mostrador, situándose frente a la gruesa matrona.

-¿Le fue bien el asperón que le recomendé?

La mujer asintió, integrándose a la tertulia.

Cuando despertó, el cielo estaba rojo. Había llegado el momento de arreglarse. Antes de llamar a la criada levantó el teléfono, marcando el número de Manolo.

-¿Está el señor?

-¿De parte de quién?

-La Marquesa de Arbras.

-Un momento, señora marquesa, veré si ha vuelto.

Esperó contando los segundos. La voz chillona de María Luisa raspó su oído.

-Hija, Manolo no ha llegado aún. Si no te importa hablar conmigo...

El tono era reticente. Cristina acentuó su amabilidad.

-¡En absoluto! Sólo quería saber si veníais a casa de los Puig. ¡Son tan aburridos!

El carraspeo confirmó que había dado en el blanco. Todo Madrid conocía los esfuerzos de los Martínez Lasso para introducirse en aquella familia. Al otro lado, la voz se hizo insegura.

-No andamos muy bien con ellos... ya sabes.

-Bueno pues ¡un abrazo! Tengo muchísima prisa.

Colgó riendo a carcajadas. Unos meses antes le hubiese molestado que otros se burlasen de la mujer de Manolo, el socio de Carlos. Inofensiva y tímida, siempre dispuesta a admirar, tenía cualidades sobradas para que la tomase bajo su protección. Durante años la llevó por todas partes, como si fuese un perrillo faldero, pero cuando empezó su idilio las cosas cambiaron. Se transmutó en ser antipático e inoportuno, que podía tener el hombre deseado cuando le daba la gana.

Luis vigilaba la puerta. Estaba nerviosa, porque don Aurelio no solía retrasarse. Quizá le habían detenido, o tuvo un accidente. Se propuso mover todas las influencias paternas para sacar al amigo del atolladero. Juan Benalud se acercó por detrás.

-¿Qué haces ahí plantado?

-Tengo una cita...

Era evidente que Luis quería estar solo. El recién llegado le abandonó a sus preocupaciones, para ocupar un lugar vacío en la mesa de Renata Blanes, elemento relevante del mundillo social, que nada tenía que decir, pero vestía mucho.

Iban a dar las nueve, cuando apareció D. Aurelio. Luis sonrió con cierta coquetería.

-Empezaba a preocuparme.

Don Aurelio se dirigió al camarero, sin dedicar una mirada al muchacho.

-Ponme un whisky.

Lo tenía en la mano, cuando se volvió hacia el joven.

-¿Hiciste lo que te mandé?

Asintió con un gesto.

-En la cárcel me recibieron en seguida. Metí el cuento, y dio resultado. No me la dejaron ver, pero me enteré de todo. Confidencialmente, claro. Está por chantajear, pero saldrá mañana o pasado. Me advirtieron que tuviese cuidado con ella, diciendo que no es persona para mí, y que cualquier día se meterá en un lío gordo.

-¿Te hablaron de su declaración?

-Sí. Negó todo, y el que puso la denuncia la retiró, alegando que había sido una confusión de su secretario. Lo sé por el propio director, que ha visto el expediente. Había conocido a mi padre, y estuvo muy simpático.

-Así que libertad definitiva...

-Eso parece, aunque estaban seguros de volverla a encerrar. No me hablaron de tráfico, pero casi lo insinuaron. Para mí que está quemada.

Don Aurelio le palmeó la espalda.

-¡Buen trabajo! Ahora desaparece.

El chico se balanceó ligeramente.

-¿No me da usted nada? Me están esperando unos amigos y...

Don Aurelio sonrió.

-Esta noche, no. Quiero que tengas las ideas claras, y ningún riesgo de hablar demasiado. Voy a encargarte un trabajillo. Es delicado, y no hay otro a quien mandar. Te doy mi palabra que cuando lo termines no te faltará de nada, ¡aunque no pagues!

-¿Es difícil?

-Digamos que será... muy útil.

El chico sonrió con orgullo.

-¡,Cuente conmigo, don Aurelio!

Don Manuel apretó el botón del circuito.

-Páseme a ésos, que voy a marcharme.

Cuatro hombres se situaron frente a la mesa. No les invitó a sentarse.

-¿Qué les trae por aquí?

El más joven se adelantó. No parecía impresionado por el lujoso despacho, ni por la persona del Vicepresidente.

-Por si se le ocurre hacernos alguna, lo aviso que venimos en regla. Hemos pedido el permiso, y nos lo cargan a esas vacaciones que ni nos dan, ni nos pagan las más de las veces.

Don Manuel ahuecó la voz. Si no conociese bien a la secretaria, creería que se habla ido de la lengua.

-¡Comprenderán que no voy a ser tan mezquino! Desde luego, les desaconsejo que abandonen el trabajo con excesiva frecuencia ... Y ahora, ¡vamos al asunto!

-Se trata del convenio, y de ...

Don Manuel cortó con un gesto.

-No es cosa mía. Entiéndanse con la dirección a través de los Sindicatos. En último término, saben que todos dependemos de la Magistratura.

-¡Cómo no va a ser cosa suya si es dueño!

-¡Oh! En estas sociedades anónimas hay muchos dueños. Algunos de ustedes, inclusive, pues poseen acciones. No se les vaya a olvidar. Mi labor se limita a defender los intereses del conjunto de propietarios. .

-¡No me diga que tiene los mismos títulos que un trabajador!

Don Manuel fijó al que hablaba.

-Eso no viene al caso. Defiendo los intereses de cada accionista, ¡y usted creo que lo es! Lo hago, procurando no equivocarme en la gestión. Debo evitar catástrofes, como la quiebra, y obtener la mayor rentabilidad posible, respetando naturalmente los derechos de los trabajadores. ¡Pero los derechos! ¡No abusos y caprichos!

El obrero sonrió.

-Sí que tuve unas cuantas acciones, sí. Fue un año en que nos pagaron los beneficios en papel de la firma. Me enteré que no rentaban ni pa pipas, y las vendí como casi todos. La verdad que salimos perdiendo en el cambio.

Don Manuel suspiró.

-Les pido por favor que sean escuetos. Tengo muchas más cosas que hacer que escucharles. No es el momento de estudiar “todos” los problemas de la empresa.

Le tocó hablar a un hombre de mediana edad. Don Manuel pensó que si perdía el empleo, le costaría mucho encontrar otro.

-Usted sabe que hace meses venimos discutiendo sobre las nuevas bases. Para ponernos de acuerdo entre nosotros, tenemos que reunirnos, pues hay que atender la voluntad de la mayoría. No queremos pedir demasiado, ni por debajo de lo que es de ley. Al principio, nos dejaban hacerlo a la hora del bocadillo. Luego nos lo prohibieron. Apenas podemos hablar entre nosotros dentro de la fábrica. Como muchos vivimos en la misma barriada, y algunos conocen al párroco, se lo contamos, y nos ofreció la iglesia. Tiene permiso para celebrar reuniones por Acción Católica y otras cosas. Nunca había pasado nada. Pero cuando fuimos nosotros vino la policía.

-Pídanle responsabilidades. Está claro, a todas luces, que les engañó.

El trabajador apoyó las palmas sobre la mesa, y avanzó el pecho. En sus ojos brillaba la ira.

-Lo que pedimos es que lo suelten. Se lo llevaron a la cárcel con unos cuantos compañeros.

Don Manuel abrió los brazos.

-¿A mí qué me dicen? Es asunto que compete a las fuerzas del orden. Si conociesen la ley, sabrían que toda reunión no autorizada oficialmente es ilegal.

-¿Y las de ustedes, por qué no? Lo mismo se ven en los locales del Sindicato, que se nos cierran, que en un restaurante o donde les parece. Igual cincuenta que mil. Si hay policías están con morriones puestos, montando guardia para que nadie les moleste. Y de lo que hablan ni se preocupan.

Don Manuel eludió la respuesta.

-Sólo puedo decirles que no es asunto de la empresa... ni mío. Para cuestiones laborales, repito, ¡vayan a Sindicatos! Para problemas legales, ¡pues ustedes verán! Mi consejo es que se dirijan a uno de esos abogados, que tanto se mueven en el Tribunal de Orden Público.

-Ya lo hicimos, pero si usted no nos ayuda, iremos a casa del Marqués, que es quien más manda. Tenemos ya muchos años para saber que lo que cuenta es la influencia. Le pediremos que la use, porque al fin y al cabo, si nos paramos también le tocará perder. Los compañeros quieren que suelten al cura y a los demás, y que nos dejen discutir tranquilamente, como hacen los empresarios. Nosotros estamos de acuerdo.

Don Manuel se levantó.

-Si quieren un consejo: no insistan. A mala fe, podría denunciarles. Me acaban de confesar su participación en una reunión ilegal, y además, me amenazan con la huelga. Estoy dispuesto a olvidarlo, ¡pero la paciencia tiene un límite!

El más joven se pasó la lengua por los labios.

-Es posible que las veamos malas, pero peores las están viendo los de la cárcel. Tenga por seguro que si no nos atiende, paramos la fábrica.

Don Manuel volvió a pulsar el botón.

-¡Que venga don Genaro!

-¿Entonces ... ? –

-¡Efectivamente! ¡Hemos terminado la entrevista!

Se dirigió al empleado, que esperaba órdenes en la puerta.

-Antes de que se vayan les tomas la filiación completa. ¡No me gustan los gestos anónimos!

La voceadora asomó a la verja.

-¡Clara Martínez! ¡Que te llama la jefa!

Abandonó la novela sobre la taquilla. Libro forrado con papel azul, procedente de la biblioteca penitenciaria.

-¡Aquí no la dejan a una ni descansar!

-Esta vez pué que te caiga bien.

La reclusa hizo girar la llave, con igual soltura que una funcionaria. Multitud de arrestos, ocupando el mismo cargo, la habían permitido conocer de memoria hasta los cerrojos.

-¿Por qué no nos dejas abiertas?

-¡Sí, rica! ¡Y la que se las busca soy yo!

Cruzaron la galería. Ventanas a dos metros del suelo, abiertas de par en par para que se secasen los baldosines recién fregados.

-No digas nada, pero me huelo que es la libertad.

-¿Estás segura?

-La jefa tenía un telegrama de los que manda el juzgado. Si fueses penada, podía ser el traslado. Pero en tu caso no hay de qué... Si no andas reclamá por ahí, quiero decirte.

Escaleras de cemento. Se pegaron a la barandilla, para no molestar a la de brigada, que se esforzaba por limpiar correctamente. Clara sonrió. Le había tocado a una política. Aquellas chicas le hacían gracia, aunque no podía comprenderlas. ¡Cualquier día la iban a trincar por defender a otros! ¡Ni loca! Que cada cuál se las apañase con lo suyo.

Estaban repartiendo el correo. Las mujeres se agitaban frente a la puerta, esperando el turno de

recibir su carta, a menudo único lazo con el exterior.

-Espera que te llamen.

-Tú tranquila. Conozco las costumbres de la casa.

Se apoyó en la pared. El corazón le martilleaba hasta ahogarla.

Estaba sentado junto a la puerta del garaje. Botas del ejército, carcomidas, chaqueta mugrienta, macuto de desecho abultado. El centinela se acercó. a su pareja.

-¿No te parece sospechoso?

-Uno cualquiera. Andará cansao.

-¡Pues no es sitio! Y menos pá un tipo como ése. Te apuesto que pasa más tiempo dentro que fuera. ¡Hasta el fato de la cárcel tendría que joderle!

-Los hay maniáticos. Lo mismo quíe ver alguna mujer.

-Te digo que con las políticas ando con miedo. Ahora son muchas, y corren cosas. Se les puede ocurrir cualquier barbaridad.

-¡Bah! ¡No llegará la sangre al río!

-He oído que nos traen a la vasca. La que quiso escaparse en Pamplona.

-¡Pues no lo digas! Además, no se escapó. Hubo jaleo gordo, eso sí, pero sin dato pá ninguno de nosotros.

El vagabundo sacó un panecillo del zurrón. Corteza renegrida y seca. Mordisqueó lentamente.

-¿Le preguntamos qué busca?

-¿Pá qué? Mientras no se meta con nosotros...

-Lo mismo trae una bomba...

-¡No seas peliculero! Esas cosas sólo pasan por ahí fuera.

-Yo te digo que el otro día tuvimos jarana de la buena en la Universitaria. Tiraron no sé qué cosa, y casi vuela un jeep.

-Una cosa es la Universitaria, y otra esto. A nadie se le ocurre plantarse en la misma puerta con paquete así.

-.Bueno... ¡Yo voy!

-Si te empeñas...

El guardia cruzó la calle, apretando la ametralladora bajo el brazo.

-¡Tú! ¿Qué haces ahí?

El interpelado se puso en pie respetuosamente.

-Ná, señor. Tomar el sol.

-¡Venga! ¡La documentación!

El vagabundo rebuscó entre trapos y tarteras. Dos tapas de cartón, unidas por una goma, surgieron a la superficie. Las separó, dejando al descubierto una tarjeta de identidad tan mugrienta como su propietario. Los rasgos de la foto coincidían más o menos con el original.

-¡Está bien! ¡Ahora enséñame lo que llevas!

El mendigo tendió su equipaje, ofreciéndose al cacheo. Éste fue casi tan minucioso como los realizados en el interior. El guardia se rascó la barbilla.

-¡Ahora vas a decirme la verdad! ¿Por qué te has puesto aquí?

El hombre bajó los ojos, balanceándose ligeramente para patentizar su vergüenza.

-Mire usted, señor guardia, ¡la puritita realidál Un amigo me dijo que de ahí salen putas a diario. Las echan sin linda. ¡Ni pá tomar un vaso tienen! Yo... pues no tengo mucho. Llevo cinco duros pa la primera que caiga. Se cuenta que hasta se dan por menos... Me digo pá mí que alguna caerá... Ya sabe usted, señor, lo malamente que se han puesto las cosas pá un pobre...

El guardia rió.

-Hoy no se esperan libertades de las que te van. De no ser una casualidad. Pero lo mismo otro día...

-Ya vendré, ¡ya!

El centinela volvió a su puesto. Aquel tipo le había caído en gracia. Su compañero sonrió socarronamente.

-¿Qué te decía? ¡Anda, y déjalo disfrutar!

-Nuestra obligación es tener vista. Se peca por poco. ¡Nunca por mucho!

Una camioneta gris se acercó por el fondo de la calle.

-¡Ingresos tenemos!

Seis mujeres saltaron al asfalto. Faldas cortas y estrechas, que se subían hasta la cintura. Los obreros del taller se arremolinaron en la acera.

-¡Joer, qué, desecho!

-La de verde sí que está buena.

-¡Ahí va, qué pantorras!

-¡Que te cojo el culo!

La cabeza baja, el grupo de detenidas se hundió en el patio interior. Apenas desaparecieron, la calle volvió al silencio.

-Esta noche lo mismo hay jarana.

-Mañana lo más seguro. Se dice que habrá redada a eso de las cinco.

-Lo mismo. No me toca de guardia.

-¡Clara Martínez! ¡Sale en libertad!

El funcionario de puerta devolvió el documento a la mujer. Había leído en voz muy alta, para que le escuchasen los de fuera, como manda el reglamento. La muchacha cruzó ante la pareja, que la examinó con ojos expertos.

-Te digo que me gustaría engancharla.

-¡No te hagas ilusiones! Cuando vino pregunté por ella, porque me gustó la pinta, y nunca se sabe si conviene hacer un favor para cobrarlo. La trajeron por cosa de estafa. No de puteo. Y andaba por lo alto. Se rumorea que el gachó de la denuncia tiró para atrás, porque la chica es de postín.

-¡Seguro que asunto de coño! Esta gente, cuando se pone a la greña, acaban en comisaría por un quitame allá esas pajas, aunque cobren en verdes.

El vagabundo se levantó para seguirla.

-¿Y ése? ¿Ande va?

-Por plan. Se lo tiene muy creído.

-¡Las cosas! Porque ésta, de serio, es de postín.

Aspiró fuerte, llenándose los pulmones de gasolina. Aire viciado de libertad. Los árboles amarilleaban. Casi los había olvidado, como los coches y las fachadas. Sintió que todo era nuevo, y sin embargo, familiar.

-¡Tía cojonuda!

Sonrió escuchando el piropo. Voz de hombre que estaba muy cerca, sin rejas ni puertas de hierro que los separasen. Entró en el bar. Las botellas se alineaban, haciéndole saborear de antemano el derecho a elegir. El camarero esperaba pacientemente. Conocía de sobra a las inquilinas de Marqués de Mondéjar, y sabía que ponían tiempo antes de tomar la primera.

-Chinchón seco.

Bebió de un trago. Después de pagar, repasó las reservas. Quedaba para un taxi. Bajaba la calle hacia la parada, cuando descubrió al mendigo. Lo había notado al salir de la cárcel, pero no le echó cuenta. Volvió la cabeza, asegurándose de que la seguía. Apretó el paso.

-Parque de las Naciones.

Apenas desapareció el vehículo, el vagabundo se metió en la tasca, ante el asombro del dependiente.

-Aquí no hay vino gratis.

-Pero habrá teléfono.

-¡Si tié pá la ficha!

-¡Y para bastante más, joven!

El chico se volvió sorprendido. No estaba acostumbrado a que clientes de tal catadura hablasen con semejante corrección.

La ventana del salón estaba abierta de par en par. Pensó que María Helena no se había marchado. Una imprudencia, pues tenía razones sobradas para poner tierra por medio. Se lo había dicho mil veces: “Si me trincan, te largas al campo, y te llevas todo. No dejes pistas ni pruebas”. Entró en el portal. El portero sonrió, enseñando tres dientes de oro.

-¿De viaje, señorita?

Clara torció el gesto. Sabía de sobra dónde la habían tenido, y si hacía la pregunta, era por molestar.

-Sí, claro. ¿Hay alguna novedad?

-Dos recibos.

Los cogió sin mirarlos, dirigiéndose al ascensor. El dinero no la preocupaba. Había dejado un sobre arriba, y tenía en el banco. Para cuando se acabase, ya habría tenido tiempo de sacarlo a quienes la dejaron tirada. Apretó el botón sin mirar. La cárcel no hace perder costumbres.

Abrió con la llave que acababan de devolverle en jefatura, con otros objetos personales: una medalla de oro y un anillo. En el piso todo estaba en desorden. Las prendas se desperdigaban, rebosando de los cajones abiertos, que el intruso no se molestó en cerrar. Alguien con prisas, y sin la

menor intención de disimular. Dejó caer el bolso, precipitándose hacia la cómoda.

El tercer cajón estaba entreabierto. Tiró con fuerza, haciéndolo caer al suelo. Metiendo las uñas por una ranura, descorrió la trampilla. La libreta estaba en su sitio. Suspiró aliviada, antes de repasar las hojas, para comprobar que no faltaba ninguna. En la V estaba el nombre del denunciante.

-¡Cabrón, hijo puta!

Jamás volverían a servirle. Ni ella, ni nadie, pues los chivatos no caen bien, aunque sean clientes. Apretó el librito entre las manos. Un documento peligroso y, sin embargo, indispensable, pues era la palanca que había de forzar la mano a los amigos, obligándoles a pagar, en dinero contante y sonante, un cautiverio que no tenía precio. Buscó un lugar seguro donde esconderlo. En aquella casa moderna, sin rincones ni recovecos, era difícil encontrarlo. Salió al balcón, aspirando el perfume de las últimas flores, que se enredaban en las jardineras.

Hurgó entre los tentáculos de la parra virgen, que cubría los ladrillos. Demasiado frágiles para sostener la carga. Pero la idea había nacido. Rascó la tierra, sin romper las raíces, hasta abrir un hueco suficiente. En la cocina había restos de plásticos. La libreta quedó enterrada, cuidadosamente envuelta en la telilla impermeable.

IV

En la sala no había turistas. Sólo un ujier aburrido, que paseaba con los ojos clavados en el suelo, como si quisiera evitar todo contacto con la pintura. Luis también ignoraba los cuadros. Andaba de prisa, preguntándose por qué don Aurelio le había citado ante los Bruebhel. Un pintor apenas conocido, de quien ni siquiera los empleados sabían dar razón. La lobrete de la estancia le hizo comprender.

Apenas se distinguía la figura, apoyada en una mesa, que sostenían cuatro leones de bronce. Tablero de mármol de colores, con pájaros y frutos. Se acercó, resbalando sobre las losas enceradas.

-Aquí me tiene.

Don Aurelio fijaba los ojos en un cuadro, que debía saberse de memoria, pues la distancia y la oscuridad hacían imposible distinguir la imagen.

-¿Qué te parece la pornografía de nuestros abuelos? Una mujer desnuda, mirándose en el espejo, que ha descubierto el narcisismo. Y alrededor amorfos homosexuales, animales y frutos, ¡instrumentos! Todo lo que puede despertar sensaciones físicas. Incluso esos bichos que huelen tal mal. Se llaman... ¡Bueno! No me acuerdo. La Inquisición castigaba el pecado en esta tierra, pero no hasta el punto de privar al poderoso de sus placeres. Al contrario; dejaba que pintores y artistas le ayudasen a despertar sus sentidos.

Luis asintió, sin saber qué decir. Lo que menos esperaba, era una lección de arte. Don Aurelio continuó, sin preocuparse por averiguar la reacción de su pupilo.

-¿Vienes mucho por aquí? El muchacho carraspeo, para ocultar su confusión.

-Pues... la verdad es que no.

-Debías. Se aprende más de lo que te figuras.

Hubo un silencio. Don Aurelio cambió de tono.

-La chica está en la calle. Arréglatelas para invitarla, sin decirle una palabra de la cárcel, ni de mí. Le sacas lo que puedas, ¿entendido?

-Está bien. ¿Algo más?

-Que no abandones la cultura, y me busques dentro de tres días donde siempre.

Se alejó, desapareciendo en las salas de Valdés Leal. Luis recorrió las pinturas, procurando demostrar un interés que no sentía. Cuando le pareció oportuno, enfiló hacia la puerta. A la derecha, estaba la escalera de piedra. Subió de dos en dos, desembocando en el salón de Goya. Guías titulados daban explicaciones exhaustivas a rebaños de turista!, que volvían la cabeza disciplinadamente, obedeciendo sus indicaciones.

En la gran galería, el eco multiplicaba los ruidos.

Nunca le había pasado semejante cosa. Desde que se aficionó a la droga, apenas terminados los estudios, los proveedores le habían servido puntualmente, como si se tratase de un producto legal. Incluso en tiempos difíciles, cuando la vigilancia arreciaba. Ahora, cuando ni la prensa, ni los informes que llegaban a su despacho en Gobernación, indicaban el menor interés de la policía por el tráfico, se le terminaban las reservas, sin que la persona encargada de traer los pedidos, apareciese por ninguna parte.

A primera hora de la mañana, había recurrido, a una vieja receta. La guardaba para casos extremos, con la esperanza de encontrar un farmacéutico comprensivo. Durante varias horas, el bueno de Matías había recorrido las farmacias, pero no tuvo éxito. A lo visto, las cosas habían cambiado. Para servir morfina se exigían una serie de datos, que el marqués no estaba en disposición de facilitar. Decidió llamar al médico de cabecera, con la esperanza de que atendiese sus deseos. Se trataba de un anciano venerable y heredado, que había conocido tres generaciones de Marqueses de Arbras. Ajeno a los trapicheos de su cliente, al menos en apariencia, pero siempre dispuesto a complacer, era la persona ideal para extender un nuevo papelillo, evitando comentarios, tan inútiles como molestos. Le llamó personalmente.

-Mi mujer está en plena crisis. ¿Podría recetarle algo que la calmase? Mandaré al criado...

El facultativo carraspeo.

-Tiene unas pastillas. Son magníficas.

-Es que no le hacen efecto. Ya sabe que es muy nerviosa. Además, tiene dolores.

-¡No es nada! Que tome dos, en todo caso.

-Pero... ¿no habrá algo más fuerte que acabe con este infierno? Trae de cabeza a toda la casa.

La voz sonó particularmente seca.

-No creo que le haga falta. En todo caso, si no mejora, que se pase por la consulta... O si prefiere, pasaré por ahí apenas termine.

Carlos se sintió incómodo.

-No creo que sea necesario. De todas formas, muchas gracias. Le llamaré otra vez si se agrava.

-Así quedamos.

Colgó desalentado. No quedaba otro remedio que subir al cuarto de Luis. El chico alternaba excitantes y calmantes, so pretexto de los estudios. Quizá encontrase algo que mitigase su incomodidad, cargando la dosis por encima del límite.

Fernanda le besó en la boca. Tete se apartó.

-¡Chica! ¿Pero qué te ha entao? ¡Que nos están viendo!

-¿Desde cuándo te importa la gente?

La miró sin saber qué decir. En realidad, le importaba un carajo convertirse en espectáculo. Pero tenía a la Rosy en la sesera, y la intromisión de otra mujer se le hacía un sacrilegio. Es decir, que estaba seriamente enamorado, y por primera vez en su vida. Por eso decidió acotarla, lo que no se le había ocurrido ni en los amores de juventud. La vena de la propiedad le entraba al revés: contra más viejo, más fuerte.

En la barra había uno que no quitaba el ojo a la Fernanda. Pedía de lo más caro, llevaba zapatos nuevos, y vestía de sastre.

-Ahí tiés faena. ¡A por él!

Su compañera dejó de sonreír. Había decidido pasar la noche con su hombre, sin entrometer extraños.

-¿No te hace que me tome un asueto?

Tete arrugó el ceño.

-Ya te sobrará tiempo. Cuando sale la ocasión, no hay que desperdiciarla. Aluego, Dios castiga.

-¡Es que te quiero!

-¡A más abundancia! Pos me quieres, trabajas pa mí y yo te lo agradezco. Si me dejas ahora estoy joío. Con el Gervasio, las cosas no van como debieran. ¡Ya ves lo que vamos sacando con sus chuminás! Y cuando no... ¡Te digo que la gente sale sin linda!

Fernanda se sintió llena de buena voluntad.

-Entonces... ¿voy?

-¡Ya mismo!

Se estaba poniendo en pie cuando el cliente se acercó a la mesa.

-¿Me permiten?

Tete se levantó, disponiéndose a ahuecar.

-Bueno. ¡Nos veremos mañana!

El recién llegado se dirigió a él.

-Si molesto...

-¡Ni mucho menos! Es mi hermana. Venía pa darle un recado.

Don Aurelio ocupó el asiento vacío. Los codos apoyados en la mesa, hizo girar el vaso entre los dedos. Fernanda se inclinó hacia él.

-¿No me preguntas qué quiero tornar?

-Después. Antes quiero hablarte de mis cosas.

-Es que la casa no quiere gente abstemia.

-Ni yo que me hagan el número de la borrachera antes de tiempo.

Fernanda se mordió los labios. Le tocaba un enterado, capaz de entretener la noche con dos consumiciones. Al final, ahuecaría sin dejar linda, o pagando lo justo por el servicio. Y si le daba por tragar, todavía peor. Al día siguiente tendría dolor de hígado pues con tipos de ese porte, no queda otro remedio que beber de veras. Lo prueban, y son capaces de rajar la cara con el vaso, cuando encuentran agua teñida en lugar de whisky.

-Bueno... pues háblame.

Don Aurelio la miró a los ojos, dejando correr el tiempo. La mujer sintió miedo. No hacía tan

siquiera un mes que encontraron a la Azucena con los sesos pegados al asfalto. Estaba en la Casa de Campo, donde terminan los pinares. Se dijo que la habían tirado de un coche, y luego que se cayó sola. Los de la brigadilla anduvieron haciendo preguntas, por cubrir el expediente. Que se aclarase o no les traía sin cuidado, pues con las putas ya se sabe. Van donde las llevan, hasta que encuentran la horma de su zapato. Hay comentarios, y luego se olvida. La Reme, que lloró como un cochino al saber la noticia, porque se habían arrejuntao, ya andaba meneando el jopo con las ropas de la muerta. Por cierto, le caían un poco estrechas.

Los que mataban no eran mala gente. Les entraba el ramalazo de pronto, como un aire. Ni siquiera tenían intención de hacer daño. La pestaña estaba al corriente, y por eso apenas buscaba. Es malo encerrar a un hombre de bien, por un tropiezo con el vino y las mujeres de la vida. Don Aurelio seguía mirándola. Fernanda se preguntó si había llegado su noche.

-¿Estuviste alguna vez en el Dueso?

La mujer se sobresaltó, porque allí estaba su marido.

-No.

-Pero sabes lo que es.

Se esforzó por sonreír, aparentando indiferencia.

-¡Hombre! No soy nueva en la profesión. De esas cosas se oye. ¿Y tú?

El cliente guiñó los ojos.

-Quizás sí... quizás no...

Fernanda hizo un mohín coqueto.

-¡Perdona, chico! No quise ofenderte.

-Tu hombre sí que está...

Sintió que se le cortaba la respiración. El hombre siguió hablando, sin cambiar de tono.

-Conozco bien al Paco. Me dio un encargo para ti. No lo has recibido antes, porque es difícil encontrarte.

Fernanda arrugó la nariz. Si venía por ella, lo mejor era negar, como en la policía.

-Pues yo no conozco a ningún Paco.

Don Aurelio se echó a reír.

-¡Por Dios, señorita! ¡En su trabajo! Claro que no me refiero a un cliente cualquiera. Hablo del que la conoció en el pueblo, antes de echarse a la vida. Había un hijo de los dos, pero no se llamaba Pablo -chascó los dedos, inclinando la cabeza como si se esforzase en recordar-. ¡Ah sí! Le decían Antoñito. Murió. No puedo decirle de qué, pero sé dónde lo enterró. El padre cree que vive, pues nadie le ha dicho lo contrario. Cuando se entere, es posible que se enfade. Y la buscará. Hasta puede andar siguiéndola ahora mismo. Si no ha salido, lo hará cualquier día. Porque de la cárcel se sale siempre. Es un dicho conocido... y cierto.

Se detuvo, para estudiar el efecto del discurso. Fernanda respiraba de prisa, como si estuviese a punto de ahogarse. Continuó satisfecho.

-Usted se ha cambiado de barrio y de nombre. Una medida acertada, pues Obdulia no es corriente. Se ve demasiado. En casos como el suyo, todas las precauciones son pocas.

Fernanda sintió que la habitación daba vueltas. Caía en un agujero muy hondo, abierto sin saber cómo ni dónde.

-¡No le cobro! Haré lo que me pida, cuando le dé la gana. Sólo que no me descubra. ¡El Paco está loco! Si me encuentra, me mata de seguro. ¡Tengo dos hijos que alimentar! ¡Por ellos!

Don Aurelio examinaba. Estaba en el fondo. Había llegado el momento de tenderle una mano, y tirar hacia arriba.

-No me interesa su cuerpo... ni su ciencia. El mercado que le ofrezco es distinto, pues sólo necesito su voluntad, y obediencia. Va entrando en años. Pronto estará pasada para la profesión, y le obligarán a dejar el barrio. Tendrá que bajar a la Cuesta, o irse a los desmontes, en busca de macho de a cinco duros. Son zonas retiradas, donde todos se conocen. Allí la encontrará fácilmente, pero yo puedo ofrecerle algo seguro. Sin inquietudes, ¿entiende?

Fernanda asintió.

-Entiendo que quiere algo de mí.

-Eso es. Tengo un negocio. Una empresa donde no hay que acostarse por dinero, ni aguantar caprichos. Al contrario. ¡Son los clientes quienes soportan los nuestros! El asunto es llevar encargos donde le mandemos, y traer lo que paguen por el paquete. Sin hacer preguntas, ni equivocarse de señas.

La mujer comprendió. Le proponían el trabajo mejor pagado, pero también más peligroso. Las que andaban en el asunto, vestían como señoras, y gastaban lo que les daba la gana, hasta que un día desaparecían, sin saber cómo ni dónde.

-Soy muy tonta. Le digo que no valgo.

Don Aurelio frunció la boca.

-Vale cualquiera capaz de encontrar una calle y un número... Y de comprender que no debe guardarse lo que pertenece a otros. En todo caso, usted ya no puede elegir. Si me dice que no, el Paco saldrá inmediatamente del penal, con indulto si hace falta, y dará con usted. Así terminará este asunto, pues sabe más de lo que debiera. Y ahora nos vamos a otro sitio. Donde podamos hablar tranquilamente.

La cogió del brazo, apretando hasta hacerle dato.

-¡Andando!

-El sábado cenamos con Carlos.

Manolo sonrió. Sería una buena oportunidad para reanudar sus relaciones con Cristina. Desde la última discusión no habían vuelto a encontrarse, y eso podía perjudicar su asociación con Carlos, condicionado por su mujer, aunque no lo admitiese.

-Supongo que el marqués Tendrá muchas cosas que contarme. Para entonces, ya habrán pasado los de la fábrica.

María Luisa se volvió extrañada.

-¿Cuáles de la fábrica?

-Un grupo, o una comisión. Como quieras llamarlo. ¿No has leído en el periódico la detención de un cura en plena reunión ilegal?

La mujer negó.

-Sabes que sólo me interesan los espectáculos y el arte. ¡Bastantes problemas tenemos para complicarnos la vida con noticias desagradables! ¿Qué pasó?

-Que quieren ganar más. ¡Como si tuviésemos una máquina de fabricar billetes! Lo más sencillo hubiese sido decirles que no, por las buenas. Pero por desgracia, no queda otro remedio que ceder en algo. Con esto de los convenios se puede retrasar. Ganar tiempo para reajustar los precios,

evitando pérdidas. Pero cada vez tienen menos paciencia. Cuando se les termina, empiezan los jaleos: huelgas, ocupaciones... La policía interviene, pero no puede impedir que se retrase la producción. En época de crisis, cuando hay pocos pedidos, no importa. ¡Ahora, en cambio, nos cae como un tiro! ¡Te digo que la vida se está poniendo insostenible!

María Luisa se revolvió inquieta.

-¿No crees que están metiendo demasiada gente en la cárcel? Se crean rencores y, sobre todo, ¡no me gusta lo de los curas! La iglesia es muy sabia. Siempre sale ganando, porque se coloca del lado bueno con tiempo suficiente. ¡Te lo digo!

-¡Bah! La gente del pueblo no tiene confianza en los curas. Hasta les cae bien cuando les metemos mano. Y entre los obispos... pues hay de todo. Los más comprenden que deben estar a nuestro lado, porque mal iban a comer pendientes de la caridad de la chusma. Los que no lo entienden, y se pasan a los curillas, no molestarán mucho. ¡Ya verás cómo se calman cuando empezamos a encerrarlos, sin andarnos con remilgos estúpidos! Y la sangre no llegará al río. Hasta nos vendrá bien, pues así podremos quitarnos el marchamo de católicos fanáticos, heredado de la guerra civil. Prueba de independencia en lo religioso, que no caerá mal de fronteras afuera. Si leyese la prensa, te habrías enterado de que en otros países pasan cosas más gordas. ¡Y no por eso estallan revoluciones!

-Pero aquí es distinto. ¡Somos un pueblo ingobernable!

-Te aseguro que estamos mejor que nadie. Las leyes nos protegen, y las fuerzas armadas mantendrán el orden por encima de todo. ¡Razón sobrada para no tener miedo! Si los de abajo sacan demasiados humos, animados por intelectualoides y extranjeros envidiosos, la cosa no terminará en cárcel. ¡Habrá propina para muchos! Una sorpresa desagradable y definitiva, pues con mandar los revoltosos al cementerio, ¡hemos terminado! Me interesa saber la cara que puso Carlos, por pura curiosidad. Es la única persona que te supera en miedos.

-¿Por qué no le llamas?

-Prefiero que me hable. En líos de este tipo lo mejor es hacerse el sueco. Se los mandé yo, pero no lo sabe. Afortunadamente, pues sigue siendo el mayor accionista, y no debió hacerle maldita la gracia.

Don Rafael contempló la fila de puestos. Los hombres terminaban de cubrirlos con encarnadas, aprovechando muretes del año anterior.

-¡Tú! ¡Ése lo echas abajo, y me lo pones un poco más arriba!

-Está bien, señor. El administrador estaba a caballo. Vestía una pelliza de carnero, hecha por el mejor sastre de Madrid, y llevaba sombrero de ala ancha. Desde niño había soñado con ser terrateniente, pero su fortuna personal jamás se lo permitiría. En consecuencia, se contentó con ser administrador de casa grande. En el pueblo pitaba más que el propio marqués, a quien veían muy de tarde en tarde, y las fincas eran prácticamente suyas: resolvía las papeletas, daba órdenes, despedía y contrataba según le venía en gana, y todo esto sin la menor intervención del amo, ajeno a los problemas de la tierra, y a cuanto pudiese implicar preocupaciones.

Por supuesto, existía el riesgo de que, cualquier día, el ilustrísimo señor decidiese prescindir de sus servicios. Nadie podría criticar semejante decisión, pues bastaba repasar las cuentas, aun distraídamente, para encontrar arriendos muy por debajo de la tasa normal, gastos injustificables, jornales que no se pagaron nunca, y otras cosillas. Pero sería difícil que don Carlos se decidiese a emprender semejante trabajo. El administrador conocía sus debilidades, sabía satisfacer sus caprichos, e incluso adelantarse a sus deseos, distrayendo su atención a tiempo. Nunca faltaron pájaros y reses en las cacerías, aunque más de una vez hubo que traerlos de fuera, ni pisaron la finca gañanes irrespetuosos, poco aficionados a obedecer órdenes y descubrirse. Por eso, don Rafael

dormía tranquilo, seguro en sus posiciones.

Sólo le preocupaba Loreto, el guarda mayor. En razón al cargo, estaba al corriente de muchas cosas, que hubiese debido ignorar. Para evitar que fuese con cuentos, pues verdad o mentira hacen mella en los grandes, le asignó un sobresueldo de su bolsillo, y le dio patente de corso para aprovechar, a su antojo, cuantos dineros manejaba. Al hijo le transformó en tractorista, aunque apenas se labraban cien hectáreas, y a la mujer en cocinera, con sueldo fijo, aunque a los señores apenas se les veía quince días por año.

El guarda se adelantó, colocándose a la altura de su jefe.

-Me dijeron los del pueblo que el Pedro llegó anoche.

-¿Estás seguro?

-Ahí bajo hay uno que lo ha visto con sus ojos.

El administrador golpeó los ijares de su montura, iniciando un galope corto. Era la peor noticia que podían darle. Pedro siempre trajo problemas, con sus historias de salarios y derechos. Cuando llegase la hora de contratar ojeadores, pedirían doble, y habría que dárselo, recortando la sisa que se reservaba en cada festejo. Eso sí no se negaban, y había que traerlos de otros términos. En cualquier caso, habría gastos extraordinarios. Pensó qué castigos o amenazas calmarían al emigrante, y se propuso hablar con el alcalde. No podía negarle el favor de apretar las clavijas al revoltoso, pues le debía el cargo, y además estaba obligado a salvaguardar el orden público.

El sol del amanecer le picó en los ojos.

Se acercó pisando fuerte, segura de sí misma.

-¡Aquí me tienes!

Don Aurelio sonrió forzado.

-¡Eres la imprudencia en personal ¿Nadie te hadicho que pueden seguirte?

Clara rió.

-No soy imbécil, ni julay. Me habría dado cuenta.

-¡Vámonos!

Salieron sin esperar la vuelta. El camarero tendría propina extraordinaria. Encontraron el coche en la segunda bocacalle.

-¡Sube!

Clara ocupó el asiento delantero sin recelo alguno. Estaba segura de salir con bien del paseo, porque la necesitaban. Don Aurelio dio marcha atrás, sin mirar siquiera. Un piloto chascó.

-¡Leche!

-¿Te bajas?

-¿Para liarlo más?

Metió la primera. Aprovechando un hueco, se introdujo en la riada de automóviles que subía hacia Sol.

-Me he tirado varios meses... y tú lo sabías, porque te mandé aviso.

-Son cosas que pasan...

-Digo que nadie apareció por allí. Ni siquiera un paquete.

-No se podía. Apenas caíste, empezaron a vigilar. Entre la gente corrió que te fuiste de la mui.

Clara le miró con guasa.

-¿Es que no me conoces? Me agarré al cuento de las estafas. Es verdad que se olían otra cosa, pues tiraban con bala. Pero no me sacaron ni esto.

Hizo chascar la uña del corazón, con la del pulgar. Su acompañante tuvo una mirada de agradecimiento.

-No esperaba menos de ti.

-Sí, pero lo otro no me va. Se está a las maduras y a las duras. Cuando alguien cae, no se le deja en el suelo ¡como una colilla!

El hombre alargó la mano, buscando la de Clara.

-¡Bueno guapa! ¡Ya está bien! El pasado... ¡pasado! Te propongo unas vacaciones en cualquier costa.

-Me gustaría, pero no tengo pasta.

-Te pasaremos sueldo.

-¿Cuánto?

-Treinta billetes al mes.

Clara lanzó una carcajada seca.

-¿Y con eso? ¿Pá pipas?

Don Aurelio soltó el volante, para abrir los brazos.

-Las cosas van mal. Lo sabes.

-De que no tenéis señas estoy al corriente. Sin clientela, se gana poco. Como son más, puedo dárselas a quien me dé la gana. El cocktailero, la bofia... Al fin y al cabo, hice una parroquia segura a fuerza de zapatazos.

El hombre bajó los ojos.

-¡Nos las darás a nosotros, que somos tus amigos! ¿De quién vas a fiarte si no?

-El movimiento se demuestra andando. Necesito sesenta mensuales, y un año de adelanto, por si se me da cambiar de rumbo. Es la indemnización, o el precio, si prefieres.

Don Aurelio tragó saliva, procurando disimular su enfado. A Clara le sobraban agallas. Había que andarse con pies de plomo y complacerla. O rematar.

-¿No crees que pides demasiado?

-¡Más cara cuesta la libertad! Si me da la berza, puedo encerrar a unos pocos. ¡Y tú el primero, mi querido amigo! Hasta pueden caer clientes. Las voces corren. Eso no gusta en las alturas, y el negocio se marchará a la mierda. Estás entre dos fuegos, mi querido Juan sin nombre.

Un rayo cruzó la mirada de don Aurelio. Violencia reprimida, que habría de satisfacer.

-¡Está bien! ¡Ganas! Pero el negocio es el negocio. Se te pagará cuando entregues la libreta. ¡Y hazlo prontito! Hay que empezar a servir, pues no tengo ganas de que un imbécil se me vuelva loco o se meta otra gente en mi terreno. Se acabaron los buenos tiempos de la exclusiva, cuando éramos los únicos.

-Primero la tela.

-Mano a mano.

Clara suspiró.

-Si te empeñas... Pero será peligroso. Incluso para ti.

-No me asusta el peligro.

-Está bien. ¿Cuándo?

-¿Te va el sábado por la noche?

-¿Por qué no había de irme? Estoy libre como los taxis.

-Bajas al jazz a eso de las nueve. En una de las primeras mesas habrá un chico con el "Marca". No te equivoques. Te acercas y saludas. Él te llevará donde sea. ¡Y no olvides la mercancía! Si gastas una broma, te costará más caro que a la Chuli.

-¿Y quién me garantiza la pasta?

-¿Es que no entiendo el asunto? ¡Sé de sobra cuando toca perder para ganar!

El automóvil se detuvo frente a una parada de taxis.

-¿Te va aquí?

Clara tendió la mano. Don Aurelio la tornó entre las suyas.

-¿Amigos?

-Amigos.

Se besaron en los labios.

-¡Hasta el sábado! ¡No te olvides!

-Nunca perdí la memoria.

María Luisa se frotó las manos enguantadas.

-Hace un frío terrible.

-Supongo que abrirán en seguida.

Abrió Cristina. El traje de noche contrastaba con su actitud, inconscientemente servil. Manolo alzó las cejas.

-¿Se te marchó el servicio?

La marquesa sonrió con coquetería.

-Pasaba por aquí. Pensé que seríais vosotros, y me pareció estúpido haceros esperar con este tiempo.

Manolo se inclinó, besando la mano enjovada.

-¿Dónde anda Carlos?

Cristina indicó el salón.

-Ahí.

El anfitrión parecía nervioso. Hablaba de prisa, mezclando las ideas, como si fuese incapaz de coordinar. Ojeras profundas surcaban sus mejillas.

-¿Te pasa algo?

-¡No! ¡No es nada!

-¿Preocupado?

Carlos asintió contra su voluntad. Estaba deseando contar su problema. Explicar que se le había

terminado la morfina, y que daría cualquier cosa a quien le facilitase estupefacientes. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no confesar su vicio. Desvió el tema, centrándose en una molestia secundaria que tocaba su persona indirectamente.

-Es por la fábrica. Se han presentado unos cuantos con no sé qué historia de cárceles, curas y convenios.

Manolo hizo un gesto de enfado. Después apoyó su mano firme sobre la escueta rodilla del presidente.

-¡Les advertí que no te molestasen! Pero después de todo, ¿qué importan?

-Pueden plantear una huelga coincidiendo con la cacería.

-No molesta en absoluto. Por otra parte, darán muchas vueltas antes de llegar a tal extremo. La policía interviene inmediatamente, y ellos lo saben.

-De todas formas me caería mal. La gente dice que no nos interesamos por nuestros trabajadores, y habrá comentarios. Ya sabes cómo anda la prensa ¡no hay quién la controle!

-¿Y es que nos interesa? En verdad, sólo nos preocupan cuando pueden perjudicar la buena marcha de la empresa. Por lo demás, ¡allá se las apañen!

-¡Pero no hay que decirlo! Te he explicado muchas veces que despertar odios es peligroso. Si aparentamos indiferencia, las cosas pueden llegar muy lejos. Acuérdate lo que pasó en la guerra.

Manolo rió.

-No hay odio capaz de resistir frente a las ametralladoras. Te lo garantizo. Si el problema se pone serio, no estaremos con las manos limpias, ni solos. Hay armas, y muchas fuerzas pagadas, dispuestas a manejarlas, apuntando donde deben. Tampoco nos faltan amigos interesados de fronteras afuera.

-¿Hablas de los norteamericanos?

-¡Hablo de todos! El capital nunca permitirá que se pierda nuestro país. Lo que pasa, es que te crees en el treinta y seis. De entonces acá todo ha cambiado: mentalidades y equilibrio de intereses. Empezamos a tener industria; a ser mercado. Hagamos lo que hagamos, la sociedad de consumo y las multinacionales nos sacarán las castañas del fuego.

-Estuvieron lo menos media hora ¡sin poderlos sacar del despacho!

-¿Cómo te los quitaste de encima?

-Gracias a Matías, que tuvo una idea genial. Entró despavorido, gritando que Cristina estaba muy enferma. Fue mano de santo. Se marcharon inmediatamente, diciendo que en ese caso, no querían molestar. ¡Sin chitar, hijo mío!

El timbre de la calle cortó la conversación.

-Serán los Rías. Traen a Marita.

Clara miró a su alrededor. El joven estaba en su sitio, semioculto tras el periódico. Se sentó a su lado.

-¿Dónde nos esperan?

-Tengo un coche ahí. Ya llegaremos.

-¿No me harás alguna?

Luis rió.

-¿Yo? Soy un simple mandao. Un chofer. Ni siquiera me han dicho lo que traéis entre manos.

-¿A qué hora nos esperan?

-Me han dicho que estemos a las diez. Que ya vendrán. Así que nos vamos.

El automóvil era un “Seat” vulgar y corriente, que no se distinguía de los miles que cruzaban por Madrid. Tomando dirección sudeste, atravesaron Vallecas, desembocando en la autopista. Luis se volvió hacia la mujer.

-Me dijeron que te preguntase si alguien está al corriente de la cita.

-¿Cómo puede ser? No sé dónde, ni con quién.

-Quiero decir, del sitio donde me encontrabas.

Clara reflexionó. En determinadas situaciones, es bueno contar con testigos, pero sin exagerar. Demasiados detalles puede resultar peligroso.

-Una amiga... de que salía esta noche, y volvería tarde. Vivo con ella. Si no llego mañana, es capaz de llamar a la policía. Siempre lo hace cuando desaparezco.

-¿Te pierdes a menudo?

-No. Muy raro. Pero tengo un tipo que anda en el Gobierno, y a veces se le ocurren viajes. Es él quien se preocupa por mi salud... y quien da los sustos a María Helena.

Las farolas quedaron atrás. Campo vacío, de siembra, que pronto se transformaría en solar urbanizable. Abandonaron el asfalto, para trepar por un sendero. Clara sintió un escalofrío.

-¿Para qué tan lejos? No faltan sitios discretos en el centro.

Luis se encogió de hombros.

-¿A mí qué me dices? Lo que mandan.

Se detuvieron en lo alto del cerro, junto a un caserón en ruinas.

-No hay nadie.

-Ya vendrán. Tenían que buscar la pasta, y traerla sin despertar sospechas.

El coche no se veía desde la carretera, pero quedaba al descubierto para cualquiera que rodease el montículo, camino de las chabolas. Clara advirtió la imprudencia.

-¡No te preocupes! Se pensarán que venimos a otra cosa, y ni se acercan. En este barrio tienen mucho visto. Y eso hace que la gente sea discreta. Claro que ya era hora.

-¿Y la pestaña? No es la primera vez que meten un lío por cosas de moralidad, como ellos dicen. Recién salida de chirona, y con la mala fe que tiene el juez, me cargo una ley, matemático.

-No tengas cuidado. ¡Un sábado por la noche! Bastante tienen con la circulación. Ni salen de la autopista, porque les sobra para agarrar multas. Ten por cierto que se eligió con cuidado. ¡Nadie está por los disgustos!

-¡Hace un frío!

-Vamos dentro. Estaremos mejor.

Cruzaron el dintel. La nave olía a excrementos y paja fermentada.

-¡Esto es un meadero! Luis asintió.

-Así parece, pero me importa menos que tirarme tiritando sabe Dios cuánto tiempo.

-¡Y a mí!

Los pasos sonaban a hueco sobre el cemento despegado. Clara tropezó, cayendo en una pequeña

cisterna. Su compañero se agachó para levantarla.

-Un pozo. ¡Ya podían haberlo tapao!

-¡Como que el dueño va a entretenerse en esas cosas! ¡Bastante tiene con pagar la contribución! La finca lleva en venta diez años y no hay quien la quiera.

-Pues no está en mal sitio..

-Se la han metido en zona verde. Luego se cambiará, pero hay uno que está dispuesto a quedársela por cuatro perras... y el tipo no quiere darla. Es un amigo de mi padre.

Encendió el mechero, buscando un rincón limpio donde extender la manta. Clara le observó con desconfianza.

-¡ Oye niño! ¿Tú que andas preparando?

El muchacho la miró con ojos apagados.

-No vamos a esperar de pie, plantados como dos pasmarotes.

-¡Creí que esto sería rápido!

-Y yo... pero pasa lo que pasa.

La mujer se tendió boca arriba, buscando la luna entre las tejas. Luis inició la conversación.

-Me dijeron que te tiraste un verano a la sombra.

-Por ahí anda la cosa.

-Entonces, tú eres la chica por la que me bacía preguntar don Aurelio.

-¿Te tocó venir? ¡Ya podías meter tabaco rubio!

-La verdad es que se me pasó.

Cristina le arrastró al pasillo.

-¿Qué te pasa? Hace un montón de días que no llamas.

-Estoy ocupado, y creí que seguías enfadada.

-Pues no... así que mañana...

Manolo alzó las cejas.

-Tengo consejo. No podrá ser.

La marquesa rodeó su cintura con los brazos.

-¿Es que ya no me quieres?

Manolo tragó saliva, tratando de componer una frase adecuada. Quería conservar la amistad con Cristina, pero no prolongar unas relaciones, excesivamente peligrosas.

-He sido un capricho tuyo. Nada más. Y ahora me doy cuenta. Quizá por eso he vuelto a estar tranquilo con mi mujer. Supongo que no pretenderás separarnos. No estaría bien. Y yo, como soy de pueblo, no puedo andar entre dos aguas: o corte, o cortijo. Tampoco tú vas a dejar a Carlos. No tienes agallas para eso.

Cristina alzó la mano. Su compañero la retuvo en el aire, evitando la bofetada. Señaló el salón.

-¿Quieres informarles?

La mujer agachó la cabeza. Efectivamente, temía al escándalo. Desde pequeña le habían enseñado a

evitarlo, y la lección había entrado en su personalidad.

-Por eso tengo que decirte. Porque no quiero informar a nadie.

-¡Pues dilo!

-Es importante. Necesito verte a solas. Con tranquilidad.

Manolo se impacientó. No quería que los demás notasen una ausencia, que empezaba a ser demasiado larga.

-Suelta lo que sea. Desde allí no nos oyen.

Cristina negó históricamente.

-Quiero hacerlo... de otra manera.

-En ese caso... aguanta unos días.

Manolo dio media vuelta, para reunirse con el resto de los invitados. La marquesa se encerró en el baño. Sentada en el retrete, dejó escapar una lágrima nerviosa, que no se resolvió en llanto por miedo a estropear el maquillaje. En un principio, achacó la falta de la regla al tiempo y la edad, pero el análisis confirmó sus temores. Estaba embarazada por culpa de un olvido absurdo. Podía colgar lo que viniese a espaldas de Carlos, pero no deseaba maternidades trasnochadas, que estropeasen su cuerpo irreversiblemente. Sí no hubiese coincidido el descubrimiento con los preparativos de la cacería, se habría inventado un viaje a cualquier país extranjero. Un par de días en la clínica, y todo quedaba resuelto. Pero el festejo le obligaba a esperar. Demasiado tiempo para no convertir, en operación arriesgada, un acto sin importancia.

Luis dio media vuelta, echándose sobre la mujer. Clara le apartó con hastío.

-¡Déjame en paz!

-Es por pasar el tiempo.

-No soy puta, ni vinimos a esto.

-Pero un hombre y una mujer, en esta oscuridad, tienen que entretenerse.

-¡Lo que pasa es que eres un mocoso! No sé cómo te han encargado del trabajo. ¡Y hablan de prudencia!

Encendió un cigarro. La chispa brilló en la negrura.

-Apenas se haga oscuro nos largamos, porque no me gusta andar con luna por estos andurriales. Y le dices a tu Aurelio que se terminaron los cuentos. ¡Conmigo no se juega!

El joven asintió.

--Como quieras. Pero estoy en que debemos esperar lo que haga falta. Oye, ¿y por qué te pagan? Estoy muerto de curiosidad por saberlo.

-No es cosa tuya.

Luis pensó en el cuadernillo. Si la zorra no lo llevaba encima, le tocaría subir al apartamento, y hacer un registro en regla. La idea no le gustaba en absoluto. Podía encontrarse con alguien, y todo se liaba. Se puso en pie, asomándose al campo por un agujero del muro. El cielo negreaba, pero la tierra tenía olor de amanecida. Había que terminar antes de que llegase la luz, para no encontrarse con inoportunos, que retuviesen su cara o la matrícula del coche. Sacó la cartera, exhibiendo un fajo de billetes.

-Tengo más de mil duros, y la noche me hace pensar muchas cosas. ¿Qué te importa por una vez?

¡Ni siquiera voy a entrarte! Asunto de pasar el tiempo. Casi como el tortilleo.

Clara hizo cuentas. Si Aurelio no llegaba, andaría con apuros para terminar el mes. Cuando se anda corta, se precipita uno, y los negocios salen mal. Aquel dinero solucionaba la papeleta, y daba margen para encontrar al mejor postor.

-Te aviso que cobro por adelantao, y no tengo intención de desnudarme entera.

-Con que te quites lo indispensable...

-Vale.

Luis tendió los billetes, que Clara guardó prestamente en el bolso, poniéndolo fuera del alcance del muchacho. Medio cuerpo desnudo brilló a la llama del encendedor. El chico se tiró sobre ella, agitándose brutalmente. Gestos torpes y sensuales, que provocaban sensaciones nuevas. Clara cerró los ojos, incapaz de evadirse. El chico jadeaba. Empezó haciendo teatro, pero se había excitado realmente. La orden de don Aurelio le martilleaba en la cabeza: "Todo tiene que ser suyo, salvo la manta. Se ha comprado para desviar las sospechas. Liberó el brazo, para coger una media. No fue difícil deslizarla bajo el cuello delgado. Hizo un nudo, y apretó. La mujer forcejeaba, abriendo unos ojos redondos y asustados. Las mandíbulas casi desencajadas, intentaba respirar. Luis aumentó la presión, hasta que las piernas se relajaron bajo las suyas.

Entonces se sintió invadido por un placer infinito.

Habían agotado las novedades, e incluso los temas remanidos. Para escapar al aburrimiento necesitaban masas anónimas, que se moviesen a su alrededor, ahogando la palabra en ruidos y gestos. Marita lanzó la consigna.

-¿Y si saliésemos a dar una vuelta?

Revuelo de abrigos y automóviles.

-Vamos al Jambory.

-No. ¡A los canasteros!

-Yo voto por los dos. Primero al uno, y después al otro. Ya sabéis que con los Caracoles podemos quedarnos hasta que nos dé la gana. ¡Cierran la puerta, y el cuadro entero para nosotros!

La Rías palmoteo.

-¡Tengo unas ganas de escuchar flamenco!

Cristina se escurrió en el asiento trasero, junto a Manolo. El alcohol multiplicaba los deseos de tenerlo a su lado. Cruzaron la pequeña cancela. Calles de barrio residencial, con bombillas escuetas en las esquinas. Dejó caer la cabeza sobre el hombro de su vecino. La hora y el vaivén justificaban semejante abandono. Carlos inició una canción popular, que los demás corearon disciplinadamente. Era su forma de acercarse a un pueblo, con el que mantenían un tipo de relaciones perfectamente definido: de superior a inferior. La marquesa aprovechó el tumulto para acercar los labios al oído de Manolo.

-Mi vida, tengo miedo de esperar un hijo... sería tuyo.

Los dientes blancos del antiguo campesino, brillaron en la oscuridad. La noticia era demasiado absurda para creerla.

-No hace falta que fantasees. Te llamaré mañana o pasado.

-Es que...

-¡De acuerdo! Discutiremos todo esto cuando pueda. Y no te diviertas contando por ahí semejante

sandez. ¡Ni a Marita!

-¡No es ninguna sandez! Es...

Entraron en la luz. Cristina se enderezó, obedeciendo un reflejo condicionado.

Verificó la respiración y el pulso, asegurándose de que estaba muerta. Los ojos empezaban a cubrirse con una telilla opaca. La examinó con curiosidad. Nunca había visto un muerto, ni siquiera en los duelos de compromiso, por miedo a tener pesadillas. Se sintió decepcionado al comprobar que apenas le impresionaban. Ni siquiera a sabiendas de que lo había hecho con sus manos.

El tiempo corría de prisa. Interrumpió la contemplación, para rematar su trabajo. Tenía que arrastrar el cuerpo hasta la pesebrera, procurando dejar huellas. Lo cogió por debajo de los brazos, tirando con todas sus fuerzas. El peso de Clara había aumentado notablemente. Le arrancó las ropas, desperdigando los jirones alrededor. Sólo quedaba encontrar la libreta. Como era de esperar, no estaba en el bolso, ni en los bolsillos del abrigo. Examinó el dobladillo.

-¡Joía puta! ¿Qué te creías? ¿Que no daba con ella?

Antes de marcharse cubrió el cadáver con la manta, y guardó en su cartera los documentos de la muerta. Papeles cuidadosamente ordenados en fundas de plástico, y fotografías. Por ahí no podrían identificarla. Terminada la obra, la contempló por última vez. Estaba perfecta. Hasta el policía más imbécil sería capaz de achacarla a un sádico. Lamentaba perder su dinero inútilmente, pero le advirtieron que debía dejarlo. Al fin y al cabo quizá pagó lo justo, pues había aprendido algo muy importante: basta un gesto para romper la vida de otro definitivamente.

Fuera estaba la noche. Arrancó el motor, cortando el contacto para bajar la cuesta. En un rasgo de prudencia instintiva, se abstuvo de encender los faros. En la carretera comarcal no había nadie. Antes de entrar en la autopista consultó el plano, para evitar enredarse en las callejuelas del barrio. Aparcó en la plazuela, según le habían indicado, y cerró el coche. Dentro quedaba la libreta. Al pasar por el sumidero dejó caer las llaves. Los que viniesen por el encargo no las necesitaban. Después se quitó los guantes. Hacía frío, pero le daban asco.

V

Sonaron las campanadas de correos. Otra hora. Se sintió abandonado, como un chiquillo perdido. Si el jefe le dejaba, tendría que buscar otro socio o apañarse por su cuenta. Se le saltaron las lágrimas. Iniciaba la retirada cuando apareció el Tete. De no haberlo tomado por un espejismo, hubiese corrido a su encuentro. La voz ronca del compañero le restituyó agradablemente a la realidad.

-Vamos de paseo. ¡No quiero compromisos! Rosy tié que aprender sin sobresaltos. Estudiando el terreno con tranquilidad.

Gervasio se inclinó ante la joven un tanto sorprendido. Su jefe nunca quiso hembras en el trabajo, ni siquiera en los meses de apuro, cuando llegan los turistas. Más de una vez le propuso a la Carmen, que andaba práctica en el asunto, y hasta la Fernanda. Pero nunca cedió. Tenía metido que las mujeres se van de la lengua, se dejan ver, y sobre todo, que traen mala suerte, como en los barcos.

Repasó el cuerpo de la novata con una mirada falsamente distraída. Bien hecha y con pocos años, era de las que hacen silbar hasta cuando no se debe.

Los pasos de Luis llegaron hasta el saloncito, despertando inopinadamente el instinto maternal de Cristina.

-¡Hijo!

La cabeza del muchacho asomó a la puerta. Aquella llamada le desconcertaba. Su madre sólo se interesaba por conocer sus andanzas en lunes por la tarde, cuando no tenía nada mejor que hacer. Le asaltó el recuerdo de Clara. Pensó que estaba enterada de algo, y tuvo miedo. Ya de suyo poco brillante, el chico ofrecía un aspecto lamentable.

-¡Qué cara tienes!

-Llevo algunas noches acostándome tarde...

-Tienes permiso hasta las once, y los sábados hasta las doce. ¡Pero nada más! ¡Que no me entere, porque te mando interno! No quiero ni un minuto de retraso.

Buscó una disculpa.

-Me quedo estudiando. ¡El COU no es ninguna tontería!

Cristina suspiró aliviada. La contestación evitaba explicaciones, que hubiesen desembocado en una conclusión lógica; apenas se había ocupado de su hijo desde que nació, ni había permitido que otros lo hiciesen. Al alivio sucedió la preocupación. Quizá no estaba preparado para el esfuerzo. Podía morir, provocando una tragedia, pues era el heredero de la casa, y en consecuencia, el único ser humano que importaba a Carlos. Aquel montón de carne, apenas capaz de moverse y hablar, había de recibir y conservar la tradición de una familia multicentenaria, que no podía desaparecer.

-Pues habrá que mirar eso. ¡No estoy dispuesta a que caigas enfermo!

-Verás... puedo con los libros... no hace falta cambiarme a letras. Lo que pasa es que son muchas materias. Tomándolo con calma, no hay pega.

La marquesa asintió.

-¡Necesitas campo! ¿Qué te parece si te vas a la Dehesilla? Puedes quedarte hasta la cacería. ¡Y más si te apetece! Aunque pierdas los exámenes no importa. ¡Ya recuperarás! Lo primero es tu salud.

-No me gusta el campo... pero si te empeñas.

La mujer apenas pudo ocultar su sorpresa. Desde que cumplió quince años, era virtualmente imposible arrancarle de la ciudad, salvo en los meses de verano.

-¿Por qué no te vas hoy mismo?

-Imposible. Tengo una cita... con un compañero de clase.

Cristina no insistió. Conocía lo bastante a su hijo para saber que una palabra desgraciada provocaba reacciones negativas.

Repasó el cuarto, comprobando que no había olvidado nada. Ni siquiera las fotografías. Dejaba la manta, y el jergón relleno de paja, porque ya no lo necesitaba. Cuando volviese del pueblo, entraría en un apartamento moderno, con calefacción y agua corriente, donde sobraban aquellas porquerías. Sacó las llaves, contemplándolas por enésima vez. No podía leer el rótulo, escrito a lápiz, porque había olvidado lo poco que le enseñaron en la escuela. Pero sabía las señas de memoria, y conocía la casa, pues pasó por allí cuando ni siquiera soñaba en abandonar el suburbio.

Pablo y Maruja estaban en un rincón, siguiendo la escena atentamente. Había novedades, cuyas consecuencias no podían entrever, pero que a buen seguro, alteraban su vida. Se les dijo que irían a la escuela y al campo, y Fernanda les cambió de ropa. Trajes nuevos, incómodos, y zapatos brillantes, que les apretaban en la puntera, contribuyendo técnicamente a tan desusada inmovilidad.

-¡Vamos!

Se pusieron de pie sin hacer comentarios. La experiencia les aconsejaba obedecer, aunque sólo fuese en beneficio de sus costillas. Fernanda se inclinaba, arrastrando una maleta demasiado grande para sus fuerzas. Se detenía de vez en vez, para mirar hacia la cinta gris de la carretera, que se dibujaba en la cresta del cerro. Se pararon al llegar junto al bordillo, esperando el advenimiento de un taxi. Tenían posibilidades, pues era la hora en que bajaban a la ciudad la media docena de chóferes, residentes en la barriada. Les tocó el de Roberto. Más de una madrugada había subido a su vecina, accediendo a cobrar la carrera en carne. Tenía fama de mujeriego por culpa de su esposa: una beata comesantos, que pesaba más de cien kilos, y desgranaba rosarios las veinticuatro horas.

-¡Anda tú! ¡De viaje!

-P'al pueblo...

-¿Y nos dejas plantaos?

Fernanda alzó los hombros.

-¡Yo qué sé, chico! Hoy me marchó... mañana pueo volver. ¡Ni Dios lo sabe!

Roberto señaló a los chavales.

-¿Estos también suben?

-¡No voy a dejarlos tiraos!

-¿Y cómo pagas?

La mujer se estiró orgullosamente.

-¡En peligrosas, como está mandao!

El chofer abrió la portezuela sin ocultar su desilusión.

-No quedará otro remedio que acarreararte.

Las chabolas quedaron atrás. Pablo sintió que algo se rompía, y Maruja cerró los ojos. El mecer de las ballestas acompañó su sueño. Al entrar en la ciudad Fernanda apoyó la frente en el cristal. Buscaba al Tete inconscientemente, pues le hubiese gustado despedirse. Decirle que abandonaba su mundo, quizá sólo por un rato, pero se lo prohibieron. Por eso esperaba una casualidad. Entrando en la estación lanzó un profundo suspiro, que borraba el pasado.

Después no tuvo tiempo para pensar. Mientras los chicos esperaban, subidos en la maleta nueva, se precipitó hacia la ventanilla, saltando la cola impudicamente. Con vanidad mal disimulada, reclamó billetes de primera. Vagones desconocidos hasta entonces. El tren ya estaba formado. Un joven bien vestido le ayudó a subir los bártulos y a Maruja, que intentaba inútilmente alcanzar el estribo.

-¡Muchas gracias!

Los ojos del desconocido sonrieron. Fernanda pensó que no faltarían hombres agradables, en la sociedad que se preparaba a frecuentar.

El «Citroën» saltaba sobre la carretera de segunda. Don Manuel se empeñó en sacarlo, contrariando la opinión de Ginés, que prefería bajar al pueblo en el «Land Rover». Otro día cualquiera hubiese insistido, pues no le gustaba estropear automóviles inútilmente, pero aquella mañana prefirió guardarse comentarios. La voz del patrón no estaba para bromas. La menor imprudencia podía desatar sus iras, pues sólo esperaba la oportunidad de gritar.

Pasaron ante las primeras casas.

-¡Acelera!

Ginés obedeció. El grupo de chicos se quitó del medio, abandonando la pelota, que rebotó en el parachoques. Las zarzamoras de la calleja rasparon la carrocería. El chofer pensó que le esperaba una tarde encerrado en el garaje, pasando el polish. Se coló en el prado marcha atrás, procurando no rozar los hincos de la entrada. Las tomateras crujieron bajo los neumáticos, y la manada de gansos escapó asustada, llenando el aire de graznidos. Doña Mariana surgió en el quicio, el delantal de rayadillo sobre las sayas.

-¡Pero qué escándalo!

Don Manuel se acercó a la anciana, inclinándose para besar su mejilla. Un rito que cumplía a contrapelo, pues le molestaba el olor a humo y tomillo que se desprendía de la mujer.

-¿Está padre?

-Salió con el Pedro y los muchachos.

Don Manuel apretó los dientes. La presencia de su hermano a dos pasos, durante la cacería, complicaba las cosas.

-¿Cuánto piensa quedarse?

-Tres o cuatro semanas, creo. Ha cambiado de trabajo, y se ha cogido un tiempo libre. Yo le digo que hace bien. No todo va a ser estar metido en la fábrica.

El recién llegado entró en el zaguán, dejándose caer en la mecedora. Era el sitio de la vieja, y todos lo respetaban aunque estuviese ausente. Rompía la costumbre con toda intención, para patentizar su calidad superior, y condicionarles a la obediencia.

-¿Sabes dónde andan?

-Han ido a pegar unos tiros a lo del marqués. Pá mí que estarán al caer.

Manuel pegó un puñetazo sobre el brazo de madera. ¡Sólo faltaba que los cogiesen de furtivos! Don Rafael echaría tierra al asunto, porque se trataba de su familia, pero a cambio querría una amistad de igual a igual, que no estaba dispuesto a concederle.

-¿Por qué lo han hecho?

La anciana le miró sorprendida.

-¿El qué?

-¡Irse a cazar donde no deben! ¿Es que no saben que está prohibido? ¡En estos días, cuando la vigilancia es más estrecha! ¡Está visto que sólo pretenden darme disgustos!

Doña Mariana rió francamente.

-¿Es que no te acuerdas? De chico eras el primero en echarte la escopeta al hombro, y meterte en lo acotao. Entonces decías que la tierra era de todos. Que ningún amo tenía derecho a cerrarla, y hasta que cuando fueses hombre los matarías. ¡Peorque el Pedro, hablabas en lo tocante a los ricos!

La frente de don Manuel se llenó de surcos. Siempre aparecía el pasado, ensuciando el presente como si fuese un destino. Por la ventana llegaron canciones de cualquier tiempo, que pasan de padres a hijos sin que nadie se moleste en escribirlas.

-¡Ya están aquí!

Los cazadores saludaron a Manolo, como si fuese natural encontrarle plantado en el quicio, con cara de pocos amigos. Pedro le palmeó la espalda.

-¿Qué hay de nuevo, millonario?

No fue un gesto forzado. Su hermano trató de responder con igual familiaridad.

-Pensaba que andabas por esos mundos, arrimando el hombro.

-¡Y yo! Han sido vacaciones extraordinarias. ¡Vamos madre! ¡Saque unos vasos pá celebrar el encuentro!

La vieja sonrió. A pesar de vivir en el extranjero, el menor no había olvidado las costumbres. Se burlaba de la tradición, pero a la hora de la verdad era el primero en respetarla, no como Manolo, empeñado en conservarlo todo, menos lo que valía la pena.

Los nietos invadieron la cocina.

-Oye tío, hemos dicho a tu chofer que quite el coche, y dice que te lo preguntemos. Hay que llevar las vacas a beber. Y como no salten por cima...

Manolo confirmó la orden. No valía la pena provocar incidentes marginales, cuando se preparaba a lanzar una bomba. Las preguntas le asediaban. Querían saber de su vida, de lo que pasaba en la capital, y lo que se contaba en las alturas. Contestó aburrido, esperando la encrucijada que le permitiese plantear su problema. Tenía que acabar cuanto antes, pues Cristina le estaba esperando, y no quería llegar con retraso.

-Dicen que este año, en la Dehesilla, va a ser sonao. Tú podrás contarnos.

Bendijo al anciano. Sin darse cuenta, le había dado el pie que deseaba desde el principio. Carraspeó para ocultar su satisfacción.

-Eso quería deciros. Que me han invitado.

Pedro dejó caer la mano sobre la hombrera del abrigo beige.

-¡No se comenta otra cosa en el pueblo! Así podrás proporcionamos unos cuantos puestos a los mozos. Al fin y al cabo, más derecho tenemos que los forasteros.

Manolo se revolvió. Sus ojos pardos se posaron en las botas del emigrante, manchadas de barro amarillento.

-¡Comprenderás que es imposible! El señor marqués los tiene todos ocupados. ¡Y no se trata de gañanes! Sus invitados son... otra gente.

Recalcó el título. El tenía derecho a llamarle Carlos, pero no los demás. Incluso su familia debía respeto al señor, pues no tenían dinero, ni otro título para negárselo.

-Más mala gente, querrás decir.

Pasó por alto la alusión de Mochuelo, aunque le molestaba. No era momento de discutir nimiedades.

-Soy un invitado más... Es decir, que no bajaré al pueblo, pues no está en las costumbres del castillo.

Pedro sonrió, entro divertido y enfadado.

-Piensas que padre suba a saludarte, ¿no?

La mirada del ciudadano se perdió entre las llamas del hogar.

-Precisamente es a lo que vengo. Conviene poner las cosas en su punto. No pretendo en absoluto que nuestro padre suba hasta el castillo... No sería conveniente. Pero tampoco que yo baje a esta casa. Vosotros conocéis de sobra mi posición. La gente con quien trato, no lo entendería... No sabe...

Pedro cerró las manos hasta clavarse las uñas.

-Que eres hijo de tu padre, y nieto de tu abuelo, ¿no?

Don Manuel bajó los ojos. Era la verdad. Siempre se hizo pasar por huérfano, hijo de un secundón de casa grande, arruinado en el juego. Pedro se volvió hacia el anciano.

-Yo creo, padre, que éste no pué ser de los nuestros. Junto con el dinero, le vinieron los vicios. Se le

subió a la cabeza, y ahora se avergüenza de nosotros. ¡Como si andar robando desde un despacho fuese más honra que labrar la tierra!

Mochuelo inclinó la cabeza.

-Quedarnos con lo que no es nuestro nunca lo hicimos los de mi casta.

-¡Eso le digo! Hágase cuenta que el Manolillo murió cuando subió a la ciudad. Es lo justo. Una determinación que debimos tomar cuando lo del estraperlo, o cuando aquello que nos dijo de que vendía permisos, aprovechando un puesto en el ministerio. ¡Entonces ya andaba deshonrándonos! El que por ser importante, nadie tenga cojones pá encerrarlo donde se merece, no es cuenta nuestra. Pero está claro que quién mancha el nombre...

Doña Mariana se levantó.

-Estas discusiones no son de mujeres. Pá mí tuviste un hermano, y ya no es de este mundo. Llevo tiempo diciéndolo. Me lo habéis escuchao más de cuatro veces. Voy a dar el pienso a las gallinas, que con la parla se me pasó la hora.

Cruzó junto a Manolo sin mirarlo, como si no estuviese. El millonario se sintió humillado. De no ser su propia familia, hubiesen pagado cara la osadía de criticar sus actos. En definitiva, castigaban un éxito sin precedentes, aplaudido por todos los sectores. Incluso los gubernamentales, donde jamás se le hubiese tratado de ladrón. Se puso en pie, para coger el sombrero.

-¡Si así lo queréis, me marchó! ¡No me busquéis nunca, salvo para pedirme perdón! Pero antes os diré que sois unos desagradecidos. ¿Quién adelantó dinero aquel año en que se perdieron las cosechas? ¿Quién proporcionó los créditos para el tractor?

La mano huesuda de Mochuelo cortó el aire, aterrizando en la mejilla de Manolo. Después se volvió hacia Pedro.

-Tu madre habló bien. Dile a ése que salga de mi casa. No lo conozco.

Pedro se dirigió a su hermano.

-Ya lo has oído. Lárgate por las buenas. No te debemos nada, pero sí los regalos. A veces, los hacías. ¿Te hacen cinco mil duros? Hoy no los tengo, pero los recibirás muy pronto. ¡Aunque me quite de comer!

Manolo marcó su desprendimiento con un gesto.

-No hace falta. Yo...

Pedro se plantó frente a él, las piernas abiertas.

-Con lo que has dicho, basta. En el campo sabemos entendernos. Se debe y se acepta de los amigos. Nunca de los perros.

Don Manuel subió al automóvil. No tenía más que decir, ni ganas de escuchar.

-¡Nos vamos!

Ginés arrancó, dejando atrás un paisaje que se perdía definitivamente. Para Manolo, cada rincón escondía un recuerdo. Deseaba enterrar el pasado, pero ahora sentía una inmensa nostalgia.

-¡Acelera!

Cambiaron las formas y las luces. Colores de campo, semiurbano, donde el suburbio y la basura se alternan con hojas de labor. Los viejos habían salido de su vida con un gesto altivo, ajeno a la humillación de la muerte. Estaba solo, pero libre de lastre. En adelante, borraría definitivamente su origen. De hecho, había nacido en la primavera del cincuenta y uno, cuando llegó a la capital con una vieja maleta de soldado, y una carta de recomendación dirigida a don Zoilo Martínez, el contratista.

Le gustaban los grandes almacenes. Tenían escaparates llenos de luz, y de cosas que podía mirar y remirar como si fuesen suyas. Nunca se atrevió a decirlo, pero su sección preferida era la de juguetes. Había trenes eléctricos, que funcionaban a ciertas horas, muñecos a los que se daba cuerda, y andaban, casas en miniatura, y mil cosas que ni siquiera imaginó de niña. En aquel tiempo sólo pudo tener una muñeca de trapo deformada, olvidada por los Reyes de los pobres, tras haber servido, Dios sabe el tiempo, a cualquier hijo de rico.

Se detuvieron en el stand de los turistas. Las había vestidas de flamenca, la bata de cola derramándose fuera del estante, y más modestas, recubiertas apenas por un retal mal cosido. Un torero levantaba los brazos, marcando el par de banderillas, mientras otro extendía el capote en verónica estática.

-¡Qué bonito!

Tete se sintió generoso.

-Elige. ¡Te regalo la que quieras!

-Has dicho que hoy no trabajamos...

-¡Pues claro que no! Lo gano pá gastarlo, y es migusto. Una forma de demostrarte que te quiero.

Rosy sonrió.

-Es que...

Su compañero señaló la muñeca más grande.

-¿Ésa?

La muchacha no dijo que sí, ni que no. Estaba demasiado emocionada para pensar. Tete se alejó, para volver poco después con un lujoso paquete, que depositó suavemente en los brazos de Rosy.

-Pagao en forma. Ahora p'al bar.

Buscaron la escalera mecánica. Eternamente inseguro, Gervasio se las arregló para resbalar. La nariz pegando a la chapa, agitó los brazos, buscando desesperadamente un punto de apoyo, que le ayudase a recuperar el equilibrio. Sintió cientos de miradas burlonas clavadas en su espalda.

-¡Anda, que si es día laborable!

Se instalaron cerca del ventanal. Los tejados se extendían hasta el infinito, desdibujándose en la bruma del horizonte. Los había planos, de casa moderna; en caballete, y también historiados, con pequeños ventanucos salientes. Buhardillas ocupadas por estudiantes o viejos pensionistas, que apenas podían pagar la renta.

-¡Mira la Merchel

Rosy se volvió, descubriendo una voluminosa matrona, que se acercaba a la barra repartiendo empujones y codazos.

-Seguro que viene de las telas.

-Una pieza entera me sacó entre gambas hace tres días.

-,Como ésa hay pocas. ¡No se le resiste ni Dios!

-Lo mismo va cargá, porque lo que es jeta...

-¿Ni en comisaría se achica?

Tete agitó la mano, borrando la mala lección.

-¡Qué va, hombre! Si viene aquí es que ya se lo ha largao a la Fuensanta. La tié siempre al quite, y bien cerca.

Se detuvo para tranquilizarse. No era la primera vez que entraba en aquella tienda, donde había comprado muchas cosas para el verano, pero jamás sospechó la existencia del negocio instalado tras el probador. Pensó en la Portal y la Bao, clientas asiduas de la casa, donde se pasaban horas enteras, según decían. Ni la una, ni la otra, hicieron el menor comentario. Sin embargo, estaba segura de que conocían el secreto.

Se acercó a la dependienta.

-Un... traje de playa. Es que voy de vacaciones, ¿sabe? Además, necesito otras cosas. ¿Comprende?

La joven sonrió.

-¿Tiene número? Cristina habló en un susurro.

-Me han dado el nueve.

-Sígame. Por favor.

La dependienta cogió unos cuantos modelos al azar. Siempre lo hacía, más por dar confianza al cliente, que por ocultar la naturaleza de la transacción. La casa era un secreto a voces, que la policía conocía de antiguo. Se abstenía de intervenir, por miedo a topar con peces gordos, porque allí no entraban pelanduscas. Sólo señoras de alto copete, de las que pagan por esconderse, renunciando por di- simulo a vivir un verdadero amor.

-La señora me llama si lo necesita. Hay un timbre. Y siga el camino indicado.

Cristina se quedó sola, ante el espejo de tres lunas. Iba a sentarse, cuando la hoja central se descorrió lentamente, descubriendo la entrada de un pasillo estrecho, que desembocaba en una escalera de caracol. Lo siguió decididamente, pues su problema era demasiado importante para andarse con remilgos.

En el primer piso, una doble fila de biombos señalaba la dirección. Pasaje estrecho, por el que avanzó de costadillo. El roce de otros pies sobre la alfombra le produjo un escalofrío. Afortunadamente, la tela opaca impedía distinguir a su propietaria. Al fondo había una puerta, que se abrió apenas rozó el picaporte...

El interior de la habitación estaba decorado en rosa, como cualquier salón de modista provinciana, con resabios decimonónicos. No faltaba el canapé de raso, ni la coqueta, guarnecida de cosméticos y desodorantes, con su correspondiente butaca isabelina. Enormes espejos cubrían las paredes, multiplicando al infinito los costados de la cama, situada en el centro de la estancia. Antes de servirse una copa, corrió las cortinas, ocultándose su propia figura.

VI

Olía a madera quemada. Pablo arrugó la nariz. Aquello era nuevo, y como todo lo nuevo le molestaba. Fernanda se había quitado los zapatos y las medias. A pesar del frío, y la aspereza del terreno, prefería andar con las plantas desnudas, como en otros tiempos. Cruzaron junto a la taberna. Sentados en el poyo, los viejos recogían el último rayo de sol, guardando el silencio de quien no tiene nada que decir. Apenas se acercaron los forasteros, levantaron la cabeza al unísono, preguntándose la razón que podía traerles por aquellos andurriales. El chico pensó que debían

parecerse a su abuela, y la idea no le hizo maldita la gracia. Tampoco a Maruja, que apretó la mano de su hermano, intentando transmitirle sus temores. Pablo se inclinó hacia ella.

-No te preocupes, que no pasará nada. Además, ¡estaremos juntos!

Subieron la cuesta. Escalones labrados en la piedra lisa, que bordeaba el arroyo. Las mujeres hacían su colada, esparciendo gotas de espuma, que se transformaban en moléculas de arco iris. Los niños comprobaron que el agua corría transparente, como no la vieron nunca. Fernanda soltó la maleta. Tocaba a descansar.

-¿Pues decirme dónde vive la tía Genara?

Varios dedos señalaron el mismo punto en la colina.

-Siga derecho. Después cruza la puente y sube p'arriba. No tié pierde. La casa está un poco pá fuera. A la entrada verá dos hincos la mar de grandes.

Fernanda alzó los ojos. Estaba cansada y aburrida.-

-¡Pues sí que la hemos arreglao!

Entraron en un camino. El grijo suelto se deslizaba por la pendiente, subrayando sus pasos. Pablo resbaló. Aquella tierra, distinta a la del suburbio, le pareció tremendamente incómoda. Por fin descubrieron los hincos, rematando un murete semiderruido. Fernanda suspiró aliviada.

-¡Coño! ¡Creí que no llegábamos nunca!

Golpearon el portalón de madera gruesa. Ruido hueco, de casa vacía.

-¡Faltaba que no hubiese nadie!

Pablo se sentó en el suelo, para quitarse un chino. Le venía picando entre los dedos desde la vereda.

Pidió otro café. Por primera vez en su vida, estaba nervioso. Luis no aparecía por ninguna parte. Quizá tuvo miedo, se fue de la lengua, o había fallado, dejándola escapar. De buena gana hubiese subido a la Granja del Ciego, para comprobar los resultados del trabajo, pero no estaba la situación para imprudencias gratuitas. Cuando hay cadáveres por medio, es difícil justificar paseos caprichosos, y nadie podía decirle si ya había empezado la investigación. Con la policía nunca se sabe. Miró hacia la calle, preparándose a dejar correr la última hora.

Luis apareció con la sonrisa de costumbre. Quizás un poco más seguro de sí mismo, pero no lo suficiente para pavonearse con ostentación.

-¿Todo bien?

-¡A las mil maravillas! Nunca creí que fuese tan fácil.

-¿Te aseguraste de que estaba frita?

-¡Se lo garantizo! La puse en un rincón, con la manta por encima. Todo manchado, como usted mandó, y la ropa en jirones.

Don Aurelio mostró su aprobación con un gesto.

-No hagas comentarios, y procura olvidar. Será mejor para ti. Por lo demás, no tienes por qué preocuparte. Eres de los nuestros con todo derecho.

Los ojos del joven brillaron. Que reconociesen su utilidad era su mejor premio.

-Fíjese si está bien, que todavía no saben nada. Ni una palabra en los periódicos.

-No te confíes. A veces callan porque les conviene. En todo caso, no aparezcas por allí.

Luis negó con energía.

-Por si se me ocurre en un “viaje”, he decidido largarme a la finca.

-No es mala idea... Por cierto, que a partir de ahora prefiero no verte. Nuestro enlace será una chica que se llama Teresa. La encontrarás en casa de tu padre.

El muchacho rió.

-¡Es lo más grande! Yo, el imbécil, el incapaz de tomar decisiones, y de pensar, estoy al corriente de todo. ¡Y ellos en las nubes! Por cierto, lleva unos días de perros.

-¿Se le terminó?

-Hace más de una semana. Me dejo olvidadas pastillas, para que se vaya aliviando. Buscapina y tonterías de ese tipo. Apenas le hacen efecto, pero algo es algo. ¡Como siga así, lo veo en el manicomio!

-Pronto se le calmarán los nervios. Con las noticias que traes, todo volverá a su cauce.

La abuela entró en el prado, precedida por una docena de cabras.

-¡Oye! ¡Pero miá quién vino!

Fernanda no se molestó en sonreír, ni en abrazarla.

-¿Y quién iba a perderse por estos riscos? ¡Su hija!

-Eso digo. ¡Y anda qué pintas! ¡Pues no más paeces de esas turistas que caen por el verano! ¡Con pantalones como un macho!

Fernanda se impacientó. No había venido para escuchar monsergas.

-¿Y qué quíe, usted? Ni los taxis se atreven a meterse por estas veredas. Eso que el de la estación más vale que lo vayan tirando. ¡Qué desgracia tener que venir a un pueblo!

La campesina se ofuscó.

-Pues si no te gusta, ¡ya sabes! Por ahí bajo pasa la carretera. ¡Ni al tren tiés que esperar! De seguro que te plantas en la cuneta, y hay bofetás por cogerte. No diría yo cómo... ¡no!

Se volvió hacia el manzano. Pablo y Maruja intentaban gatear, mordiendo frutas cogidas del suelo.

-¿Y estos rapaces?

-Son mis hijos.

La anciana arrugó la frente.

-¡Callao te lo tenías! ¿Ande está el padre?

-En la cárcel. Lo liaron en un crimen.

-¡Vaya! ¡Que too me lo tiés escondido!

-Le escribí lo de la boda...

-Pero de lo otro... y de los nietos.

Meterse a explicar quince años de vida era demasiado largo, e inútil. Fernanda decidió cortar por la sano.

-Mire, madre, he venío pá cosas serias, que hay que hablar antes de las nueve, porque mañana me esperan en el trabajo. Vamos dentro, donde éstos no oigan. ¡Y tengamos la fiesta en paz!

La mujer empujó el portón. Estaba abierto como de costumbre, porque en el pueblo nunca hubo ladrones, ni muchas cosas que robar.

-Aguarda ahí mientras acomodo a los animales.

El rescoldo estaba caliente. Fernanda se acercó al fuego, alargando unos pies húmedos y doloridos. La anciana reapareció con revuelo de sayas.

-¡Bueno! Ya vi a los nietos. Son majos. ¡Ahora cuenta!

Se instaló en el sentón, cubierto de piel de cabra.

-Se los voy a dejar.

La señora Genara frunció el entrecejo.

-¿Es que te sobran?

-Ya sabe usted: los chiquillos son mu esclavos. Y yo me ocupo pá ganarlos.

-En el trapecio, me parece a mí.

Fernanda se inclinó para revolver las brasas. Aquí y allí saltó la llama, iluminando el aire.

-Mire, madre. ¡Que ya soy mayorcita, y nunca le pedí de ná!

-Más que largarte a correr mundos. ¡Qué bien supiste hacerlo sin consultas!

-Mandaba dinero. Nunca se me preguntó de ande venía.

La campesina escondió los ojos.

-¡Está bien! Mejor andarán en el pueblo que por esos sitios llenos de vicio. De comer no ha de faltarles... Claro que ando vieja, y no sé cómo apañármelas con otros gastos...

-Mandaré todos los meses.

-¡Bien harás! Si no lo meto en ellos, ¡ya se lo encontrarán! Cuanti que baje a La Mota les abro una cartilla. ¡Con ésta no me pasa lo que contigo! Eso, tenlo por cierto.

No había más que discutir. Fernanda se puso en pie, iniciando la despedida. Apenas apareció en el portalón, los chicos corrieron hacia ella.

-Me marchó... vendré a veros cada semana. ¡Prometido!

Maruja aceptó los hechos tranquilamente, como si fuese lo más natural del mundo, que su madre la dejase en un pueblo desconocido, en manos de una vieja a la que debía llamar abuela, sin saber lo que quería decir. Pablo, por ser el mayor, dejó correr algunas lágrimas. Las indispensables para probar que comprendía. En su fuero interno, estaba convencido de que tardaría mucho en ver a la Fernanda, si es que la encontraba alguna vez. No le cogía de sorpresa, pues sabía de la vida, y estaba al tanto de que la gente se separa, pues cambia de sitio.

Antes de coger la vereda, Fernanda se volvió hacia sus hijos. Los ojos llenos de lágrimas, dibujó un último saludo. No obtuvo respuesta. Los actores, que debían replicarla, estaban demasiado ocupados a la caza de huevos frescos. Se habían integrado al medio, con la facilidad de quien no tiene nada seguro. La mujer sorbió ruidosamente, prometiéndose volver muy pronto. Promesa baldía, pues hasta ella podía pronosticar que pasarían meses, e incluso años, antes de encontrarse otra vez con sus hijos.

El local estaba tan sucio como una oficina del Estado. El empleado dormitaba, apoyando la cabeza en un enorme dietario, preparado en honor a los

inspectores de hacienda. Don Manuel golpeó el tablero con los nudillos. El individuo se enderezó, sin ocultar hasta qué punto le molestaba la visita.

-¿Usted qué quiere?

-Pasar dentro. Tengo el 9.

El hombrecillo se puso en pie de mala gana.

-¡Venga!

Pasillo oscuro, que franqueaban puertas de color indefinible. No tenían números, pero sí rótulos, que anunciaban la categoría de la estancia. Se detuvieron ante la palabra "Presidente".

-Aquí es...

Manolo tendió una importante propina, que el hombre guardó sin molestarse en agradecer. Sus pies cachearon sobre el linóleo, perdiéndose tras un portazo.

Esperó un momento antes de abrir. Llegaba con retraso, pero no tenía prisa. Aquella historia empezaba a preocuparle, pues detestaba los problemas. No sería la primera aventura que desembocaba en drama, con secuela de separaciones sentimentales y escándalos, capaces de hundir la carrera más brillante. ¡Todo por culpa de un error, pues no podía ser de otra manera!

Giró el picaporte. Cristina estaba en la cama, a su lado una botella mediada, y vaso vacío. Las ropas aparecían desperdigadas, como si las hubiese arrancado un amante apasionado. Se acercó. Las mejillas de la marquesa caían estúpidas, subrayadas por trazos de maquillaje, mezclados con lágrimas. Se sintió asqueado por los ojos húmedos, que le fijaban.

-Lo lamento. Tuve un compromiso imprevisto.

Empezó a desnudarse. Gestos automáticos, fríos, como si en lugar del amor, le esperase un reconocimiento médico.

-Si tienes algo que decirme, mejor será que lo hagas enseguida. Ando corto de tiempo.

Los brazos de Cristina enlazaron su cuerpo. La besó, porque lo exigían las circunstancias.

-Bueno, mi vida. ¡Está bien! Ahora, habla.

La mujer achacó la sequedad a un cansancio excesivo.

-Lo del hijo es la pura verdad. Tengo la prueba. Tú tienes que quitármelo.

Manolo se mordió los labios. No le importaba acostarse con la mujer de Carlos, que no le disgustaba, pero meterse en asuntos arriesgados, por estupidez, le molestaba seriamente. Procuró tranquilizarla, esquivando el compromiso.

-A tu edad es muy peligroso provocar un aborto. Habría que saber de cuánto estás, y tener ciertas garantías... Te aconsejo que veas a Jorge Suárez. Tengo entendido que alguna vez solucionó problemas semejantes.

-¡Háblale tú! Yo no me atrevo. Me da vergüenza, y no sé qué. Cuando todo esté preparado, me lo dices. ¡Y me meto en la clínica! Apenas han pasado dos meses. ¡Es la mar de fácil!

Don Manuel bajó la cabeza. Con otra cualquiera, el incidente hubiese sido resuelto con toda sencillez. Pero la marquesa era demasiado conocida. La menor equivocación, o comentario indiscreto, levantaría una ola de chismes.

-El aborto es un delito.

-Tú mismo has dicho que Jorge los hace.

Manolo siguió el hilo de sus reflexiones.

-Meterme en el asunto es una imprudencia absurda. ¿Para qué dar pábulo a comentarios? Si no

aparezco, pensarán que vino por casualidad. Un accidente de matrimonio confiado, seguro de que ha pasado el peligro. Te lo quitarán sin complicaciones, pensando que hacen un favor a tu marido.

-¡Quiero que te ocupes tú! -No cariño. Eso ¡ni soñar! La mujer inició el llanto.

-Entonces, ¿qué hago? -Lo que te digo. Y si la cosa está difícil, se lo achacas a Carlos. Nadie tendrá la menor sospecha.

Cristina se sentó en la cama, para mirarle de frente.

-Él sí, pues hace tiempo que no hacemos el amor. ¡Me aburre demasiado!

Manolo se sintió incómodo.

-Pues... ¡hazlo esta noche! Por un par de meses ni se dará cuenta. ¿Que el chico es prematuro? ¡Pasa en las mejores familias! Lo más seguro es que confunda las fechas, y si no, te encargas de trabucarle.

-¿Es que no te das cuenta? ¡Se droga desde muy joven! Es medio impotente. Apenas tiene fuerza para estar con una mujer. ¡Mucho menos para embarazarla!

Cristina gritaba. Manolo la besó en los labios, pues era el único medio de hacerla callar. Beso aplicado, que causó un efecto inmediato, pues la mujer se abandonó al placer, olvidando problemas y temores.

Pelao se mantenía firme ante don Rafael, que dibujaba cifras y signos en una cuartilla. Respetuosamente silencioso, esperaba órdenes, como habían hecho sus abuelos y hasta sus tatarabuelos.

-¿Sigue el paro?

Contestó nervioso. Pese a la costumbre, le temblaban las piernas siempre que le interpelaba un superior.

-Así es, señor. ¡Y más que habrá! Máquinas. Labores pá dos días. Hasta don Melquíades ha dejao de labrar. Eso que prometía sembrar pá la fin del mundo. No tié más que ver. Toos están aguantaos en el Sindicato, esperando que los llamen p'al extranjero.

Don Rafael volvió a sus números. Una mosca impertinente interrumpió el silencio.

-¿Cómo andan los jornales por ahí?

-Yo, como ando en la finca, pos hace tiempo que no busco... Se oye que por los treinta duros. Algunos se dejan decir que los cuarenta. Usté ya sabe. Se les mete un jornal en la cabeza, y no hay quien les abaje del burro.

Don Rafael se apoyó en el respaldo, abandonando la pluma.

-Ofrezco cincuenta. ¡Pero ni una chica más! Que no vayan a salirme como otros años, con el cuento de que las cacerías son el Perú. Los quiero en la finca a las cuatro en punto de la mañana. ¡Antes del amanecer! No admito ni un retraso. ¡Y hasta cuando sea! Podemos terminar a mediodía o a la tarde. ¡No es cosa suya poner límites! Advierte que no me van reclamaciones ni protestas. Hay que servir a los señores, ¡y nada más! Son gente importante. Si alguien levanta el gallo, ahí está la Guardia Civil para bajárselo. Así que ya sabes. El que se apunta, a ponerse donde le digan, y a obedecer sin chistar. ¿Entendido?

-Sí, don Rafael, que los quíe usté bien mandaos.

-¡Eso es! Explícales claro que las piezas, ni tocarlas. Sagradas como un santo en la iglesia. Están vendidas, y el señor marqués tiene derecho a sacar un beneficio de la finca. ¡Buenos dineros le

cuesta mantenernos a todos!

-¿Cuántos días será? Preguntarán, y usted ya sabe...

-Tres o cuatro. Pueden sacarse hasta las mil pesetas, sin contar propinas. Un billete entero. ¡Que no digan que no es dinero! Y ahora ¡largo!

-¿Algo más, señor?

-¡Que los encuentres deseguida!

Pelao cerró a su espalda sin hacer ruido, como le gustaba al administrador. Apenas traspuso el quicio se caló la gorra. Los resfriados entran por la cabeza, y no era plan caer malo cuando más falta hacía. Don Rafael podía coger un sustituto, y si le tomaba aprecio era capaz de dejarlo fijo, quitándole su puesto.

Se acercó a la tienda. Unos cuantos jugaban a las cartas, pero los más escuchaban al Pedro, que, como todas las noches, explicaba cosas del extranjero. Le hacían preguntas, y contestaba por lo claro. Cuando no sabía, no buscaba disculpas. Se callaba y en paz, como debe ser.

Pelao aprovechó una pausa para colocar el ofrecimiento.

-El que quiera pué apuntarse pá la cacería. Empieza de aquí a dos semanas, día más, día menos.

-¿Cuánto dan?

-Lo de siempre.

El Meco se rascó las patillas. No hacía falta saber mucho de cuentas para comprender que con aquello, no podría pagar la deuda del almacén.

-En estos tiempos, cincuenta duros no dan pá ná. Y andar también es trabajo.

-Yo lo que me dicen. Si no tragáis, estáis al corriente de lo que habrá. Se sube al Tranco, con el tractor, y se baja una cochá de tíos. ¿Que lo hacen más malamente por falta de costumbre? ¿Y qué? Los señoritos no entienden. Con ver gente y ruido están contentos. Así se hizo otros años. ¿Y qué sacasteis? ¡Que el parné salió del Alcocer!

Meco reflexionó. El capataz tenía razón. Hasta el tabernero lo había notado.

-Me apuntas. Con eso no se pierde ná.

Después vinieron otros. Al rato, la lista estaba casi completa.

-Mira... ponme también.

Pelao se volvió extrañado.

-¿Y eso?

-Por verlo. Nunca estuve en una cacería de postín.

El nombre de Pedro se unió a los demás. De buena gana lo hubiese rechazado, pero no era cosa de enfrentarse con aquel tipo. El pueblo le seguía, y si no estaba conforme podía quedarse sin ninguno.

Esteban entró, plantándose frente a Pelao.

-¡No vayas a dejarme fuera!

El encargado se rascó la frente con el lápiz.

-Con, ese perro...

-¡Hombre! ¡Que no te la hago! Sabes cómo andamos en casa. Si no lo gano, no nos darán a fiao ni las papas.

Marcos habló sin moverse del sitio.

-Como no lo metas, pués ir borrándome.

-Y a mí.

Pelao ladeó su gorra. Otra complicación como la de Pedro. Chupó la punta del lapicero, para que el nombre apareciese nítidamente dibujado, a la vista de todos. Si había problemas, ya se explicaría con don Rafael.

-¿Puedo irme tranquilo?

-Sí, hijo. ¡Que estamos los demás pá que no te dejen fuera!

El chaval desapareció tan de prisa como había llegado. A mitad de la calle, se puso a silbar una canción aprendida en la tele de la parroquia. Tenía unas pesetas seguras, y carne para un par de semanas. ¡Con el hambre que había en casa, iba a dejar escapar una pieza!

Aquella tarde se sentía especialmente desamparado. Tumbado en el sofá, imaginaba una sucesión de actos absurdos: vestirse de estudiante o pordiosero, para mendigar unos cuantos petardos. O salir en plan de millonario, dispuesto a pagar lo que pidiese el mejor médico de moda. También podía buscar a las cerilleras, recordando los años del bachillerato, y arrancarles la mercancía con arrumacos de enamorado. Soñé que perseguía a una Lili más arrugada que la de sus recuerdos, y le robaba la lata de hierba adulterada, que llevaba escondida, entre media docena de sayas. Del caos surgieron los rasgos de Manolo. Siempre había resuelto sus problemas. Bastaba una llamada, confesarse a través del hilo, y esperar. Una hora o quizá menos. Después tendría las inyecciones que quisiese, pues no entraba en los planes del socio negar caprichos al marqués. Transformado en cómplice, podría pasar la cuenta, obligándole a renunciar la escasa autoridad que conservaba, dentro del grupo financiero. Un panorama desolador, que las circunstancias le obligaban a desear conscientemente.

Descolgaba el teléfono, cuando apareció Matías. El rostro del marqués se ensombreció, mostrando su disconformidad ante tamaña osadía. El criado sabía de sobra que no podía entrar en el despacho, sin pedir permiso.

-¿Quién te ha autorizado?

Matías no se molestó en disculparse. Conocía a su amo lo suficiente, para saber que la noticia había de reportarle futuras recompensas.

-Hay una señorita esperando en el salón. Pregunta por el señor marqués, y parece de la cuerda de la señorita Eugenia.

Carlos se pasó la mano por el pelo, ordenándolo instintivamente.

-¡Hazla pasar!

El criado se eclipsó, cediendo el hueco a Fernanda, que había adquirido un nuevo nombre: Teresa. No era necesario ser psicólogo para intuir que estrenaba maneras, y un abrigo excesivamente sencillo para sus gustos.

-¡Déjanos solos!

Matías cerró quedamente, al mismo tiempo que su amo indicaba una silla a la visitante. Estaba impaciente por abordar el tema, pero se retuvo. Más valía dejar hablar, pues no faltan chantajistas y policías, que una vez informados, actúan con todas sus consecuencias.

La mujer ocupó el asiento, levantando los vuelos del abrigo.

-Vengo de parte de Eugenia. Me llamo Teresa.

Carlos aceptó la sustitución sin recelo. Estaba acostumbrado a recibir caras nuevas. Cambiaban de acuerdo con las circunstancias, y las actividades de la brigadilla.

-¿Trae los medicamentos de mi tía?

Fernanda sonrió como le habían mandado. Por el momento, todo marchaba de acuerdo con las predicciones de sus jefes. Hasta aquel disimulo, inútil y gratuito. Se dispuso a continuar la representación.

-Mi compañera me advirtió que había adelantado algún dinero. Tengo la cantidad apuntada. Pero en los últimos tiempos hemos tenido dificultades. Usted, que trabaja en la Dirección General, debe estar al corriente. ¡Nada se puede pronosticar en esta vida!

Carlos agitó las manos, como si quisiera borrar lo que acababa de oír.

-Son cosas ajenas a mi departamento. Le aseguro que por cuestión de dinero, jamás habrá discusiones entre nosotros. Dígame cuánto. ¡Y basta! ¡Todo sea por mi pobre tía!

-Ha subido casi el doble.

Carlos sacó el carnet, rellenando el primer cheque. Incapaz de recordar un número, nunca olvidaba el precio de las inyecciones.

-¿Le va bien?

Fernanda asintió con un gesto.

-En ese caso, deme el paquete.

La mujer adoptó la actitud de quien se encuentra en un grave compromiso.

-No sabíamos si estaría conforme... Así que no le traigo nada. ¡Pero no se preocupe! Volveré mañana o pasado con el pedido completo.

El marqués dio un fuerte puñetazo en la mesa. Iba a gritar, pero se contuvo a tiempo. Con un esfuerzo infrahumano volvió a la calma, y a la sonrisa correcta, que le caracterizaba como un hombre amable.

-¿No tendría algún resto? Aunque sea poca cosa. Lo compraré aparte.

La mujer negó, enseñando al tiempo un pequeño envoltorio.

-Es para un cliente. Espera desde hace días. Si pudiese, se lo dejaba, pero es imposible. ¡Perdería mi trabajo! Ya es tarde para reponerlo. Hace tiempo que cerraron el almacén.

Las manos de Carlos se tendieron hacia ella. Fernanda guardó la mercancía en el bolso, al mismo tiempo que se ponía en pie. En casos semejantes era primordial preparar la huida.

-Tengo que irme. ¡Hasta otra!

Carlos se levantó de un salto, para cortarle el paso. Los ojos enrojecidos, contrastaban con la dulzura de sus gestos. Fernanda se estiró, adoptando una actitud severa.

-Si me hace una escena, grito, y no vuelvo!

El marqués se hizo a un lado.

-No es eso... Sólo pretendo llegar a un acuerdo. ¿Cuánto quiere? No voy a regatear. ¡Se lo aseguro!

-Nada.

-¿Veinte?

-Treinta.

Fernanda sacó cuentas cruzando el jardín. La nueva profesión le reportaba beneficios imprevistos, con igual facilidad que otras pérdidas y gastos. Se juró no confesarle jamás que acababa de revenderle su propio pedido.

Tete andaba preocupado. Hacía varios días que la Fernanda no bajaba por la Ballesta. Podía ser asunto de aquel tipo bien trajeado, con quien la mandó imprudentemente. A la primera ojeada le cayó bien, porque había cuartos, pero siempre le resultó sospechoso. Hay quien tiene caprichos, y se alarga con una puta, pero nunca más de veinticuatro horas.

Entró en el Oasis. Los clientes se acodaban en el mostrador, buscando pareja. Si no llegaba pronto, perdería el primer turno. Una noche a medias, después de unas pocas sin coger una gorda. En la sala sobraban chicas disponibles, que darían beneficio a otros.

-¿Estás seguro que no la has visto?

El camarero levantó la mano derecha.

-¡Te lo juro!

Empezó a inquietarse. Podría aparecer destripada en cualquier parte, y eso traería complicaciones. Les veían siempre juntos, y cuando se busca culpable, la cuerda se rompe por lo más flojo.

-Voy a dar un vuelto. Si viene ¡que espere sin moverse!

Se llegó hasta la esquina de la Lili. Sentada en un escalón, ofrecía el género sin molestarse en vocearlo. Sobre el pecho, una tira de lotería, que le facilitaban en el despacho. El porcentaje era pequeño, pero aquel papel servía de tapadera a otros asuntos. Le preguntó por la Nanda.

-¿Y yo qué sé ande está tu hembra? ¡Poniéndote más cuernos que a un ciervo, bien seguro!

Tete tragó saliva. No le convenía indisponerse con aquella bruja, dándole la contestación que se estaba buscando.

-¿Sabes si hubo redá?

-No se ha oído en una semana. ¡Que Dios les conserve en la buena intención!

Tete se unió a tan piadoso deseo. La apatía de los guardias era un respiro para la calle.

Daban las doce cuando volvió al bar.

-¿Hay algo?

-Lo mismo. No se deja ver.

Decidió abandonar. Quizá estaba mala, con uno de esos dolores que les entran a las putas, y que nadie sabe decir de dónde vienen. Bajó hacia la Costanilla en busca de la Rosy, que esperaba pacientemente bajo la vigilancia de Gervasio.

-No ha venío.

-Pues no es de las que faltan. Siempre anda cortade provisiones.

-Eso digo. Lo mismo tié algo.

-La habrá trincao la pestañi.

-No hay noticias. Yo pienso que debemos llegarnos.

Rosy alzó las cejas.

-¿Entavía la tiés afición?

Tete negó.

-Es el negocio. Sabes que si falta tendré que buscar otra. Tan bien mandás no abundan. Con lo nuestro no hay bastante, y es menos seguro.

-¡No te traes cuentos con eso del beneficio!

Tete se dirigió a Gervasio.

-Vamos a dejar a ésta, y aluego nos llegamos hasta la barriada.

El trayecto transcurrió en silencio. Rosy se deslizó en el portal sin una palabra, manifestando su enfado en la manera de andar. Su hombre la acompañó hasta la habitación.

-Te quéas tranquila, y esperas. Vuelvo ya mismo.

-¡Cuenta te trae! Sí te atardas vas a encontrar el sitio. ¡Que machos no me faltan!

Tete escamoteó la llave, cerrando por fuera. Con una desgracia por noche tenía suficiente. ¿A qué añadirle cuernos de los que hacen daño? La mujer empezó a gritar.

-Alborota mucho.

-¡Dejalá! Aquí están acostumbraos.

Los dos socios bajaron lentamente, tanteando el borde de los escalones, invisibles en aquella oscuridad.

-¿Qué me dices si trincamos un carro?

-Esta noche no. ¡A saber lo que nos encontraremos!

Subieron al autobús.

-Aquí se nos ve doble.

-Bajaremos antes de la parada.

Gervasio se acarició la pantorrilla. Le dolían los huesos de andar por la tierra, pues no estaba acostumbrado.

-¡Joé y no falta ná!

-¡Aguanta!

Rodearon el cerro, alcanzando las primeras chabolas. Tete evitó la calle, escurriéndose entre los patinillos, donde no había riesgo de encontrar indiscretos. Gervasio metió el pie en el agujero de una letrina. Los bajos del pantalón chorrearon mierda.

-¡Leche!

Tete miró al frente, los puños en la cintura.

-¡Ya estamos!

-No hay luz...

Aplicó la oreja a las juntas del tabique.

-¡Tente! ¡Ni respirar se oye!

-Si la han apiolao, lo mejor que hacemos es guarnos. Ya conoces el cuento que se traía con su hombre, el que está en la estaribé.

-¡No han podido soltarle entavía! Cuando sale deja la llave en casa de una vecina. Sé ande es.

-A estas horas yo no me metería en preguntas.

-¡No iban a cargarnos con el muerto! Al contrario. Con eso quedaba claro que andábamos con limpieza.

-¡Fíate y no corras! Cuando necesitan un larro se andan con pocos miramientos. El primero que se

les viene a la mano hace el avío. Ninguno de los chiquillos es suyo. Eso está claro, porque por el tiempo... ¡Calcula que se los llevó p' delante! Será cosa soná, de las que les gusta resolver de momento.

Tete se quedó pensativo.

-En eso pués tener razón.

Rodearon el murete. El ventanillo del fondo estaba abierto. Tete se encaramó sobre la espalda de su compañero. Metiendo el brazo por un hueco, encendió el mechero, iluminando una escena insólita. El jergón estaba caído, sobre la manta arrebujada. El baúl vacío, la tapa tirada en un rincón, como si la hubiesen arrancado. En las paredes, sólo quedaba el anuncio calendario.

-¡Aquí han robao! ¡Verás cuando venga!

Saltó al suelo. Gervasio le contempló, entre preocupado y compasivo.

-Lo mismo se lo ha llevao ella. ¿Pá qué quié naide unas afotos de otros? Y no está ninguna. En conociendo lo de la Rosy, es natural que te dé el esquinazo.

-¡Eso no me lo hace una hembra porque la rajo!

-Pá rajarla tendrías que dar con ella primero, y el mundo es grande.

Tete arrugó la frente, esforzándose en reflexionar.

-¡Mía tú si me la ha jugao con lo que le tengo sufríol

Gervasio le cogió por los hombros.

-Vamos, que de aquí no sacaremos ná bueno. Si se ha guiyao, ¡tanto mejor pá toos! Lo que tienes vale un imperio, y la Nanda iba ya p' abajo. ¿Qué han podío apiolarla? Ni nos va, ni nos viene. A las malas, mejor hacemos con no meternos. De arreglar no hay ná. Y no sea que por una cosa se descubra la otra. ¡A olvidar han tocao! Piensa que la gente somos como somos. Se echa el rato o el año, y aluego se va pá otra parte. ¡Malo será quien no encuentre árbol donde ahorcarse! Tú la tiés bueno. ¡Casi a estrenar!

Tete hundió la cabeza, siguiendo a su amigo mansamente. Al cruzar el solar se le representó el Pablo, y sintió humedad en los ojos. Poco más arriba la imagen había desaparecido. En el fondo, Gervasio llevaba la razón. Unos van mientras otros vienen. Aquel hijo era conocido, y a saber si lo engendró de veras, o fue trabajo de cualquier otro. En cambio, por el mundo tendría un montón que no vio nacidos, aunque llevasen su sangre. ¡Entre las piernas le quedaba el aparato de hacer los que le diese la gana!

Traspuso el cerro sin volver la cabeza. Sólo mirarnos hacia atrás cuando dejamos algo.

VII

-Pelao me dice que diste tu nombre.

-Es verdad.

Mochuelo agitó la cabeza, mostrando su enfado.

-¡Buena gana de servirlos sin necesidad!

Pedro revolvió las ascuas. Las llamas se enredaron en la perola.

-Lo hago por el Manolo más que por ná. Quiero verlo entre su gente.

El viejo escupió al fuego.

-Tu verás lo que te conviene...

Le molestaba que Pedro tomase decisiones sin consultarle previamente, pero no quedaba otro remedio que resignarse. Aquellos hijos no eran como los de antes. Volaban por cuenta propia, sin escuchar a los mayores, como si el tener años quitase la razón, en lugar de dar experiencia. Se acordó de don Gerardo. Estuvo muchos años al frente de la parroquia, y aunque no fueron amigos públicamente, por cuestión de ideas, les gustaba encontrarse y echar la parrafada. “Tenlo en cuenta, hijo -solía decir el cura-, tu sostienes una teoría, y yo la contraria, y no nos pegamos, porque en el fondo, los dos respetamos la sotana. ¡Que no faltan ganas más de una vez! Pero nos entendemos, porque no nos gustan los abusos, ni queremos mujeres desnudas. Estamos por la moral, la seriedad, y la justicia. Claro que cada uno a su manera. Depende de quien nos dé la comida. A ti te molestan los ricos, porque pagan poco, y cada día te dejan menos aprovechamientos. Yo tengo que defenderlos, porque los necesito. Dime tú que haría mi iglesia sin el señor marqués, y los otros tres o cuatro que dan limosna, ¿eh? ¡Pero deja correr el tiempo! Que crezcan estos rapaces, y nos juntaremos. ¡Fíjate lo que te digo! Cuando les oyes hablar de libertad, te crees que es la tuya. La que te enseñó tu padre, que la aprendió de tu abuelo. ¡Pues no! La quieren del todo, y hasta dejarán de respetarte. ¡Y te aguantarás!” La saliva amargó la boca de Mochuelo, porque aquellas frases eran verdad.

La señora Mariana decidió intervenir. Veía el problema bajo un prisma distinto, mucho más tangible y práctico.

-Yo que tú no iría. Raro es el año que no cae alguna desgracia.

Pedro abrió los brazos.

-¡Por Dios, madre! ¡No saque las cosas de quicio! Eso sería en sus tiempos.

La mujer agitó el cazo.

-¡Que mis tiempos! ¡Entonces sí que no pasaba ná! Las escopetas alcanzaban menos, y los que las usaban, estaban hartos de correr campo con el zurrón y el perro. ¡A un gorrión volando daban en el mismo centro! Las de ahora son de esas que llaman de “repición”. Sueltan doble de tiros, y alargan casi un cuarto de legua. ¡Y los cazadores! Las más de las veces ni saben lo que tién entre manos. De las narices se les escapa el pájaro. ¡Te digo que no dan a un cerro! En una mala hora puén acertar ande no deben.

Pedro sonrió.

-¡Que ya tengo edad pá conocer el peligro! ¡Pierda cuidado!

La anciana suspiró.

-¡Ten cuenta! Eres el único que me queda.

El emigrante bajó la mirada.

Repasó el informe. El gerente había cumplido con su deber, despidiendo a los cinco revoltosos delante de sus compañeros. Un gesto de valor e inteligencia, que merecía ser recompensado.

-Estoy de acuerdo. ¡Perfectamente de acuerdo! Preservar la disciplina es lo más importante.

Manolo dio una chupada al cigarro.

-Yo también... pero en otro momento. No es oportuno cuando tenemos pedidos pendientes. Sabes de sobra que para cumplirlos necesitamos rendir al máximo.

-¡Precisamente! Sin una lección, era imposible. Ya sabes lo de las manzanas podridas y las sanas. Las cifras cantan. ¡Dos semanas de trabajo lento por culpa de esos cretinos!

Manolo se pasó la mano por la frente. El marqués contemplaba los hechos desde una posición estática, como si nada hubiese cambiado en cincuenta años. Nunca estuvo dispuesto a ceder ante las reclamaciones de los obreros. Por el contrario, se oponía activamente a cualquier disposición gubernamental, que extrañase concesiones, pues según él, sólo era posible manejar a las masas con represión y mano dura.

-Te has quedado atrás, Carlos. ¡Repasa el periódico! Todos los días hay plantes, huelgas, y hasta ocupaciones de fábricas. No es como en los buenos tiempos, cuando bastaba un grito para hacerles entrar en razón. Debimos firmar ese maldito convenio. Al fin y al cabo, supone poca cosa.

El marqués negó con un gesto.

-Éstos eran los que manejaban el cotarro. Verás como ahora todo vuelve al orden. Te aseguro que hasta el último peón ha cogido miedo.

-¡Te equivocas! Desde hace un par de años, los dirigentes salen como setas, y cada vez son más duros y obstinados. Lo que se ha hecho es simplemente una provocación. ¡Ya lo verás!

-¡Se tentarán la ropa! Ocúpate que además del despido, se les denuncie. Yo me encargaré de hacerlos detener en veinticuatro horas, y de que se conviertan en ejemplo. ¡Te garantizo que les pedirán la pena máxima!

Manolo se levantó bruscamente.

-¡Desde luego! Pero nada de esto sirve a nuestros intereses inmediatos. Dentro de un par de semanas, cuando baje la cartera, ¡importa un pimiento! Hoy, una huelga hará perder millones.

La mirada de Carlos se enfrió.

-Como presidente, aplaudo los despidos. Como subsecretario de gobernación, exijo de la empresa la denuncia a que le obliga la ley. Se han encontrado octavillas; hubo reuniones, y se sabe que muchos pertenecen al partido comunista y a otros grupos ilegales. ¿Qué más quieres?

-¡Pues como vice, no estoy de acuerdo! Sabes de sobra que sus exigencias me molestan más que a ti, pues, por desgracia, he tenido que conocerlos a fondo. ¡De tú a tú! Sé que nunca estarán contentos, que nos odian, y que sólo pretenden humillarnos. Pero hay algo más importante que el amor propio: los beneficios. Nuestra obligación es aumentarlos como sea. ¡Y nada más!

-Sin aceptar condiciones que aumenten desconsiderablemente los costos, y les suban los humos. Dejar que se crezcan, puede llevarnos a un nuevo treinta y seis.

Manolo suspiró.

-¡Deja en paz la historia! En todos los países hay problemas laborales, y no por eso acaban en revoluciones y crisis. ¿Que se gana menor porcentaje sobre la unidad vendida? Es posible, pero como colocan una masa de productos muy superior, la pérdida se compensa con creces. Te digo que debemos mostrarnos comprensivos. Apoyarles incluso algunas veces, porque a más y mayores salarios distribuidos, mayor demanda, y en consecuencia, ¡ingresos superiores! Por otra parte, yo les daría el derecho a la huelga inmediatamente. Es una válvula de escape, que una vez reconocida legalmente, podría servirnos para controlar las protestas, en función de nuestros intereses.

Carlos tableteaba sobre el brazo de la butaca, disimulando apenas su impaciencia.

-Sigo pensando que hacen falta escarmientos.

-¡Qué escarmiento ni qué leche! ¿No tenías tanto miedo por la cacería y los periódicos? ¡Pues será como dijiste! El lío de tu fábrica coincidirá con el festejo.

-En todo caso, me opongo a la readmisión, como me opuse al juez, cuando pretendió dar libertad provisional a los detenidos del veintisiete.

-Dentro de noventa días podremos echarlos tranquilamente. ¡El plazo de una letra!

-Es por principio de autoridad. ¿Entiendes? Manolo se inclinó.

-Ganas en virtud al mismo principio.

Gervasio trepaba penosamente. Estaba demasiado gordo para subir hasta la Granja del Ciego. Rosy resbaló, sintiendo que el tacón se doblaba peligrosamente.

-Podría habersele ocurrido otro sitio. La broma me costará un par de zapatos.

El hombre miró hacia la vaguada. Allí estaba el barrio de Fernanda. Ella fue quien descubrió la ruina, y la usó como casa de citas cuando la policía andaba revuelta. Pensó que Tete había querido volver por nostalgia, pero no dijo nada.

-Te quíe evitar líos. Aquí se pué discutir cómodo, y sacar lo que sea a la luz del sol. Ni los chiquillos se acercan. Corren voces que too el cerro anda embrujao.

-¡Lo que faltaba!

Gervasio rió.

-¿Crees en esas cosas?

-Nunca se sabe. Cuando el río suena... Pá mí, da mala espina.

-¡Que va, mujer! Es asunto del amo. Con el cuento, no hay pobrecillo que se le meta en la ruina. Eso de los muertos, más que pá ná, sirve de guarda.

Se secó el sudor, antes de atacar la última pendiente. Rosy se apoyó en su hombro.

-¡Tira p'alante, que estoy rota!

Apenas llegaron a la explanada, se dejaron caer en el suelo.

-¡Joer y cómo empieza el día!

Marita entró, precediendo a la criada.

-¿Sabes que han soltado a don Juan?

Cristina se palmeó la frente. Había olvidado el suburbio, y lo que era peor, la cita con su amiga. Le tocaba ir a recogerla.

-¡Perdona! Carlos lleva unos días tan raro, que se me ha ido el santo al cielo. ¿Has comido?

-No, pero no importa.

-Diré que te traigan algo. Marita aceptó, instalándose en la butaca. Amelia recibió las órdenes, y desapareció, dispuesta a cumplirlas con la debida celeridad. Aún no había salido, cuando la recién llegada inició su relato.

-Tienes que decírselo a Carlos y Manolo. ¡Es un escándalo! Lo encontré en el despacho, como si no hubiese pasado nada. Llevaba un jersey de cuello alto, y el pelo revuelto. Ni siquiera se había puesto la cruz. Me pregunto si se molesta en decir la misa. Se contentó con dejar el bolígrafo, y alargar la mano, como si fuese una cualquiera. Me incliné para besarla, ¡a pesar de todo!, pero la retiró. “Ya que está aquí, puedo darle un trabajo”, me dijo. Me quedé de una pieza. Nunca he faltado un jueves, y en la vida se le ocurrió encargarme nada. Me preguntó por ti, y le dije que no habías venido, recalcando mucho lo de “señora marquesa”. ¡Habrás visto qué modales! Tienes razón. ¡Ya quisiera parecerse a don Dimas! Para ponerlo en su sitio, le hablé de la cárcel. Hice como que

estaba preocupada. “Supongo que vendrá al juicio”, me dijo, invitándome tranquilamente, como si fuese una fiesta, o la imposición de una medalla.

Cristina se inclinó hacia Marita, repentinamente interesada. Era una buena historia para una sociedad sin problemas, donde siempre se repiten las mismas cosas.

-¡Qué bárbaro!

-¡En ese plan! ¡Y la cosa no paró ahí! Me contó cómo le cogieron, y dijo que debéis pagar más a la gente. Durante un rato estuvo explicando no sé qué problemas de jornales, y esos líos de puntos y primas, que nunca he conseguido entender. Le pregunté si me necesitaba para molestaros con semejantes estupideces, dispuesta a contestarle que bastante bien os portáis con la gentuza. A lo visto, no quiere saber nada de la fiesta que les das por Navidad, con juguetes para los niños, ni de la comida del santo de Carlos, donde se sirve de lo mejor, aunque no sepan apreciarlo. ¡Y eso, teniendo en cuenta lo mal que se portan!

Cristina hizo un gesto, queriendo significar que aquellas obras no tenían importancia.

-¡No! ¡Si no me dejó! Yo me había sentado, cuando me dijo: “Ustedes, que son tan caritativas, podrían ayudar mucho en otro asunto”. El tono era tan irrespetuoso, que estuve a punto de salir dando un portazo. Pero no lo hice. Fue algo así como una revelación, pues me habló de la constructora que habéis formado con los Puig. Estaba agitado, como si le molestasen todos los negocios, aunque ningún mandamiento los prohíbe. Estoy segura de que es comunista. Dijo una serie de burradas, como que la moral tiene menos importancia que la explotación de los hombres, y que el ir a misa tenía poco que ver con el cielo y con Dios. Para terminar, me habló de los solares. A lo visto, hay unas cuantas familias que se metieron allí sin consultar siquiera con el dueño.

Cristina asintió.

-Por cierto, que desvalorizaron enormemente el terreno. El pobre que los vendió, ha perdido un montón de millones por culpa de esa gente.

-Pues eso. Parece que Manolo, como es tan inteligente, ha encontrado la manera de echarlos, por medio del Ayuntamiento. Como es amigo del alcalde...

-Se la presentamos nosotros.

-Bueno ¡como sea! El caso es que les ha llegado la orden de desalojar la semana que viene. Cuando menos lo esperaba, el bueno de don Juan me propuso plantarnos allí, y ayudarle a entorpecer la labor de las autoridades. Algo así como una resistencia. “Y luego veremos cómo termina la cosa”, me dijo. Le aseguré que en la cárcel, y con razón sobrada por parte de la verdadera justicia. Sonrió, y empezó a explicarme el evangelio. No pude más. Me marché sin despedirme, y me vine lo más de prisa posible, para advertiros inmediatamente. ¡Menudo escándalo! Supongo que Manolo y Carlos estarán encantados de saber a tiempo lo que prepara.

-Lo mejor será que se lo cuentes tú misma. Estará en el despacho.

-Pero... ¿No prefieres hacerlo tú?

Cristina sonrió tristemente. Por un momento, estuvo a punto de confesar que Manolo la rehuía. No lo hizo por orgullo.

-Prefiero no verlos juntos. Bastante tuve con el almuerzo.

Marita ahorró comentarios. Era evidente que aquellos amores no marchaban como debieran. Le pareció cruel recordarlo.

-Cuando le dije que terminaría mal, me contestó que a Cristo lo crucificaron.

-¡Qué bestial

Los ojos de Marita se posaron en el talle de Cristina.

-¡Oye! ¡Pero tú has engordado!

La marquesa se volvió hacia el espejo.

-Tengo un poco abandonado el régimen.

Luis irrumpió en el patio, escandalizando a las gallinas. Se habla olvidado de avisar, y pagaba las consecuencias, pues nadie salió a recibirle. Tocó el claxon, atronando los valles.

-¡Como hayan dejado la casa sola pueden prepararse!

Salió a campo abierto. De chico, corría por los encinares con los del pueblo, mandando siempre, porque para eso era el señorito. Jugaban al rescate, el balón prisionero, o lo que se le antojaba, porque así se lo habían ordenado sus padres. Ni una sola vez le dijeron que no, aunque les aburririse. Pero aquel tiempo había pasado. La soledad le cayó encima, aumentando su malhumor. Sin razón tan poderosa como una muerte a la espalda, jamás se hubiese dejado encerrar en semejante desierto.

Los grajos graznaron, haciendo círculos sobre su cabeza.

-¡Ruido impertinente!

Algo se movía en el camino. Aguzó la mirada, descubriendo a un jinete, que avanzaba lentamente. Paso cansino de guarda, montado a caballo por obligación.

-¡Pues me va a oír!

Pateó el suelo. El fresco empezaba a molestarle. Tenía prisa por meterse en el salón, junto a la chimenea. Podría escuchar música o leer, olvidando por un rato donde estaba. Volvió a tocar la bocina. Supo que le habían oído, porque el caballo inició un galope deslabazado, excesivamente rápido para sus facultades. Cinco minutos más tarde, Loreto echaba pie a tierra junto al portón. Sombrero en mano, se inclinó ante el hijo del amo, procurando hacer olvidar la frialdad del recibimiento.

-¿El señorito viene por muchos días?

Luis no se molestó en contestar.

-¿Dónde diablos está tu mujer? ¡Sabes de sobra que esto no se puede quedar solo!

-Es que... como andamos arreglando la cacería, don Rafael la llamó al pueblo. Pá darle instrucciones.

-¿Y tu hija?

-Pues con ella. La Ciriaca ya no está pá trotes. Le dan vahídos, y sola por el campo...

-¡Eso me trae sin cuidado! Si no puede, te traes a tu hermana, o a quien sea. ¡Ya verás cuando se entere mi madre!

El guarda se hundió en el establo, seguido por la cabalgadura. La amarró al pesebre, sin perder tiempo en aflojar la cincha.

-¡Abre! ¡Enciende la chimenea! ¡Y que me preparen la cena y el cuarto!

-Sí, señorito. Como usted mande. ¿Le bajo el equipaje?

-¡Naturalmente!

Loreto se precipitó al coche, mientras su amo se perdía camino de la huerta. Lechugas tardías, y puerros, verdeaban en las plantaras. Un desconocido removía terrones, manejando cansinamente el azadón. El espantapájaros estaba en el centro. Pantalones y americana sobre esqueleto de caña. Algún guasón le había puesto corbata y cuello duro.

Rosy se levantó.

-¡Chiquillo! ¡Tengo unas ganas de mear!

-¡Hazlo!

-¡Que me voy a espatarrar alante tuya, pá darte una ración de vista!

-¡Pos entra ahí!

La cuadra estaba arruinada. Rosy avanzó por el centro de la nave, procurando no rozar las paredes, manchadas de orines. Oído alerta, vigilaba los ruidos por miedo a las ratas, que entre tanta porquería debían criarse como gatos. Deno ser por el Gervasio, nunca hubiese entrado allí. Pero llevaba unos días buscándola, y la soledad del campo crece el instinto.

Si el Tete llegaba en plena faena, habría complicaciones, pues sacaba la chuli al menor pretexto.

Se protegió tras el murete de la pesebrera. Sobre las piedras, brillaba un mechón de pelo. Melena de mujer, cortada a la moda. Pensó que se trataba de una peluca, olvidada por cualquiera con demasiada prisa. Alargó la mano. El manojito se le vino suelto. Al otro extremo, un moco rojizo. Entonces comprendió que el mal olor no venía de las defecaciones, alineadas junto a la pared. Corrió hacia la puerta sin molestarse en mirar donde pisaba.

-Ahí adentro hay algo muerto.

-Será una cabra o un perro.

-Tíe pelos largos y hiede.

-¡Bah!

Rosy temblaba.

-Entra a ver. Pá mí que es otra cosa.

Gervasio cedió. Por un extraño atavismo, nunca pudo negar un capricho a las mujeres que le iban. Ni cuando costaba dinero. Rosy le siguió, cogida de su mano. El bulto estaba en el rincón más oscuro. Un pie asomando por el ángulo del cobertor, confirmó las sospechas de la muchacha. Aquello era humano.

-¿Y tú que te creías tocando esto? Ahora sabrán que vino alguien.

-Ni siquiera se ha oído que hubo muerto. Así que...

-¡Se enterarán! ¡A saber si lo andan buscando! Lo dejaron lo menos hará una semana. Y lo mismo nos echan las culpas. Conozco bien a la pestaña: si les interesa un asunto, endiñan al primero que cae y te sacan hasta los alientos.

Rosy bajó los ojos.

-¿Qué hacemos? ¡No tenemos ná que ver!

Gervasio hizo un gesto de impotencia.

-Lo mejor será esperar al Tete. Es el que piensa.

El administrador estaba realmente fastidiado. Aún no tenía organizada la cacería, y se le presentaba el niñato. Si pretendía asegurar su futuro, no tendría otro remedio que bailarle el agua, buscando diversiones. Por suerte, nunca se metió en asuntos de administración. De tarde en tarde, cuando se

aburría demasiado, preguntaba sobre arriendos y cosechas. Pero la cosa no pasaba de ahí, y el tema se soslayaba fácilmente. Desgraciadamente, Alcocer ofrecía escasos atractivos para un muchacho de la ciudad, acostumbrado a no dormir hasta la madrugada. Esto doblaba el trabajo de don Rafael.

El primer día se estuvo quieto en la finca, pero el segundo quiso bajar al pueblo. Le llevó al casino, donde se entretuvo escandalizando a los señoritos. Le hubiesen aguantado toda la noche, por ser vos quien sois, pero al chico le aburrían. Los trató de pelmazos, y se volvió al castillo, maldiciendo el lugar, y sobre todo, a los empleados de su padre, lo cual preocupó seriamente al administrador.

Llamaron a la puerta.

-¡Adelante!

Pelao entró precipitadamente.

-¡Está en la tienda, y se anda metiendo con el mocerío! Les dice que están agilipollaos. Que no saben vivir. En una de éstas se encienden, y lo calientan.

Don Rafael se levantó.

-¡Vamos!

Luis se apoyaba en el mostrador, dando la cara a la clientela. Ésta escuchaba curiosa, mirando al señorito como si fuese un bicho raro. Apenas descubrió al administrador, se volvió hacia él.

-¿Es que aquí no se hace nada?

-Mire, señor conde, estamos en un pueblo de trabajadores... Se levantan con el sol... a remover la tierra quien la tiene, o a plantarse en la plaza, a la espera de quien los necesite. No es como la capital.

El muchacho soltó una carcajada.

-Ya lo veo... Y estoy procurando desasnarlos. Hay ocupaciones rentables que no conocen.

Pelao intervino:

-Le diré. Den que llegó la televisión están aprendiendo más de la cuenta. ¡Pero ya la ve ustél No hay parné; y las mujeres ¡pos a la antigua! De lo otro, entavía no tenemos.

-¿Y a mí qué? Enseñar al que no sabe es una obra de misericordia. ¡Preguntárselo al cura!

El ambiente se caldeaba. Don Rafael cogió al chico del brazo, arrastrándole suavemente hacia la puerta.

-Si quiere el señor conde, puedo llevarlo a Torres Morenas. Hay gitanos. Gente de cante. Sin preocupaciones.

-¿Seguro?

-¡Seguro!

-¡Pues adelante!

Pelao alzó los ojos al cielo, presintiendo una noche sin dormir hasta el alba. Al día siguiente tendría que currelar como si no hubiese pasado nada. Maldijo su destino por enésima vez, prometiéndose salir de pobre apenas se le presentase oportunidad.

Rosy dormía entre fantasmas, mientras Gervasio se esforzaba por borrar las huellas de su paso.

-¡La avaricia! ¡Maldita avaricia la de las mujeres!

Tete llegó por detrás de la casa. Se acercó a su hembra, para darle con un pie en el costado. La

muchacha despertó sobresaltada.

-¡Los iguales!

-¡Qué carajo! Soy yo. Ando retrasao, porque me entretuve con la Lili, por si sabía de alguien que me trabajase. Pero no es cosa tuya.

En otra ocasión, el recuerdo de Fernanda hubiese provocado una ola de protestas, pero aquella tarde había demasiadas preocupaciones, para ocuparse de nimiedades.

-Ahí dentro... Tú verás... ¡no toques ná!

Tete inclinó la cabeza hacia el edificio.

-Si me has engañao con ése...

La imaginación del gitano se puso en funcionamiento. Rosy dormía, porque acababa de hacer el amor. Y si no, ¿a qué santo tenía que esconderse el Gervasio? Apareció con los pelos revueltos, y cubierta de polvo. Su aspecto confirmó la sospecha. Tete metió la mano en el bolsillo, y accionó el resorte de la navaja.

-Te la has cargao, ¿no?

Gervasio alzó los hombros. En semejante situación, le daba igual que le rajasen.

-Por si te interesa, ahí tenemos fiambre.

Tete arrugó el ceño. Profesional de toda la vida, jamás tuvo un percance de sangre. No le iban, porque podía costar la perpetua.

-¿Qué hiciste?

-¡Yo ná! Ésta, que fue a mear y se dio de narices. Asunto nuestro no es.

Tete se enfadó.

-¡Lo mismo vas a creerte que lo hice yo! ¡So gilipollas!

Gervasio aceptó el insulto sin resollar. Como de costumbre, siguió a su jefe, que se introducía en la nave. Se inclinó ante el cuerpo, levantando el ángulo superior de la manta. La descomposición había deformado los rasgos de la mujer, pero no le impidió reconocerla. Trabajó para él como la Fernanda, hasta que desapareció. Se decía que nunca se tiró un hombre por gusto, y era verdad, pues los cuartos se los comía la Pepító. A pesar de todo, dejaba buenas ganancias, y por mor de eso anduvo buscándola más de un año, con la intención de acabarle las penas si no volvía. Luego encontró chavalas más acomodaticias, y la olvidó completamente. ¡A saber quién la habría apiolao!

-¿Visteis algo?

Gervasio negó.

-Estaba ahí. Tan quieta como ahora. ¿Y tú?

Tete arrugó el entrecejo.

-Entavía menos. No me gustan estos encuentros. Traen mala suerte.

-¿Y a quién le caen en gracia? ¡Cómo no sea a la poli!

Se sacudió las manos.

-De momento, ya estamos haciendo aire. Nunca entramos aquí. Si preguntan, os hacéis de nuevas. ¿Entendido?

-Por ahí no hay preocupación.

-Si la habéis conocido, como si no. Los muertos dan mal de ojo.

Rosy se pegaba a su hombre, sin poder apartar los ojos del bulto.

-Era guapa ¿verdad?

Tete la zarandó.

-¡Eso no te importa! Boca cerrada ¡y en marcha!

Bajaron despacio, procurando no dejar huellas.

Toto dejó caer las cartas sobre la mesa.

-No voy.

María Luisa sonrió.

-Entonces es mío.

Piru tamborileó sobre el tapete verde.

-Me gustaría ver tu juego.

-Nada me obliga a enseñártelo. Pero no tengo inconveniente.

Volvió las cartas, y éstas provocaron un silbido.

-¡Póker de reyes! ¡Qué potra!

-No sé jugar al farol. Eso queda para profesionales, como vosotros.

Toto encendió un cigarro.

-Cuando la tarde se pone así, prefiero fumar tranquilamente.

-¿Sin cartas?

-Sin cartas.

Piru se acercó a la bandeja, para servirse un whisky generoso.

-Está claro. Para tener la suerte de cara, hace falta reunir determinadas condiciones. Tú y yo quedamos fuera. ¡El precio de la soledad!

Toto alzó los brazos.

-Tampoco puedo felicitar me de mis amores. Cada día se me ponen más difíciles... o más caros.

-Pero nadie puede ponerte los cuernos.

Conchi no entendía,

-La que va ganando toda la tarde es María Luisa. ¡Con la fama de serio que tiene Manolo!

-Una cosa es fama, y otra lo otro.

Piru hizo un guiño.

-Sin señalar. Alguien puede no estar enterado.

-¡No digas tonterías! Lo sabe hasta el gato, y a ella no le importa. ¿Verdad?

María Luisa sonrió forzada:

-¡Por supuesto que no! ¡A estas alturas! Además, prefiero que sea como ahora. ¡Casi en familia!

Piru insistió, complaciéndose en la venganza.

-Cristina Arbras no es una mujer irresistible. Tiene su gracia, eso sí, pero sobre todo, un tesón envidiable. Cuando se le antoja un hombre es difícil que se escape.

Toto sonrió con malicia.

-¡Dímelo a mí! Tuve que hacerme pasar por marica. ¡Y ni por ésas! No paró, hasta que me la llevé a la cama. Debió gustarle, pues tardé más de un año en quitármela de encima. ¡Y Carlos dándose cuenta!

Los ojos de Conchi se abrieron desmesuradamente. Estaba escuchando demasiadas cosas para poder abarcarlas.

-¿Tú crees que ha estado con mi Antonio?

Toto soltó una carcajada.

-¡Imposible, mujer! ¿No sabes que tu marido tiene preocupaciones diferentes? Piru entiende algo de eso.

La mujer suspiró aliviada.

-¡Ah! ¡Bueno!

Toto volvió a sentarse.

-Propongo que sigamos. ¿Quién corta?

María Luisa alargó la mano.

-En todo caso, no es la primera aventura de Manolo. Tiene derecho a divertirse, y, sinceramente, prefiero que le dé por las señoras.

Piru carraspeo, ligeramente incómodo.

Don Rafael examinó la lista. A pesar de haberse apuntado medio pueblo, tenía la gente justa. Se fijó en el nombre de Pedro.

-¿Y éste?

-Me dijo que lo pusiese. Si no lo hago, los demás se me echan atrás.

-Debe andar por la tienda. Ve, y búscale las cosquillas. No lo quiero en la finca. Es de los que traen compromiso seguro.

-Como usted mande. Pero si le quitamos o se enfada...

-Ponle la cara colorada con los otros. Tiene que borrarse por propia intención. Tú los conoces, sabes mejor que yo cómo hacerlo.

Pelao se dispuso a cumplir, pensando que los paquetes siempre le caían encima. Apenas entró en el bar, interpelló al interesado sin rodeos.

-Tú que tanto te metes con los amos, ¿pá qué te apuntas a servirlos?

Lucas aprobó con un gesto.

-Eso le decíamos. Al él no le hace falta aguantar al niñato de la otra noche.

Pedro se volvió hacia el correveidile.

-Escucha bien, ipá contarle luego a tu amo! Las cosas hay que conocerlas por dentro. Yo puedo decirte que la tierra no debe ser de uno solo. Que hay que explotarla en beneficio de todos nosotros, porque no la hizo nadie, y lo que saca es de quien lo suda. Pero no me explico por qué los ricos no comprenden algo tan sencillo. Si es por avaricia, o por- que están cegatos. Se sabe que cuando la arriendan, aunque sea pá cacerías, renta en condiciones. Pero es un dinero que las más de las veces, no hace ni falta a los dueños. Les entra a espueñas por otros laos, que eso me lo sé de memoria. La

realidad, dejarnos las fincas, pá que produjesen en condiciones, apenas les haría perjuicio, y andarían más bien miraos cuando viniesen al pueblo, a su casa, que nadie iba a quitarles. Quiero verlos de cerca, pá entender por qué no les importa, que todos las pasemos estrechas por su culpa.

-Ya te lo decimos. El marqués ni se entera de lo que hay.

-Seguro que lo sabe. No es tan tonto como parece, que lo recuerdo de chico. Y es más, si no lo sabe, ¡peor! La verdad es que yo también quiero es-tudiarlos. No siempre vamos a ser nosotros los bichos raros, que tienen que aguantar pedantes haciendo preguntas, sobre cosas que no les importan, y pá arreglar ná. En el extranjero sabemos bien de eso. Andan por las fábricas y por las viviendas, mirando al emigrante como si fuese un conejo de indias.

Lucas sacudió la ceniza.

-Si tú lo dices... lo daremos por bueno.

Esteban entró, seguido de su perro.

-Mi madre anda contenta. Hacen falta esos jornales en la casa, pues ya ni siquiera don Rafael da trabajo. Con el cuento de la chica fija, y de la Ciriaca, que baja del castillo, apenas llama dos veces por semana p'al lavao.

Repasaba distraídamente el periódico, esperando el momento de sentarse a la mesa. En la tercera página, el nombre de su fábrica figuraba en negrillas. Mil quinientos obreros habían declarado la huelga por conseguir una subida de salarios realmente ridícula. Lo habían llamado al despacho para advertirle, e inmediatamente dio una orden terminante, destinada a los órganos de difusión: no debían decir una palabra sobre el conflicto. Maldijo los caprichos de una legislación que se pliega a imposiciones extranjeras, y acepta venas democráticas.

-Me parece desatinado airear estas cosas.

Cristina asintió.

-Es un mal ejemplo.

-Por nuestra parte, estamos preparando un informe para el consejo. Antonio quiere llevarlo cuanto antes. Hace falta una ley que corte semejante publicidad. Si lo miras bien, estos sueltos constituyen una apología del delito, perfectamente tipificada por el código.

-Y además, ¡jarmar semejante bochinche por cincuenta pesetas diarias!. ¿Dónde piensan llegar con ese dinero?

Carlos asintió.

-No tienen sentido de la economía. Diez duros suponen una nimiedad. Apenas dan para pagar un taxi, o tomar una copa. Pero no se les ocurre pensar que los costos se recargan en treinta millones. Si siguen por este camino, me traerá más cuenta la especulación, la bolsa. ¡O llevarme el dinero a Suiza! Cualquiera día lo hago, para que aprendan. ¡Verás como chulean menos cuando estén sin trabajo!

-Yo que tú, me explicaría claramente con ellos.

-¿Crees que no se les ha dicho? ¡Mil veces! Pero son unos animales. Se les ha metido en la cabeza vivir como no pueden y, naturalmente, que paguemos nosotros. ¿Dónde se ha visto un obrero con coche? ¡Pues ahora lo tienen! ¡Y con televisión! Si supiesen contentarse con comer y vestir, según les corresponde, otra cosa sería. La culpa es de tipos como ese cura tuyo, que sólo saben trastornarles la cabeza.

-Te advierto que lo soporto por obligación.

-¡Es igual! ¡También debe aprender! ¿Es que no conoce el Evangelio? Lo dice bien claro: Dios quiere que haya ricos y pobres. ¡Y que todos se respeten! Cada uno, en el lugar donde nació, que es donde debe mantenerse. ¡Que se entere de una vez de lo que hace! ¡Matar la gallina, y ofender a Cristo!

Cristina había dejado de interesarse por el monólogo de su marido. Pensaba en el cuerpo extraño que crecía dentro del suyo, causa de incomodidades y complicaciones. Manolo había escurrido el bulto sin disimulo. Le veía muy de tarde en tarde, y siempre en lugares donde una conversación privada era imposible. Si rozaban el tema, era para manifestar su miedo ante un posible chantaje, y su decisión irrevocable de no mezclarse en nada.

Carlos volvió al periódico, para acertar en la página de sucesos. La foto de un cadáver ocupaba gran parte del recuadro. Su estado de descomposición, secundado eficazmente por una colonia de ratas, que lo tomaron por despena, justificaba el interés publicitario de la imagen. Le faltaba media nariz, el ojo derecho, y parte del labio. También un mechón de pelo, arrancado, según los técnicos, por el propio asesino. Un sádico indudablemente, que no pudo resistir la tentación de volver a contemplar su obra. Buen fisonomista, el marqués no tardó en conocer los rasgos de Eugenia. Ahora se explicaba su desaparición. Pero aquella mujer era demasiado fría, para dejarse arrastrar por un cualquiera a los desmontes. Posiblemente se trataba de un castigo, o una simple venganza. Quizás hablaba, demasiado. Sintió miedo, pues si las cosas llegaban lejos, no estaba fuera de lo probable que su nombre se viese mezclado en el asunto. El sudor de sus manos traspasó el papel.

Al día siguiente pediría las actuaciones. Si no había nada concreto o peligroso, diría que estaba intentando complacer la curiosidad de Cristina. En caso contrario, se vería obligado a destruir pruebas, y dar órdenes arriesgadas. Por segunda vez en poco tiempo, la vida le pareció injusta.

-¡Absurdo!

Su mujer alzó la cabeza, sorprendida al escuchar la palabra, que martilleaba su cerebro.

VIII

-¿Sabes que la encontraron?

Tete afirmó con un gesto. Estaba en todos los quioscos, anunciando la prensa de crímenes. Aquella publicidad le preocupaba, pues convertía el asunto en “sensacional”. Cuando la gente habla mucho, la policía resuelve las cosas por encima de todo. Habría redadas a cualquier hora, y el barrio se transformaría en nido de trampas. Cuanto antes cayese un culpable en chirona, mejor estaría la comunidad. Tras la confesión vendría la calma, pues también la pestaña tiene derecho al descanso.

Aunque nadie les vio por la Granja del Ciego, el paseo le preocupaba. No se podía excluir la presencia de algún chaval, o de un viejo curioso, escondido entre los desmontes, que hubiese seguido la escena, o parte de ella. Uno de esos que cuentan las cosas punto por aguja, apenas les hacen la menor pregunta. Si a los guardias les daba por ponerle la mano encima, entrarían en la rueda de los interrogatorios. Una vez dentro, es difícil salir con bien, pues se dice lo que no se quiere, y se firma, porque no queda otro remedio. Cuando llega el juicio todo está hecho. Y a esperar entre cuatro paredes que pasen los años, dejando marchar un trozo de vida, sin saber por qué ni para qué.

-Tenemos que evitar comentarios y encuentros. Cuando pase la calentura, no será difícil escurrirse.

Gervasio le miró sorprendido.

-¿Qué dices?

-Hay que andarse con ojo. Escurrir el bulto, y no encontrarnos por un tiempo, pues las cosas se van a poner joías.

Terminó el café.

-¡Andando! Contra menos se hable del asunto, más seguros estamos.

Rosy les siguió sin hacer preguntas.

Se atusó el pelo antes de llamar.

-¿Me permite el señor?

Don Manuel fumaba en la butaca, la cabeza limada por una corola de humo. Casi en posición de firmes, el chofer expuso los achaques de un flamante automóvil, que apenas había cumplido los veinte mil kilómetros.

-¡Está bien! Llévelo al garaje. Y no olvides que el lunes me hará falta.

-Ya sabe el señor que me gusta quitarle los grillos apenas aparecen. Así evitamos averías.

-Está bien... está bien...

Don Manuel expulsó a Ginés de su intimidad con un gesto suave, que el chofer se apresuró a obedecer. En la cocina encontró al resto del servicio: dos doncellas y la cocinera, que pasaban el día entre chismes, por no tener nada mejor que hacer, ni permiso para salir.

-¿Cenas en casa?

-No. Tengo garaje. ¡Así que hasta mañana!

-¡Menudo pinta estás hecho! ¡No te traes cuento con tus averías!

El muchacho sonrió.

-¿Y qué, quieres que haga? También tengo derecho a vivir.

El motor arrancó suave. Apenas dobló la esquina, detuvo el automóvil, para cambiar la corbata negra del uniforme, por otra rabiosamente escarlata. La gorra desapareció bajo el asiento delantero. Ya era un propietario con todo derecho, dispuesto a pasar la noche de juerga. Cada dos o tres semanas, el mecánico se transformaba en su propio patrón. Entraba en los sitios elegantes, pisando fuerte, se conquistaba mujeres de bandera, y hasta hablaba como si fuese un duque, porque lo había aprendido desde el volante. Incluso tenía tarjetas de visita, con doble apellido compuesto, que garantizaban su origen. Pero antes de jugar a los señores, convencido de tomar un anticipo a la vida, pues estaba seguro de ganar dinero algún día, iba en busca de su madre, para darle un paseo. La buena mujer, hija de chofer, y nieta de cochero, se extasiaba ante cuanto tuviese cuatro ruedas.

Aparcó frente a la tienda, haciendo respingar a doña Leocadia, siempre atenta a los frenazos.

-¡Venga madre! ¡Que nos vamos a tomar chocolate!

-¡Pero hoy no puedo cerrar la tienda!

-¡Bah! ¡Pá lo que le saca! Yo que usted la cerraba, y de una vez por todas.

La anciana se ofuscó.

-¡Eso sí que no! La heredamos de tu abuelo materno. ¡Y aquí tiene que seguir!

-¡Si tiene el capricho, por qué no! Pero la gente se va a los grandes almacenes. Los negocios como éste están condenados. Se lo digo yo, y usted... pues tiene que verlo.

-¡No hijo! Que todos los chiquillos del barrio pasan por casa. Se llevan todo. Del cuaderno a los caramelos.

-¡Porque les deja a fiao, y más de una vez ni pagan! ¡Ande! ¡Véngase conmigo, y déjese de

monsergas!

-Si nos llevamos también a Lucía... Estuvo esta tarde, y me dice que la tienes abandonada. A las novias hay que cuidarlas.

Ginés cedió de mala gana. Con la madre a su lado, se dirigió a casa de su futura mujer. Evidentemente, se casaría con ella, pues era buena para llevar una casa, y tenerle la ropa en condiciones. Pero las mujeres que le gustaban eran muy distintas.

Abrió la portezuela, para que la muchacha subiese.

-No me puedo quedar hasta muy tarde. A las diez tengo servicio y...

Por nada del mundo abandonaría sus proyectos.

Las miradas se clavaban en ella. Bolso de lujo, abrigo de pieles, zapatos flamantes. Bajó los ojos, intentando esconderse, sin conseguir otra cosa que excitar la curiosidad general. Su aspecto contrastaba en exceso con el resto de la concurrencia, vestida más que modestamente. El cuarto estaba lleno de olores, a cual más desagradable: sudor, fiebre, desinfectantes, impregnaban la sala de espera. Enfermos de barrio obrero, acogidos al seguro, que apenas pueden tenerse en pie, arrastran sus males por las calles, porque no tienen dinero para que suba el doctor hasta su casa. Desfilan de prisa, como si ni el médico, ni ellos, tuviesen tiempo para entretenerse en reconocimientos exhaustivos.

-Señora...

Cristina cruzó la estancia con la cabeza baja. Se preguntó por qué se sentía culpable e intimidada por aquellos desconocidos, producto de un mundo inferior y lejano, del cual nunca participó directamente. El consultorio era tan poco brillante como el resto del apartamento. Aunque le daba cierto asco, ocupó la silla de hierro despintado, sin esperar la invitación del médico. Éste la miró fijamente.

-Usted dirá...

Inició una larga explicación, cuidadosamente preparada. Según le había dicho el doctor de la familia, necesitaba un raspado de matriz. Como el buen señor no era ginecólogo, y el que le atendió al nacer su hijo, había partido de este mundo precipitadamente, decidió buscar un médico joven, que estuviese al tanto de los últimos adelantos.

-Pero usted no es del barrio. En el suyo, debe haber otros colegas. Tan jóvenes como yo, y probablemente más conocidos...

-Supongo.

-Entonces, ¿para qué desplazarse hasta aquí? Las ideas de la marquesa se embarullaban. No había sido difícil inventarse un nombre y unas señas, ni tampoco aprender los síntomas de la enfermedad, que justificaba la intervención, pero explicarse coherentemente ante aquel muchacho, que apenas ocultaba su desconfianza, le pareció complicadísimo.

-Me mandan los... Martín García. Creo que son clientes suyos. Me dijeron que ha hecho cosas magníficas. Son muy buenos amigos y...

El médico la interrumpió con un gesto.

-Lo siento, señora, pero el tipo de intervención que usted me pide no, entra en las que realizo.

-Me habían dicho...

-Le han informado mal. Lo lamento.

No quiso cobrarla, pero la acompañó hasta la puerta, como si temiese encontrarla más tarde, escondida en cualquier rincón.

Cristina cruzó la calle, hundiéndose en el coche. Llevaba una semana recorriendo consultorios de barrio, donde nadie la conocía, sin éxito alguno. Pensó que muchos de aquellos medicuchos debían provocar abortos en serie, cobrando cuatro cuartos, pero no querían atenderla, porque desconfiaban hasta el punto de rechazar su generosidad. Quedaba el recurso de recurrir a los amigos. Los que habían tapado los pecados de medio Madrid, ahorrando la incomodidad de un viaje al extranjero. Pero le daba miedo. Como Manolo, temía dimes y diretes, que comprometiesen su buen nombre.

El periódico llegó al pueblo con dos fechas de retraso. Como en otros sitios, lo pusieron en el escaparate de la librería, la foto pegada al cristal, porque los muertos, en malas condiciones, multiplican la venta. María Helena lo vio desde la acera de enfrente. Cuando estuvo lo bastante cerca para reconocer a la mujer, sintió un nudo en la garganta. Se quedó parada, intentando recuperar la calma, antes de acercarse al mostrador.

Pasó un par de horas encerrada en el chalet, repasando detenidamente el artículo. De que la víctima era Clara, su amiga, no cabía la menor duda. Hubiese querido dedicar más tiempo a su dolor, pero las circunstancias exigían rapidez. Necesitaba llegar al apartamento antes que la policía, borrando las huellas de su presencia junto a la muchacha. Si descubrían su intimidad, revolverían en el pasado, descubriendo actividades netamente delictivas. Al fin y al cabo, daba igual entrar en la cárcel por asesinato que por cualquier otra causa, susceptible de prisión mayor.

Cogió el primer tren. El jefe de estación la despidió con un “hasta pronto” y el de los billetes quiso darle un beso. Se sintió halagada, pues la amabilidad de los hombres indígenas no era hacia la fulana de lujo, sino hacia la madrileña en vacaciones, con dinero para tomarlas cuando otros están en el trabajo.

En el taxi apenas pudo esconder su impaciencia. Según se acercaba, iba mejorando la historia que había preparado, por si se daba de narices con los inspectores. No sabía nada, ni conocía a nadie. Fue a la casa por casualidad, para entregar un encargo que le hicieron en el tren. Un tal José Gómez.

El chofer la observaba.

-No puedo ir más deprisa, señorita.

-¿Quién le ha dicho que corra?

-Es que como la veo así...

Hizo un esfuerzo por dominarse. El apartamento estaba en orden. Ni siquiera había polvo. Probablemente, la asistenta seguía viniendo, como si no hubiese ocurrido nada. No era extraño, pues la mujer jamás miraba los periódicos, y atendía la casa aunque le debiesen, porque siempre terminaban pagando con puntualidad. Cuidando de no dejar huellas, recogió fotografías, ropas y libros, que guardó en una maleta, llenándola más de lo previsto. La penosa operación de conseguir cerrarla le hizo perder varios minutos. Esto dio lugar a que el portero terminase el desayuno, y se reintegrase a su puesto. Lo encontró vigilando la entrada del inmueble, con celo poco habitual.

-¿De viaje?

-Pues sí...

-¿Y la señorita Clara?

María Helena arrugó la frente. Era imposible que ignorase lo que había pasado. Curioso por naturaleza, no olvidaba leer el periódico antes de repartirlo, y en algunos casos, hasta la correspondencia. Pero esto no le obligaba a declararse informada.

-No tengo la menor idea. Hace varios meses que no escribe.

-Pues déle recuerdos.

-Lo mismo le digo... cuando la vea.

Se alejó, pensando que ambos mentían, porque conocían de sobra a la secreta.

Amelia le hizo recordar el problema de los uniformes. Ya estaba avanzado el otoño, pero Belí no daba señales de vida. Ir en su busca sería un medio de ocupar la mañana, olvidando preocupaciones, que empezaban a transmutarse en obsesión. La modista había cambiado de domicilio, trasladándose al final de Alcalá. Una chapa de porcelana, limpia y brillante, anunciaba el negocio desde el portal, y el nombre de la nueva inquilina.

El ascensor, de principios de siglo, más parecía silla de manos que ingenio técnico. Tapizado de damasco rojo, recordaba otros tiempos. Echó una mirada a los cables deshilachados. Probablemente los mismos que se instalaron cuando fue construido el edificio, con visos de casa de lujo, destinada a los hijos de la burguesía. El artefacto se puso en marcha lentamente, acompañado por múltiples ruidos, entre los que destacaba el temblar de las lunas. Una placa de bronce advertía que sólo podía con dos personas, y que estaba prohibido, por peligroso, utilizarlo para el descenso.

El timbre de campanilla sonó melodiosamente, lanzando al aire los compases del Avemaría. Abrió una joven oficiala.

-¡Qué alegría, señora marquesa! ¡Verá lo contenta que se pone doña Belí!

La acompañó hasta una pieza oscura, donde se apilaban muestrarios y revistas extranjeras. Cogió la primera que le vino a la mano. Modelos con años de antigüedad, retocados con gruesos trazos de bolígrafo. La modista adaptaba y transformaba cuanto concebían los grandes, atendiendo a los gustos y al físico de las clientas.

-¡Señora! ¡Cuánto bueno por aquí!

-¿Cómo no has venido? Ni siquiera te has molestado en llamar por si te necesitaba.

-Es que ando loca de trabajo. Desde que vine a este barrio, no tengo un momento libre.

-¿No estabas mejor allí?

-No, señora. Se ganaba menos, y además, ¡pasaron tantas cosas!

En la mirada de Cristina surgió la interrogación. Curiosidad social, carente de interés humano, pero que se agradece.

-Los hijos, señora marquesa, ¡no dan más que disgustos!

-¿Tuviste problemas con Blas?

-No señora, no. ¡Y esa que era el malo! ¡Fue la Isabelilla! Ya recordará usted que salía con un tal Ruiz. Un chico poco mayor que ella, de esos que se creen hombres antes de tiempo. Siempre andaba robando, y haciendo fecharías para gastarlo en vicios. Sus padres no hacían más que taparlo, por evitar que lo metiesen en la cárcel, y sacarlo de comisaría como Dios les daba a entender. ¡En mala hora! Cuando no era un coche, era un monedero. ¡Hasta ropa tendida se llevaba el galopín! Y con eso siempre tenía cuartos, con que invitar a las muchachas. Ya usted sabe lo que es. Se les ponían los ojos redondos, y allá se iban. ¡Como las moscas alrededor de una vela! Por fin le cogieron, pero sirvió de muy poco. El señor Fidel, que anda en la policía, y es del barrio, se encargó de echarle a la calle en dos semanas. ¡Y lo hizo! Cuando me enteré, no sabe lo que me entró. ¡Pues no quería casarse! ¡Cualquier día le dejaba mi hija, con la reguapísima que es!

Cristina alzó las cejas, sin comprender dónde paraba todo aquello.

-¿Qué hiciste?

-¡Con ese perdido! Me costó buenos dineros, pero arreglé el asunto. Se deshizo mismamente como si no hubiese habido ná. Pero ya sabe, en los barrios corren las cosas. Se habla. Me entró miedo, y como no quería verla deshonrada, me vine. La metí en las monjas. Está aprendiendo el oficio, y a enderezarse, ¡que no quiero más disgustos!

Se hizo la luz. Cristina sonrió para sus adentros, pensando que aquella mujer podía ofrecerle la solución soñada.

-Tendrías muchas dificultades para encontrar quien lo hiciese...

-De eso, ¡nada! Lo que costó fue buenas pesetas.

-¿Cómo te las arreglaste?

-¡Ay señora marquesa! Pues por una mujer que dio las señas. Ya sabe la señora que por aquí desfila de todo. De lo más alto, a lo más bajo... Pero son cosas que no se hablan. Lo tengo jurao.

Cristina agitó la melena.

-No es por curiosidad, ni para contarlo por ahí. ¡Te diré la verdad! Supongo que te acuerdas de la señora condesa. Aquella que te llamó hace dos años para coser disfraces.

La modista asintió. Había trabajado tres noches seguidas, porque recurrieron a ella en último momento. Pagaron mal, pero el resultado fue un éxito, y aumentó la clientela.

-¡Pues su hija está como la tuya!

Beli se llevó las manos a la cabeza. Que semejantes cosas ocurriesen en el mundo de los señores, escapaba a su comprensión, y aún más que no fuesen capaces de encontrar medios para solucionarlas. Convertida en confidente de semejante catástrofe, se sintió halagada y responsabilizada. Cristina continuó:

-No saben qué hacer. Podrían llevarla fuera de España, o meterla en una clínica de confianza, pero como el matrimonio anda separado, el padre no quiere que se entere la mujer. El otro día me preguntó si conocía una persona capaz. ¡Figúrate! No tengo ni idea, porque nunca he necesitado esas cosas. Y mira por donde, se me ocurrió venir a verte.

Beli sonrió. Por fin estaba segura de que la buscaban como aliada, casi de igual a igual. Le parecía un honor, muy por encima de sus merecimientos.

-La que conozco vive por San Francisco el Grande. Es de toda confianza. ¡Y limpia! Porque ya sabe la señora marquesa: en estas cosas hay de todo, y luego pasa lo que pasa. ¡Con decirle que fue la de mi hija! En mejores manos no puede caer la señorita Beatriz. ¡Ni un médico!

Cristina apuntó las serias cuidadosamente.

-¿Cuándo podrán ir?

-Hoy es buen día. Seguro que la encuentran en casa. Si no, el miércoles. Le dice que la mando yo. Que no tenga cuidado.

-¿Habla mucho?

-¡Una tumba! Nunca se le han oído comentarios. Por ella no hubo desgracia en ningún sitio.

La marquesa iba a despedirse, cuando recordó los uniformes.

-Un día de éstos te mandaré a las chicas... Porque veo que ya no vas a las casas. Se los haces como siempre. ¡No me gusta cambiar de modelo!

Bajó hacia el palacio de Oriente. Entresijo de calles, jalonadas de fachadas antiguas, carcomidas por el abandono. Aquí y allá, edificios apuntalados, en espera del restaurador, o de la piqueta. Aparcó en la plazuela. Valía más seguir la calle desde el principio, hasta encontrar el número, que pretender

descubrirlo desde el coche. La casa se levantaba en una esquina, junto a la fuente. Rejas de forja, encuadrando un portón claveteado. El interior, reformado a principios de siglo, conjugaba a duras penas un resto de palacio, con portería de vecindad. La caja de madera y cristales, cubiertos por visillos escoceses, que dejaba traslucir una bombilla amarillenta, cortaba el zaguán, hasta el pie de la escalera.

Cuando llegó al piso, hubo de recorrer el marco con la mano enguantada, para dar con el timbre. Unas zapatillas rachearon, y el chivato se iluminó, para cubrirse inmediatamente. Cristina sintió que la observaban.

-¡Vengo de parte de la Beli!

Sonaron dos cerrojos, y la puerta se abrió, descubriendo una mujer cubierta de arrugas, que la invitó a pasar. Entraron en el comedor salón, que recordaba tiempos mejores. Cristina se instaló en el sofá desvencijado, de color indefinido que descubría su mecanismo a través de la tapicería. Su anfitriona ocupó una silla de respaldo recto, a la moda de principios de siglo.

-Usted dirá.

La marquesa explicó el caso, sin rodeos ni aditamentos. ¿Para qué engañar? El disimulo se redujo a ocultar su nombre, que por otra parte, no le fue preguntado.

-Podríamos hacerlo ahora mismo, pero ya usted me entiende. Aquí no es seguro. Me conocen, puede haber ruidos, y cuando se paga poca renta, la portera tiene órdenes y propinas. La dueña está deseando echarnos a la calle para construir, y cualquier disculpa es buena, aunque sea metiendo un inquilino en la cárcel. En la otra casa no hay peligro. Estamos solos, y tenemos lo que hace falta. Le digo, y en toda confianza, que cuando esté dormida vendrá un médico. Trabajamos a medias, ¿entiende?

La marquesa asintió.

-Entonces, ¿para cuándo? Porque ya estoy casi de tres meses.

-A principios de semana. Me deja dos mil duros de adelanto, para los primeros gastos, y después... pues el doble poco más o menos. Es un precio fijo. Igual para todos.

Cristina sacó diez billetes flamantes. De todas formas, le parecía barato.

-¿Hasta el martes?

-No. El mismo lunes. Vaya para allá directamente.

Carlos colocó el periódico sobre la mesa, de manera que se viesan los dos huecograbados. En el primero, aparecía Eugenia con uniforme penitenciario. En el segundo, su cadáver mutilado. Ahuecó la voz.

-¡Adelante!

El perfil de Matías quedó recortado en el tapiz flamenco del hall. Fernanda avanzó con naturalidad, mostrando su capacidad para adaptarse al nuevo ambiente. Quien no la conociese, podía confundirla con “una señora de cuna”, como dicen en los pueblos. El marqués le indicó la butaca vacía.

-¿Quiere tomar algo?

Aceptó como siempre. Le halagaban aquellas invitaciones, pues por un rato trataba de igual a igual con seres encopetados, que sólo podía encontrar por razones profesionales.

-¿Té o whisky?

-Té, por favor.

Matías se eclipsó, disponiéndose a cumplir el encargo. Carlos buscó una posición, que le permitiese observar las reacciones de la mujer.

-¿Hace mucho que no ve a Eugenia?

Fernanda se sobresaltó. El marqués jamás hablaba de su predecesora.

-Bastante. Ya le dije que se fue de viaje.

-¿Vivían juntas?

Buscó la respuesta, procurando evitar un error que dejase al descubierto la verdad.

-A temporadas. Dependía del trabajo... y de sus planes. Muchas cosas.

-Es decir, que había incompatibilidades.

-Bueno... se puede llamar así. El hecho es que no nos llevábamos muy bien. Por eso nos separamos, aunque siempre volvíamos a juntarnos. Hasta la última vez. Pienso que ha encontrado algo fijo.

Carlos empujó el periódico hacia ella.

-¿Ha visto esto?

La mujer no pudo reprimir un gesto de repulsión.

-¿Quién no? ¡Ha sido horrible! Esas pobres de la calle.

El marqués se cubrió de severidad.

-Usted sabe que no era una mujer de la calle.

Fernanda le miró sorprendida, preguntándose si aquel hombre pretendía burlarse de ella, o simplemente hacerle la moral, en base a un suceso que le habla impresionado. A veces les daba por ahí, como si atacando pecados ajenos pudiesen borrar los propios.

-Eso dice el periódico. ¡Hasta la violaron estando muerta!

-No se dedicaba a la prostitución.

La afirmación sonó clara y seca. Fernanda sintió miedo. Le habían advertido que muchos clientes paraban en locos. Observar su evolución era parte del trabajo, pues si notaba reacciones extrañas debía advertir inmediatamente, para que se cortase el servicio. Donde se enredaban médicos, el incidente más nimio podía ser peligroso.

Carlos continuó.

-Nunca fue prostituta. Al menos, desde que yo la conocí. Si andaba con hombres, lo hacía en hoteles de lujo, y con caras conocidas. Cosas seguras, que no dan lugar a incidentes. Le pagaban pocas veces, y más bien lo hacía por amistad. Ni siquiera por gusto. Según me dijo, vivía con una amiga, y prometió que si había problemas, la mandaría en su puesto. Por eso su llegada no me extrañó en absoluto.

Fernanda sintió que el tiempo giraba en su cabeza.

-Pero yo no vine de parte de esa muerta. ¡A mí me mandó Eugenia!

Los ojos del marqués se llenaron de indignación. No admitía tomaduras de pelo.

-¡Y ésta es Eugenia! La conozco perfectamente, porque la he tenido muchas veces sentada donde está usted. El nombre es lo de menos, porque en trabajos arriesgados se los cambia hasta el gato. Un día desapareció, y ahora me explico por qué. La tenían escondida en cualquier parte, preparándola a una muerte absurda.

La mujer sintió un escalofrío. Su predecesora no estaba en la cárcel, ni se había cansado del oficio, como creyó entender, reuniendo frases sueltas de don Aurelio. La mataron porque estaba de sobra.

Presintió que cualquier día le pasaría lo mismo, y que nadie vendría con reclamaciones. Aquello pudo hacerlo cualquiera. Incluso el marqués. La frase escapó en un susurro.

-¿Cuándo la vio por última vez?

-Antes que usted. No le quepa duda... Ahora tendrá la bondad de satisfacer mi curiosidad, dándome detalles. Quiero conocer sus relaciones, las causas de tan macabra decisión, y el final. En fin, la historia completa.

Fernanda hipaba nerviosamente.

-Yo no... ¡se lo juro! ¡Ni la conocí nunca!

Carlos se puso en pie, inclinando el busto hacia ella.

-¡Se acabaron los nervios! En este asunto estamos los dos comprometidos. ¡Pese a mi posición! Necesito saberlo todo. ¡Es la única forma de poder arreglar las cosas! Comprenderá que no la he matado yo, ni mandado matar. ¡Tengo otras cosas que hacer! Pero si alguien me relacionase...

Las lágrimas desaparecieron, ahogadas por un temor, más concreto e inmediato que el de un posible atentado.

-Yo no la vi jamás. Cuando me contrataron, me dijeron: “Les dices que vas de parte de Eugenia”. Lo repetí como un loro, sin saber quién era esa mujer, ni meterme en averiguaciones. Usted opina que es la muerta, y le creo, porque sus razones tendrá. Pero no sé nada, ¡se lo juro! De los demás clientes ni uno solo me ha tocado el tema.

Carlos la cogió por los hombros, para mirarla al fondo de los ojos.

-¿Está segura que ni siquiera escuchó un comentario?

La mujer agitó violentamente la cabeza, intentando desasirse. El marqués la soltó, para recorrer el despacho. Como de costumbre, los nervios le obligaban a moverse.

-¡Está bien! No diga una palabra de lo que hemos hablado.

-Yo... ¡Pues voy a preguntar! Me ha entrao miedo.

-¡Ni se lo ocurra! Si creen que sospecha de algo, no doy un duro por su pellejo. Es gente sin escrúpulos, que no se para en barras, porque juegan fuerte. Estas cosas sólo interesan cuando salpican. Y aún no pasó nada. Usted no sabe una palabra, ni yo he reconocido a nadie. ¿Comprendido?

Fernanda reflexionó. Aquel hombre tenía razón.

En esta vida, mantener la boca cerrada es el mejor medio de conservarla.

La brigadilla de la criminal se repartió por los bares. El Yeyé Y el Bigotes entraron en el Oasis. Acercándose a la barra, tendieron dos fotografías al Josele, que las examinó con aplicación.

-Ya lo vi en el periódico. Ha sido horrible, ¿verdad?

El policía hizo un gesto de impaciencia.

-No queremos tu opinión. ¿La conoces, o no la conoces?

El barman alzó los hombros.

-Viene tanta gente... lo que sí puedo asegurarle es que no era cliente habitual.

Tete apenas dedicó una mirada al díptico.

-Nunca la he visto.

Yeyé sonrió. Le divertía jugar al gato con aquellos ratones, que se enredaban negando evidencias, cuando hubiese sido más rentable admitir la verdad.

-Fíjate bien... y quizá cambies de idea. Se llamaba Marta Álvarez... entre otras cosas. Hace unos años vivió en la calle Arcipreste. En el ocho. Tu andabas por allí...

-Es posible. ¡Pero no con todo el vecindario!

-¡Haz memoria! Quizá Clara Martínez o Charito Sánchez te digan algo más.

Tete miró la pared.

-Le digo que no la he visto nunca. Además, ya lo sabe usted. En esta vida, las aves de paso se olvidan pronto.

Yeyé se alejó, para interpelar a otros clientes. Entretanto, el inspector Bigotes se entretenía con la Lili. No era chivata, pero tampoco hacía demasiados ascos a las ventajas que reporta un buen servicio. Bastaba con presentarle las cosas en condiciones, de manera que pudiese negar, si los amigos se amoscaban, para que contase la vida y milagros del más pintado.

-Alguna vez me compró tabaco. Bajaba poco, y siempre con una amiga. Una chiquita morena, entrada en carnes, que parecía retirada de la carrera. Debía ser de provincias. En otros tiempos, la muerta andaba por aquí, y en sitios peores. Pero últimamente había cambiado de aires. Andaba con gente de corbata, de la que se mete en negocios que dan dinero. Pá mí que se movía en mundos muy raros: salones, hoteles de lujos... y lo mismo... Bueno, se lo digo como lo siento.

-Se dice que estuvo con el Tete.

-Pos no le diría que no. Ése ha tenío tantas, que cualquiera se acuerda. Claro que fue mucha mujer pá él. No lo veo metío en el ajo. Se lo digo de corazón. Será ladrón, pero no mata ni una mosca.

Bigotes abandonó, convencido de haber sacado el máximo. Aunque llorasen a la muerta -y nadie parecía lamentar su desaparición-, no soltarían prenda. En el barrio había miedo a la policía, pero más a los otros. Cuando las drogas aparecen como fondo, todo se complica. Donde corre dinero a espuestas, no hay lugar para hermanas de la caridad.

El estómago le molestaba. Siguiendo los consejos de la comadrona, se había privado del desayuno, limitando el almuerzo a los cuatro bocados indispensables, para no llamar la atención.

-¿Qué haces esta tarde?

-Voy de compras.

-¿Volverás pronto?

-No lo sé. Es posible que me retrase.

Buscó la calle en el plano para no equivocarse. Es imprudente hacer preguntas, cuando se prepara un acto contrario a la ley. Había estado muy pocas veces en aquel barrio de chalets carcomidos, concebido para ser colonia residencial, pero condenado, desde el primer momento, a zona popular de mala nota, porque las dueñas de burdeles lo eligieron para instalar su negocio. Tras la prohibición, quedó para extranjeros dedicados a negocios oscuros, algún artesano, y familias obreras, atraídas por la baratura del alquiler.

Se perdió varias veces antes de encontrar el callejón, cerrado por una muralla sin alicatar. La casa, de una sola planta, estaba entre una ruina y el taller de un carpintero. El ruido de la sierra mecánica lo llenaba todo.

Empujó la cancela. Dos plátanos sin podar se levantaban sobre una pradera, que crecía desordenadamente, salpicada de matojos. El asfalto de los caminos aparecía rajado, y se despegaba

en placas. Incluso la puerta, de madera carcomida por la humedad, contribuía al abandono del jardín. Una guita mugrienta colgaba del quicio. Tiró con fuerza, haciendo repicar la campanilla. Nadie contestó.

Repitió la operación varias veces, sin obtener resultado alguno. Entonces decidió rodear el edificio. Ventanas cerradas, con las juntas llenas de polvo, y aspecto de no haber sido abiertas en muchos años. Cristales rotos, que nadie se preocupaba en reponer. La entrada de servicio estaba clavada por fuera. Aporreó la tablazón con el tacón del zapato, haciendo saltar astillas podridas. La cabeza del carpintero apareció sobre la valla.

-¿A quién busca?

-Unos amigos que viven aquí... Me dieron sus señas en Venezuela.

El hombre ladeó la mirada.

-Se habrán ido. El chalet se vendió hace más de diez años. Por cuatro gordas. Desde entonces no vive nadie. Los dueños le dan una vuelta de cuando en cuando, pero no se les conoce. Son gente rara. Yo que usted dejaba estar. Se dicen muchas cosas sobre ellos...

-Pero...

-Estoy en que no venden porque hay gato encerrado. Más de uno ha querido comprar eso, pero no los encontraron nunca. A veces se escuchan gritos, como si estuviesen torturando a una persona. Hará un mes estuve tentado de ir a la policía. Luego lo dejé, porque son cosas de mucha historia. Ya sabe usted cómo andamos con los negocios pequeños. ¡A saltos con la hacienda! Ya le digo: no son de fiar.

Cristina asintió, aunque conocía perfectamente el origen de los extraños ruidos, y la razón del disimulo.

-¿Está seguro de que no hay nadie?

-¡Y tanto! Ni ayer, ni hoy, abrieron la puerta. La última vez que los vi fue hace dos semanas.

-Podrían haber entrado cuando estaba distraído ...

-¡Qué va! Siempre ando al cuidao, porque aquí no hay mucho entretenimiento. Y de encargos... Cada año nos quedamos más solos, con eso de la nueva Gran Vía. Dicen que tirarán todo esto. Y luego están los fabricantes...

La marquesa decidió abandonar. Aquel tipo era demasiado curioso para facilitar las cosas. Se prometió advertir a la comadrona, que quizá hubiese cambiado el lugar de la entrevista, por culpa del entrometido. Decidió volver al piso de San Francisco. No quedaba otra solución.

Esta vez cruzó el portal con paso seguro, como si se tratase de algún familiar de la casa. La silueta de la portera se dibujó tras los visillos. Sombra estática, ajena a cuanto ocurría fuera de su cuchitril. En aquella zona, inhibirse de las actividades de los vecinos y la presencia de extranjeros, era virtud preciada. No defecto.

Llamó, sin conseguir respuesta. Entonces pegó la oreja a la ranura, procurando captar los ruidos. Del otro lado sólo llegaba silencio, cortado por el silbido del viento, que se colaba por la junta de alguna ventana. Temió ser víctima de un timo, y mal- dijo a Beli, la modista de "toda la vida".

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, descubrió el blanco del papel. Estaba pegado en la junta de las hojas. Acercó la llama del mechero. El sello del juzgado se dibujaba nítidamente, y también el texto. El piso había sido clausurado, por orden de la autoridad. La fecha era la del día. Le temblaron las piernas, y sintió deseos de desmayarse, pero no lo hizo. Con un esfuerzo, inició el

descenso, apoyándose en el pasamanos a pesar de la mugre. Bajaba despacio, y casi sin ruido. Esto debió sorprender a la portera, que asomó la cabeza. Su boca desdentada se pegó al cristal, para lanzar con sorna la noticia.

-¡Si busca a la Herminia, lléguese a la cárcel! Se la llevaron porque una tía la espichó ahí riba, en la misma mesa del comedor.

Una chiquilla jugaba en la acera, saltando los cuadros del avión. Interrumpió el juego, para mirar a Cristina con socarronería. Su carcajada seca cortó el aire. Vicio y odio prematuro. La marquesa aceleró el paso. Necesitaba alejarse. Volver a la limpieza de su casa y la paz del barrio residencial. Hundió el acelerador, huyendo descaradamente.

Encontró a Carlos esperándola.

-No sé si te habrás dado cuenta, pero ya faltan pocos días para la cacería. Ese pobre Rafael es incapaz de organizarlo todo.

-¡Llámale!

-Hablamos esta mañana. El problema de puestos y ojeadores lo tiene resuelto. Es lo suyo. ¡Pero no pretenderás que organice también las comidas y el servicio! Me puse de acuerdo con Miguel, el del Club. Servirá lo que sea, pero necesita órdenes. ¡Ni siquiera sabe para cuántos!

Cristina suspiró. Como de costumbre, los compromisos sociales arrollaban su problema personal. No le quedaba otro remedio que relegarlo a segundo plano, al menos hasta que terminase el festejo.

-¿Funciona el agua caliente?

-Supongo que sí. Si hubiese encontrado pegas a la hora del baño, Luis ya estaría de vuelta.

-Eso es verdad.

Cristina se levantó para buscar la agenda. Había que contabilizar invitados, preparar menús, discutir precios... Como todos los años.

IX

Fernanda ocupó la mesa de costumbre. Cuando se acercó el camarero, pidió un whisky. No le gustaba, pero se acostumbro a beberlo porque era bebida cara, que sirve de tarjeta de visita e inspira respeto al personal. La masa se agitaba en la pista, siguiendo el ritmo de la orquesta. Gestos independientes, que insertan al individuo en un conjunto desordenado, donde la contorsión uniformiza. Una jaula colgaba del techo. Cuatro muchachas se movían en su interior, sonriendo continuamente. Debían estar cansadas, pero era su trabajo. -Buenas noches.

Un frío intenso recorrió la columna de la mujer. Aún tenía la carne de gallina cuando don Aurelio se sentó a su lado.

-¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo al amor?

-No... Es otra cosa... Como si estuviese muerta...

Le salió sin querer. Los músculos de su vecino se crisparon, y el cuerpo se endureció.

-¿Es que la relación con nuestros clientes te recuerda cosas tan... desagradables?

Fernanda intentó sonreír.

-No... nunca. Ha venido sin saber de dónde. Viendo a la gente. Me da miedo. Como si todos fuesen enemigos, que quisieran matarme.

Don Aurelio enseñó los dientes, con crueldad mal disimulada.

-¡Ten cuidado! Sé por experiencia que la muerte llega cuando se la teme. Es como si la llamasen. Para que se aleje, debes ser firme... y discreta. No te entretengas con los periódicos. Más vale no leerlos, pues hacen decir y pensar tonterías. Cosas que se deben callar. O mejor, ignorar. ¡Pero tú no las dices nunca! ¿Verdad?

La mujer negó con un gesto. Tenía la lengua tan apretada, que apenas podía articular. La mano de don Aurelio recorrió su cuello. Una caricia lenta, que se cerró suavemente a la altura de la laringe.

-Apretar un poco, ¡y ya está! Eres una mujer inteligente, y por eso, no debes preocuparte. Además, ¡aquí estoy yo para protegerte! ¡El único que puede hacerlo!

Se separó, para coger el bolso de Fernanda. Lo abrió sin disimulo, recogiendo el sobre del dinero, que sustituyó por un paquete. Operación cien veces repetida a lo largo de la noche, que sabía realizar con la mayor naturalidad.

-Ahí tienes tu parte, y la mercancía. Supongo que no te habrás equivocado en las cuentas. Es una clase de error que puede traer consecuencias. Ahora diviértete. Lo mereces.

Don Aurelio se dirigió a la pista, para enlazar el cuerpo de una muchacha que se movía solitaria, exhibiendo su sexualidad desbordante. Fernanda se volvió hacia la barra, para buscar una pareja adecuada que le ayudase a pasar la noche.

El negocio no marchaba. Racha de mala suerte, que Gervasio achacaba al cadáver, y Tete a lacostumbre de pagar con cheques. Las consecuencias recayeron sobre la Rosy. Como en los viejos tiempos, tuvo que bajar al Oasis para ofrecerse al mejor postor. Esto alteraba el humor de su compañero, que sentía la carcoma de los celos como nunca en su vida. Los disimulaba a fuerza de voluntad, porque había que sacar dinero de alguna parte, pero le provocaban accesos de cólera, perfectamente injustificados, que alternaba con períodos de amabilidad exagerada, pretendiendo compensar lo uno con lo otro. El efecto de sus cambios de humor duró poco tiempo. Tanto Gervasio como la muchacha tomaron la decisión de cerrar los oídos al grito, y aceptar las bondades como fruta del tiempo. Poseo solitario, Tete hubo de resignarse a descargar su rabia en viandantes inocentes y chavales descarados, que no escatimaban contestaciones, tan rápidas como desagradables.

Aquella noche le había dado por los cariños. Rosy le siguió la corriente, con la esperanza de que se calmasen, antes de llegar la clientela. Apenas apareciese, arrugaría el ceño, creando dificultades, pues nadie se acerca a una mujer cuando amenaza tormenta. Decidió alejarle, porque también necesitaba dinero.

-¡Arrea! ¡No tengo tabaco!

Tete se levantó, solícito.

-Voy a buscarlo... pero no te muevas hasta que vuelva.

Se quedó sola. Josele le hizo señas, indicando las botellas de la estantería. No le gustaba tener chicas sin consumición. Daban mal tono al negocio, y despertaban el interés de los inspectores. La muchacha se disculpó.

-Aguanta un pelo que vuelva ése. Ando sin cuarto.

Se escuchó un frenazo en la misma puerta. El barman se volvió hacia la máquina de café y accionó las palancas en un ataque de actividad febril. En la sala, revuelo de faldas y carreras sin sentido.

Hubo quien se limitó a esconder la cara, empeñándose en ignorar el peligro, como si pudiese conjurarlo, y quien se precipitó hacia los lavabos, con la esperanza de encontrar abierta la salida de socorro.

Tres hombres irrumpieron en el local.

-¡El Merino!

La noticia llegó hasta las últimas mesas. Petra dejó correr las lágrimas y Rosy se estiró, procurando mostrar indiferencia. Su pecho se agitaba, haciendo bailar el volante del escote. Un policía se plantó a su lado.

-Eres nueva, ¿no?

La muchacha lanzó una mirada, llena de indignación.

-No sé qué quiere decir.

El joven se encogió de hombros.

-¡Venga! ¡Papeles!

Rosy rebuscó en el bolso, tendiendo una tarjeta de identidad, cuidadosamente protegida por una funda de plástico. Como todo el que se mueve al margen de la ley, cuidaba con mimo los documentos.

El Merino ni se molestó en mirarla. La cogió, sepultándola en el bolsillo de su gabardina, donde ya guardaba un buen paquete. Rosy sintió ganas de gritar.

-¿Y eso?

-¡Que te vienes con nosotros, preciosa!

-¡No estoy sola! Mi novio salió para comprarme tabaco. Vuelve ya mismo.

El policía se volvió hacia Josele.

-¡Tú! ¿Qué dices?

El barman carraspeo. No le gustaba enredarse en explicaciones.

-Yo... pues la verdá. No conozco las relaciones de la clientela. Sí que me pareció verla acompañada hace un momento. De otra cosa, no sé.

-¡Está bien! Si viene el tipo, lo mandas pá comisaría. En caso de que no la encuentre, que se alargue al juzgado de Peligrosidad. Allá pue reclamar.

Rosy protestó.

-¡Trabajo! ¡No tiene derecho a detenerme!

-¿En qué, pimpollo?

-Soy modista.

El policía rió.

-¡Descosiendo calzones! ¡Vamos!

La cogió de un brazo, arrastrándola hacia la salida. La chica intentó defenderse.

-Tranquilita, que te trae cuenta.

-¡Es un atropello!

-Más te vale callar. Las cosas se complican fácil. ¡Ya te lo dirán tus amiguitas en el coche! No es como antes cuando la Gandula (1).

Obedeció, porque no quedaba otro remedio. La cabeza alta, y los labios apretados, trepó a la

camioneta, ocupando un hueco libre en el asiento de madera. Las mujeres se apretaban unas contra otras. Conscientes de su impotencia, se abandonaban al destino, sollozando quedamente, o lanzando insultos, que sólo servían para desahogar su indignación. Los de la brigada no se molestaban en escucharlas. Aquel ruido formaba parte de la rutina diaria.

El chofer asomó a la ventanilla.

-¿Qué? ¿Completo?

-Aquí siempre llenamos.

-¡Ya era hora! No veas las ganas que tengo de terminar.

(1) Ley de Vagos, sustituida por la de Peligrosidad Social en 1972.

Lilí le entretuvo con la historia del crimen. Intercambiaron noticias sobre la marcha de las investigaciones, e hicieron votos porque se descubriese al culpable. Estaban de acuerdo en calificar de injusto el trato que la policía destinaba al barrio, apenas ocurría un incidente, y se juraron cambiar de aires, cuando se presentase la ocasión. Promesa repetida con regularidad, que se olvidaba sistemáticamente al restablecerse la calma. Se separaron, seguros de enfrentar un destino incierto, impuesto por terceros.

Iba por la acera, cuando una mujer se colgó de su brazo. Estaba sofocada. Entre dos suspiros, comunicó la noticia.

-La primera redada, ¿sabes?

Aunque la riada de gente venía del Oasis, Tete no apretó el paso. Lo que tenía que pasar ya habría pasado, y no era cuestión de mezclarse en el asunto. Deseó con toda su alma que Rosy hubiese tenido tiempo para escurrirse, pero no intentó mover un dedo por ayudarla. Vieron ponerse en marcha la camioneta, y evitaron la luz de los faros, entrando en un portal. Silenciosos, muy juntos, dejaron pasar el peligro.

Después siguieron hasta el bar, que presentaba un aspecto desolador: sillas caídas, vasos rotos y bolsos abandonados. Josele bebía, reponiéndose del sofocón, para poder restablecer el orden. Los objetos perdidos pasarían al vestuario, almacenados en un rincón hasta que llegase el momento de restituirlos. Las que tuviesen suerte, volverían al día siguiente. Las otras, al mes, o cuando pasasen varios años.

-¿Y la Rosy?

-P'al maco va...

-¿Quién?

-Merino y el Pecas. Como es blanca, lo mismo la sueltan. Venían de mala leche.

-Invita pá que pase el mal trago.

El barman se ejecutó. En tales casos, se imponía la generosidad. Copas para los amigos, que pagarían los clientes.

-¿Podemos sentamos?

-Yo diría que sí. Nunca vuelven en la misma noche.

Tete eligió otra mesa, por si la primera daba mala folla. Tras somero examen, decidió que la propia providencia puso aquella mujer en su camino. Andaba bien de formas y no le faltaban cualidades. Podía proporcionar una renta aparente, que hasta daría para meter paquete a la Rosy. Esto

tranquilizó su conciencia, permitiéndole iniciar el negocio con el espíritu en calma.

Por ser la primera noche, la llevó a su cuarto. Le gustaba conocer a las personas antes de liarse en cosas de dinero. Incluso Gervasio pasó por la prueba, pues la experiencia le había enseñado que, sólo en la cama, se puede saber con quién se juegan los cuartos.

El comisario tendió la tarjeta a un policía de uniforme.

-Mírame esto. Quizá lo tengamos por alguna parte.

Resy dio una patada en el suelo.

-¡Si le digo que no me han detenido nunca!

-Es pura formalidad. Por otra parte, si las creyésemos a todas, no habría más que blancas. ¡Sal y espera!

Se cruzó con la Antonia. Llevaba la cabeza baja, pensando probablemente en sus fichas. Ni Dios, ni la caridad, podían librarla de un par de meses.

Las mujeres se alineaban en los bancos, como muñecos del pim pan pun. Chorretones de maquillaje manchaban las mejillas, y el rojo de los labios desbordaba los bordes de la pintura. Se hizo un sitio entre dos que conocía de vista, pues no le gustaba sentirse sola.

La habitación estaba sucia. Mucho más que el apartamento del Tete, cuando la subió por primera vez. Había colillas y escupitajos, esparcidos por el suelo de madera, que nadie debía limpiar. Pidió un cigarro. El guardia de servicio alargó su cajetilla. Aquellas mujeres le daban pena, y además le caían bien. Ayudaban a pasar la noche con sus ocurrencias. Desafío inocente a la autoridad omnipotente, que tenía por fin demostrar cómo aún conservaban el derecho de ser. Las conocía de sobra, pues volvían mil veces, por delitos cuya causa llenaba las cárceles: el hambre endémica.

Una mujer extrañamente elegante, que ignoraba ostensiblemente cuanto la rodeaba, cruzó hacia el despacho. Rosy admiró su gesto.

-Es la Marta. Va para ocho meses lo que lleva cumplido en este año.

-Entró con mal pie. ¡Y mira que se lo dije! Como no se vaya de Madrid, tié pá largo.

-El otro día me la encontré. Está trabajando en una cafetería.

-¡Y eso qué tié que ver! Del mostrador te sacan, aunque no hagas ni un guiño.

La que hablaba no había tenido tiempo de quitarse el uniforme. Bata rosa; cofia y delantal blanco.

-¡Las cosas! Cuando les da por ti no hay ná que hacer. Lo único, buscar enchufe en la estaribé.

Chuli sonrió.

-Como esté de turno la señorita Amelia ya me lo tengo sabido. Entro de voceadora.

-¡Suerte que tienes! A mí me la tié jurá. ¡No me ha hecho fregar ná por esas galerías!

Jacinta alzó los hombros con hastío.

-Hasta pintarles la casa les hice. No fueron quién de meterme en paquetes.

Rosy escuchaba atentamente aquel informe, que le permitía tomar contacto con un mundo desconocido. Petra se volvió hacia ella.

-A ti te sueltan de seguro. Libras por blanca. Pero ándate con vista, que aluego te buscan donde te metas.

La nombraron.

-Cuando llaman dos veces es que no te quieren a la sombra.

El corazón le dio un vuelco.

Encontró un comisario sonriente. Aquel veteje, a dos dedos del retiro, disfrutaba dando buenas noticias. Su roce continuo con el delincuente, le había llevado a respetarlo en cierto modo. Más de una vez se sorprendió sintiendo piedad y cariño hacia ellos. Vicio incipiente, que dominaba como buenamente podía, exagerando la severidad del gesto.

-Por esta vez no hay problema. ¡Pero ándate con ojo! Si vuelves por aquí...

Un hombre jovial irrumpió en la sala. Sonreía a diestro y siniestro, acaparando la atención de cuantos encontraba.

-¿Qué? ¿Tenéis redada?

El comisario asintió.

-¿Y lo tuyo?

Se enzarzaron en una conversación plagada de gestos, y sobreentendidos, de la que Rosy no entendía una palabra. Permaneció inmóvil, esperando su tarjeta de identidad. Se sintió tentada de reclamarla, pero no se atrevió. Eso sí, no estaba dispuesta a salir sin el documento.

El recién llegado se fijó en ella, recorriendo su cuerpo con una mirada burlona, que se detuvo a la altura de los pies. La muchacha adoptó su postura más seductora, y la última frase del comisario quedó en el aire, sin recibir contestación.

-¿Sueles llevar esos tacones?

-Siempre ando con tacones. No soy de las que van planas, como una criada.

El policía se volvió al jefe de despacho.

-¿Me la dejas un rato?

-Pensaba soltarla...

-Es que se me ha ocurrido una idea. Sobre el caso... ¿entiendes? Puede no dar resultado, pero nunca se sabe.

El comisario abrió los brazos. Jamás negaba un favor a los amigos.

-¡Es tuya!

Aquel inspector de cabeza descubierta y jersey de cuello alto, inspiraba confianza. Rosy le siguió sin recelo a través de escaleras y pasillos, hasta un pequeño despacho, situado en el último piso. No había sillones como en el bajo, ni barandilla que separase al público de la autoridad. Una mesa sobre la que pesaba la vieja máquina de escribir, a lo visto indispensable, y dos sillas de madera, constituían el mobiliario. Todo estaba cubierto de polvo. El policía sacó su pañuelo, pasándolo sobre el asiento, que después le ordenó ocupar. Tras realizar igual operación para sí mismo, se instaló frente a la muchacha.

Ésta se preparó a responder preguntas o satisfacer caprichos. No sería la primera vez que semejantes invitaciones terminaban jodiendo en el suelo. Un incidente que solía reportar beneficios, hasta que paraba en perjuicios por culpa de chivatazos.

-¿,Cuando sales al campo también llevas tacones?

-No me gusta el campo, pero si tengo que ir... pues no los dejo atrás. Hacen las piernas más bonitas, y la primera preocupación de una mujer debe ser gustar a los hombres.

El inspector la miró al fondo de los ojos.

-No quiero líos con el Tete. Me gusta que andes con él. Tiene fama de buen chaval.

Rosy se pegó al respaldo. Su instinto le anunciaba peligro.

-¿Y eso qué tié que ver?

-Cosas. Sé que eres su hembra desde que se le marchó la Fernanda.

La muchacha se estiró con dignidad.

-Es asunto mío.

El policía alzó la mano, dejándola caer sobre el tablero. Más que violencia, el gesto denotaba aburrimiento.

-¡Claro, claro! La verdad es que tu vida no me interesa. Sólo quiero saber si sigue repartiendo por la Laguna Negra, en una casa que le dicen del Ciego.

Los labios de la mujer se crisparon. El inspector le hizo comprender que su gesto, indiscreto, no había pasado desapercibido.

-¿Estuviste hace mucho?

-¿Andé?

-Allá riba. Con la muerta.

La chica se puso en pie.

-¡Ya está bien! ¡No sé ná de muertos ni de vivos! Vine porque se equivocaron los de la brigada. El comisario me ha dicho que puedo largarme. ¡Así que me largo!

El hombre soltó una carcajada.

-Ahora soy yo quien manda, y te quedas.

Iba a protestar, cuando se abrió la puerta. Dos tipos de paisano se colocaron a su espalda. El inspector se dirigió a ellos.

-Vamos a ver qué nos cuenta la palomita.

Empezaron las preguntas. Venían de todas partes, sin darle tiempo a pensar las contestaciones. Más asustada que agotada, Rosy optó por el silencio. Fijando la mirada en un punto, cerró los oídos, como si todo aquello no fuese con ella. El inspector frunció las cejas, transformando su cara en máscara terrible.

-¡No me gustan los mudos!

La bofetada llegó por detrás. Una punzada atravesó el oído de la chica.

-¡Venga! ¡Ya estás cantando!

Intentó hacerlo, pero no podía. Los golpes se estrellaron sobre sus hombros, en el nacimiento del cuello y la espalda. Rápidos y limpios, sin dar lugar ,a un respiro. El cuarto daba vueltas. Empezó a ver colores y formas inconcretas, que al fin se perdieron en una nube. Cuando recuperó la consciencia, el sol se colaba por las juntas de la ventana. A su alrededor, todos sonreían.

-Has sido buena chica. Te mandaré al juzgado, porque no queda otro remedio, pero escaparás bien. Una condena sin importancia. De las que pasan en cuatro carreras por el patio.

Rosy no acertaba a explicarse cómo había podido manifestar una bondad que, en definitiva, la mandaba a la cárcel. El inspector siguió hablando.

-No tienes nada que ver en el asunto, y lo sabemos. Puedes estar tranquila. Lo otro... En fin. Buscaremos la manera de que te lo echen a la espalda. Eres primeriza. Además, tengo el criterio de que cada uno debe buscarse la vida como quiera, a condición de no traernos demasiadas complicaciones. Te descargo en el atestado, ¡y sé hacerlo!

Rosy reunió sus pocas fuerzas, para articular una pregunta coherente.

-¿Qué hice?

El policía palmeó cariñosamente su espalda, provocando nuevas punzadas.

-Contarnos todo, y eso está bien. Te aseguro que gracias a ti aclara un caso importante. Se te tendrá en cuenta. Y ahora firma.

El papel estaba escrito a máquina. Levantó la mirada hasta el encabezamiento, pero una mano presionó su nuca, obligándole a desviarla.

-¡Te digo que firmes! ¡No que leas!

-Pero tengo derecho. ¿O no?

Otra vez apareció la máscara, que cambiaba al inspector en monstruo.

-¡Los que yo te conceda! —el policía dulcificó su expresión—. Te aseguro que puedes tener confianza. Antes de un año volverás al sol. ¡Limpia como los ángeles!

El bolígrafo tembló en su mano. Estampó el nombre lentamente, dibujando cada letra.

Abrió los ojos antes de dar las nueve. La costumbre de muchos años de trabajo, le impedía dormir las mañanas. Sobre la almohada, se desperdigaba la melena teñida de su compañera. El cansancio de una noche agitada estaba reflejado en profundas ojeras, y la edad, en las arrugas de una carne fofa. La boca entreabierta, dejaba escapar ligeros ronquidos y un hilillo de baba. Ginés se sintió asqueado. Pensó que había tenido que beber mucho, para perder su noche con semejante pellejo. Con el fin de olvidar, se enfrascó en un minucioso examen del apartamento. Alfombras de nudo, muebles funcionales y cuadros rabiosamente modernos, alternando con fotografías en colores. Junto al paisaje dulzón, telas manchadas desordenadamente por algún artista de moda. No le decían absolutamente nada. Si alguna vez tenía dinero, compraría severos hidalgos, como el que estaba en el hall de don Manuel, o tablas flamencas, iguales a las que trajo de la última subasta.

Fernanda dio media vuelta, despertándose al contacto con la carne joven.

-Mi vida...

Sus labios recorrieron el cuerpo del chofer, que saltó de la cama, liberándose con brusquedad.

-¿Pero qué haces?

Ginés alzó los hombros.

-Vestirme. Dentro de un par de horas tengo que estar muy lejos.

La voz de Fernanda se hizo suave.

-¿Por qué no te quedas?

-Ya te lo dije. Tengo que hacer.

-¡Es una cacería!

-Precisamente. No puedo dejarla así porque sí. Me gusta tirar, y se trata de un compromiso. Es... ¿cómo te diría? Cosa de clase, De maneras. Bueno. Tú lo entiendes.

Fernanda enlazó su cuello. Cada día le molestaba más quedarse sola, porque el miedo se acumulaba.

-¡Llévame!

Ginés rió.

-Si no estuviese casado... quizá lo haría. Pero esa gente conoce a mi mujer. No le gusta meter planes en su casa. Son marqueses. Tipos serios, ¿sabes?

-Diles que te han dado la anulación... y que tienes otra novia.

-¡Seguro que me creen! Además, podría perjudicarte. Seguro que conoces a más de uno.

-Es posible...

Ginés se cerró la camisa.

-¿Siempre vas de azul?

-Depende... Me gusta para salir de noche.

Fernanda se sentó al borde de la cama. Aquel cuerpo le gustaba.

-¿Nos vemos?

-Cualquier día.

-¿Dónde?

-En cualquier parte.

-Si quieres, puedes venir.

-Quizá lo haga.

La besó por la forma, antes de correr escaleras abajo, sin aguardar el ascensor. Tenía demasiada prisa para entretenerse, pues don Manuel ya debía andar reclamando el coche. Al volver la esquina, se cambió de corbata con un suspiro. A la seda inglesa, procedente del armario de su patrón, sucedió la tela negra, incluida en el uniforme.

Fernanda volvió a dormirse. El trabajo empezaba por la tarde, y no tenía nada mejor que hacer. En su nueva vida, le sobraba dinero y tiempo. Cada día le resultaba más difícil gastar ambas cosas. Se sintió encerrada en un círculo, del que jamás podría salir, ni nadie vendría para sacarla.

Como todos los años, llegaban a deshora. Loreto se precipitó hacia el despacho, para anunciar la noticia a don Rafael.

-¡Ya están ahí! Viene el camión por delante.

El administrador estiró su chaqueta, preparándose para recibir a los forasteros. El prestigio de la casa, y el suyo propio, exigían que presentase un aspecto cuidado y respetable, que hiciese patente su autoridad. El vehículo entró en el patio. Un joven saltó a tierra, precipitándose hacia don Rafael.

-¿Llegó don Miguel?

-Ustedes son los primeros...

-¡Pues a ver dónde metemos todo esto!

-Abajo. Como siempre.

Los mozos se adelantaron. Esperaban desde primeras horas de la tarde, según les había ordenado Pelao. Media docena de privilegiados, que sacarían un jornal suplementario.

-¡Venga! ¡Empezar!

Apenas quitaron el horno, que cerraba la salida, aparecieron cuatro muchachas. Llevaban pantalones, y el pelo revuelto.

-¡Uf! ¡Menudo viaje!

-¡Y que lo digas! ¡Menos mal que pagan bien! que si no...

Cocinas supletorias, cajones y neveras portátiles se desperdigaron a lo ancho del patio. La presencia

de Miguel se hacía indispensable, pues era el único que podía decidir dónde había que colocarlas.

-¿Hace mucho que salió su jefe?

-No lo sé. Viene de otra finca.

Los braceros se sentaron en un rincón. Habían terminado de descargar, y nadie parecía dispuesto a darles trabajo.

-¡Tú! Enseña la casa a las chicas. ¡Que se acostumbren a moverse!

Pelao reunió a las muchachas. Le gustaba acompañarlas por habitaciones y pasillos, pues mal tenían que ponerse las cosas, para no conseguir cosecha habiendo trigo. Guiñó los ojos, indicando la escalera, mientras se preparaba a pellizcar el posterior de la mejor parecida.

Avanzaban muy juntos, el sombrero sobre los ojos, los brazos a lo largo del cuerpo. Cuando se colocaron a su lado, se preguntó qué buscaban.

-¡Tú! ¡Acompáñanos!

Hundió la mano en el bolsillo del pantalón, buscando la navaja.

-¿Y eso?

El más viejo levantó la solapa, descubriendo una chapa de metal.

-Policía. Te enterarás a su tiempo.

Le empujaron hacia el “Seat”. Tete ocupaba el asiento trasero, acompañado por un inspector, que le vigilaba sin excesivo interés. Se llevó el cigarro a la boca, alzando las dos manos. Gervasio comprendió que estaba esposado. Los cierres chascaron en sus propias muñecas.

No se saludaron. En casos semejantes es bueno ignorarse, al menos mientras se averigua por dónde vienen los tiros. Pensó que podían llegar de muchos sitios, e intentó adivinar cuál de sus víctimas pudo haberles denunciado. Después se enfrascó en complicados cálculos matemáticos, repasando las penas que podían corresponderle. Con suerte, le caerían unos meses, pero si las cosas se liaban, hasta podrían guardarle tres años. Esto le tranquilizó. Aquello era un suspiro en comparación con la perpetua. Se felicitó por no tener asuntos de sangre, ni atracos de los que dejan perras. Si le entraban suave, negaría porque se debe hacer, pero si rondaban bofetadas, cantaría de plano, echándose encima lo que fuese. Siempre es mejor exagerar, y contar cosas que no se pueden hacer, para liarlos como una persiana. Cuando le llevasen al juez diría que mintió, porque tuvo miedo y hubo malos tratos. Hasta podía conseguir que le rebajasen la petición, porque era primerizo, y la confesión sincera es un buen punto en la cárcel. Le consideran a uno, y le apuntan para la condicional a las primeras de cambio. Era tan importante como la conducta.

Tete miraba las calles. No le gustaba un pelo la indiferencia de sus guardianes, que discutían entre ellos, sin molestarse en hacer preguntas. Su actitud quería decir que sobraban pruebas para empapelarlos, pues de lo contrario andarían breándolos con trampas y promesas, buscando ahorrar trabajo al jefe y acortar la pelma del interrogatorio.

En el coche faltaba la Rosy. Se maldijo por haber confiado en ella. No necesitaba ser adivino, para intuir lo que había pasado. Entre bromas y veras, le ofrecieron lo que a todas las julays: “Si me das un chivatazo, te suelto ahora mismo... Si no ... “. La imaginó cantando como un mirlo. Después se echaría a llorar en el hombro del comisario, para soltar el rollo de siempre: la casa de servir, donde era una mujer decente; las malas compañías, que cayeron como cuervos en un baile de domingo. El amor, la explotación, el amante que exige, que engaña. No debió faltar ni el juramento final. Salieron los hijos que nunca tuvo, y hasta los padres, cuya cabeza debió ser garantía de que jamás volvería a los malos pasos.

Que el comisario no tragó la píldora era una verdad como un templo; pero estaba seguro que la había puesto en libertad. El primer servicio siempre trae recompensa, si lo que se habla no es demasiado grave. Largar las putas no tiene pega. Lo que hagan con su cuerpo importa poco, y se las puede coger en cualquier momento, porque están a la mano. La boca se le llenó de asco. Sintió ganas de escupir, pero no lo hizo, por evitarse complicaciones.

Los árboles del bulevar se detuvieron. En aquellas horas la circulación era difícil, incluso para la policía. La sirena se puso en marcha, como si se tratase de una urgencia, pero el chofer no pudo abrirse paso. Pese al ruido, hubo de rodear la plaza tan despacio como los demás. Tete sintió una vaga inquietud al notar que no tomaban el camino de siempre.

Les hicieron bajar ante Gobernación. El edificio, rojo y piedra, inspiraba un santo temor a Gervasio, que nunca se decidió a cruzar ante el enorme portalón. Sin poderlo remediar, dejó caer unos ojos desamparados sobre el Tete. Éste volvió la cabeza, esquivando la mirada imprudente. El asunto parecía más grave de lo que supuso en un principio, y todas las precauciones que pudiese tomar le parecieron pocas. Se estrujó los sesos, buscando la causa que les llevaba a tan importante lugar. Para los carteristas, bastaba con la comisaría de la esquina y el juzgado de guardia.

Les hicieron esperar en el pasillo, encuadrados por una pareja de uniforme.

-¡Tú! ¡Venga!

Tete se introdujo en el despacho. La vista del inspector aumentó sus temores. Se trataba de un tipo conocido, que abandonó las raterías hacía muchos años, para ocuparse de asuntos sonados. Su mirada penetrante se clavó en el gitano.

-La cosa está fea. Desde ahora te advierto que es inútil negar. Si lo haces, nos obligarás a darte un tratamiento más molesto para ti que para nosotros. Si no hubieses vuelto, habría quedado en nada. Muertos se encuentran todos los días. ¡Y a saber quién los hizo! Nos enteramos por algún desgraciao que canta, y se los echa encima cuando menos se espera. Tú lo sabes. Pero...

Tete se irguió cuanto pudo.

-¿Pero qué? Ni sé ande he vuelto, ni sé ná de fiambres.

Una bofetada le rebajó los humos. El policía recuperó la sonrisa.

-No es necesario que hables. Tu chica ha cantado. Estaba fuera, pero quisiste complicarla. Con los años que llevas, ya debías saber que mezclar mujeres en ciertas cosas es una imprudencia.

La imagen de la muerta se le apareció. Tuvo ganas de echarse a reír, pensando que iban a cazarle por lo que nunca hizo, cuando tenía carga de sobra para tirarse media vida en chirona, purgando sus propios actos. Por desgracia, el problema era demasiado grave para andarse con guasas. En consecuencia, inició su contestación en un tono de absoluta sinceridad.

-¡No sabía ná! ¡Se lo juro! Nos citamos allí, porque ya sabe que es la costumbre. Cuando llegué, los otros llevaban un rato. Fue ella quien encontró al muerto. Se estaba pudriendo. ¡Cómo olía! Además, lo de ir por la cuadra no salió de mí. Lo dijo el Gervasio, así, como quien no quíe la cosa. ¡Vaya usted a saber si lo hizo él, y aluego quiso complicarme! Usted me conoce de antiguo. Sabe que soy viejo en la profesión. Sé ande me meto. Asuntos de sangre, nunca fueron pá mí. ¡Pa lo que se saca con andarse a cuchillás! Lo mismo pudo venir de la Rosy. Entre putas, se apiola más de una. Y hacerlo ese gilipollas. Es un simple. Lo que digan las mujeres, ¡de cabeza se tira!

El inspector le interrumpió.

-Conoces bien la ley. Lo sabemos, pues hace años que andas jugando con ella. Por cierto, que no te sale mal. Si estabas limpio, ¿por qué no avisaste? Era tu obligación.

Tete se arrugó.

-Cuando se tié mis antecedentes más vale no encontrarse con ustés. ¡No iba a ser yo quien les

recordase que sigo en activo, cuando me tenían olvidao! Más de una vez he dao buenos servicios. Recuerde lo del cónsul. Y aquel otro asunto. ¡Había por medio un general extranjero! Si no es por mí, ¡a cualquier hora encuentran las cámaras!

El policía sonrió conciliador.

-Por desgracia, no se trata de un menor cuantía. Es decir, que no podemos hacer la vista gorda en favor de nuestros amigos. Hay un muerto, ¡y sonao por culpa de la prensa! Así que ya podéis ir aclarando. ¡O toos al maco, o me buscas un culpable en condiciones! Yo, con poder presentarlo ante el juzgado...

Tete tragó saliva.

-Bueno. Pues escriba ustedé.

El inspector llamó al secretario, que se instaló frente a la máquina. Tete terminó de dar su filiación.

-¡Los hechos!

-El Gervasio y la Rosy ...

El inspector salió al pasillo. Un compañero le abordó.

-¿Qué? ¿Cantando?

-¡De plano!

-Así que asunto concluido ...

El policía hizo un gesto de duda.

-Como siempre: “Yo no fui, señor comisario, fueron los otros”. Pueden darme la noche ...

Un escalofrío recorrió la espalda de Gervasio.

X

Mochuelo cerró el zaguán, cruzando el portalón con la tranca, como en los viejos tiempos. No quería saber de los coches que subían hacia La Dehesilla. En uno cualquiera iría su hijo, mientras el pequeñose preparaba para marchar con los ojeadores. Seguía sin entenderle, pero ahorra preguntas, escondiendo orgullosamente su curiosidad.

Cruzaron el pueblo uno tras otro, casi en caravana, llenando el aire de gasolina. Los mozos estaban en la plaza, contemplando el desfile, y cruzando apuestas, como si conocer la marca de un automóvil patentizase una cultura superior. De cuando en cuando entraban en la taberna, para beber la ronda ganada en buena lid. El acontecimiento transformó aquel viernes en fiesta grande, como la procesión de la patrona, ola rogativa por el agua.

Esteban trepó al poyete de la Iglesia, dispuesto a no perder detalle. Como todo lo desconocido, los forasteros despertaban su curiosidad. Siempre quiso aprender cosas nuevas, de un mundo que sólo conocía a través de relatos y del televisor. Se juraba conocerlo apenas tuviese edad de encontrar trabajo.

-¡Otro Doge!

-¡No hombre! ¡Es el nuevo Seat!

-¡Que te lo crees! Estoy bien seguro de lo que digo.

-Lo vi el otro día en la tele. Así que...

El polvo se pegaba a las ropas y a la piedra de las fachadas, como si fuese aditamento indispensable de todo acontecimiento local.

-Ahí viene el marqués

-¿En qué lo conoces?

-Lo vi el año pasado. Trae el mismo cacharro. Alipio y Cruzado se pavoneaban, paseando alrededor de la fuente. Eran los afortunados de la tarde anterior. Contraviniendo los deseos y las órdenes de don Rafael, siempre puntillosos en cuestión de escándalos, las chicas bajaron al pueblo, para hacerse invitar hasta bien entrada la madrugada. La mayoría de los mozos terminaron con unas pesetas menos y dos bofetadas de más, que si no les hicieron daño físico, les picaban en el alma. Sólo los dos compadres tuvieron suerte, consiguiendo un beso y una invitación al castillo, que encerraba promesas emocionantes para el final de la noche, salvo en caso de surgir problemas por parte de los amos.

Los rechazados les miraban de reojo, barajando razones incontestables, que garantizasen el fracaso total de la velada. Recomendados por la envidia, se habían unido en campaña contra los dos compadres y todas las camareras del orbe. Que éstas se entretuviesen, haciendo discriminaciones entre el vecindario, les parecía inadmisibile, pues en principio, todos los muchachos tenían iguales méritos. Ni siquiera el Alipio, siempre prudente y desconfiado por naturaleza, llegó a imaginar que además de la inquina de sus conciudadanos, había de cosechar unas horas de trabajo suplementario y gratuito, en beneficio de los chóferes y sus anfitriones, que le habían convidado en calidad de pinche y ayudante, nunca en la de amigo, merecedor de sus favores.

Crisanto se volvió a los agraciados, cansado de su aire superior.

-¿Pá qué queremos señoritingas? ¡Ni se sabe por ande entrarlas!

-Te lo digo yo. Mientras los hartan de fregar, nosotros ¡acarreado perdices! ¡Ni una van a catar!

Afirmación desesperada, de la que nadie estaba seguro. El administrador había repetido, en todos los tonos, que las piezas estaban vendidas, No tenían derecho ni a tocarlas.

Luis se desperezó, dejando caer el libro. El aburrimiento le salía por las narices. Iba siendo hora de que llegasen los invitados, pues necesitaba aires de la ciudad. Por el gusto de entretenerse, se dedicó a pensar en Clara, reviviendo la escena. Se vio a sí mismo apretando su garganta. La imagen no le produjo emoción. Le parecía un acto creado por la fantasía de cualquier desconocido, y en el que no tuvo participación alguna. Se sorprendió apiadándose de la desmelenada prostituta, como si fuese absolutamente ajeno al suceso.

Deseó encontrar a sus amigos. Seres iguales, que no le hablasen con el tono del administrador, untuoso y paternal, ni con el de Loreto, que guardando las distancias entre un guarda y su amo, marcaba puntualmente las que debían respetarse en sentido contrario. Con los mozos pasaba lo mismo. Intentó establecer relaciones, enseñándoles a fumar y otras cosas de las que apenas tenían noticias, pero cuando entraba en la taberna las conversaciones se rompían. Nunca le echaron. Por el contrario, se mostraban amables, pero desconfiaban del señorito, hasta el punto de no consentirle averiguar las cosas que le interesaban, ni cederle un sitio en la tertulia. Socialmente distintos, no tenían el menor deseo de borrar diferencias.

El roneo de un motor se coló por el ventanal. Se levantó para bajar al patio, pues en ausencia de sus padres, le tocaba hacer de anfitrión. Un deportivo verde cruzó bajo el arco. Su conductor saltó a tierra, haciendo retroceder al muchacho. Don Aurelio estaba allí, en carne y hueso, como cualquier mañana en el café Gijón. Llevaba ropa de caza, recién salida de la tienda, y continuaba sonriendo. Luis agitó la cabeza para alejar la imagen, achacándola al abuso de la droga. Con un esfuerzo, alargó su mano temblona, hasta la cuadrada y firme del recién llegado. Gesto de corrección cívica.

-Supongo que serás el hijo de Carlos. Me habla mucho de ti.

-Sí... tanto gusto.

No se atrevió a preguntarle cómo se llamaba. Le pareció evidente que el mote de Aurelio era un nombre de guerra, bueno para encargar asesinatos y dirigir tráfico ilegales, pero no para exhibirse en sociedad.

-¡Bonita finca!

Luis asintió con un gesto, esforzándose por adoptar una actitud indiferente, que escondiese su miedo. Durante cuatro días marcharían juntos, con escopetas cargadas. Podrían equivocarse en buena lid. Cualquiera de los dos. Accidente de caza poco frecuente, pero inevitable, que surge de tiempo en tiempo. Nadie culparía al asesino, ni siquiera en los traslados, o a la hora del taco, cuando la costumbre obliga a mantener el arma abierta. Un descuido es un descuido. Después vendrían las lamentaciones, pero no le interesaban, porque los muertos no pueden oír.

Hubiese querido prometer silencio, pero se sintió incapaz de abordar el tema. Se propuso encerrarse en la habitación,

pretextando cualquier enfermedad. Lo encontrarían natural, pues hasta su padre le reprochaba su mal aspecto.

-Me alegro que te guste el campo. Es lo mejor que puede desear un chico de tus años.

El joven se mordió la lengua.

-Sí... aunque bajo a la ciudad. Mejor dicho, vivo en Madrid, pero...

Un segundo automóvil cortó la conversación. Llegada oportuna, pues Luis se preparaba a decir más de la cuenta. Le quemaba el deseo de preguntar a don Aurelio cómo conoció al marqués y por qué le habían invitado. En lugar de iniciar tan peligroso interrogatorio, hubo de inclinarse sobre los dedos suaves de Marita.

El zaguán se llenó de voces. Ordenes, saludos: chóferes y mozos cargaban con maletas, cruzando doncellas uniformadas. Más que entrada de castillo medieval, el hall tomó aspecto de hotel de lujo, invadido por un autocar de turistas.

Cristina repartía sonrisas, haciendo las presentaciones de rigor. Casi todos los reunidos se conocían de antiguo. Sólo unos pocos esperaban al margen, a ser introducidos en una sociedad de títulos, políticos y millonarios, cuyos miembros cambiaban, siguiendo los avatares de la fortuna personal.

-Cada día estás más guapa. No entiendo por qué te obstinas en adelgazar.

La marquesa agradeció el piropo, intentando adivinar las intenciones de José Manuel. El ministro tenía mala lengua reconocida, y habilidad sin igual para olfatear el chisme. Al corriente de los últimos incidentes, no dudaba en airearlos, sin preocuparle en absoluto la presencia de los protagonistas.

Marita se acercó, para arrastrar a su amiga hasta un rincón apartado.

-Procura que no te vea con Manolo.

-¡Hija! ¡Hace un siglo que terminamos! Ni siquiera nos llamamos.

-De todas formas, ten cuidado. Empiezan los comentarios. Te conozco de sobra. Cuando tienes un capricho, te olvidas de todo.

Cristina rió de mala gana.

-Flor esta vez puedes estar tranquila. Te prometo que ya pasó.

Se alejó sin perder la sonrisa aunque empezaban a dolerle las piernas. Se hincharan al caer la tarde, como durante el embarazo de Luis.

Los invitados abandonaron el hall, perdiéndose hacia las habitaciones. Camareros apresurados recorrían la estancia, reponiendo bandejas, y recogiendo restos. Todo debía estar a punto cuando terminasen de vestirse.

Carlos bajó el primero. Vestía de smoking, mostrando su fidelidad a la moda que se infiltraba por el norte, en forma de costumbres americanas, de origen inglés. Revisó las mesas con mirada cuasi profesional. Miguel llegó de las cocinas, inclinándose respetuosamente ante el anfitrión.

-¿Falta alguna cosa, señor marqués?

Carlos agitó la mano.

-Me parece que todo está bien. Eso sí, te recuerdo que no me gusta esperar, ni hacer esperar. Adviértelo a tu gente. Que sirvan de prisa, sin dejar huecos. Si no tienes bastantes criados, mañana traes más.

-Descuide el señor marqués. Tenemos más de los que hacen falta, y no es por alabarme, pero todos están bien enseñados. Ya sabe el señor marqués que tengo los mejores de Madrid.

Una riada de voces llegó de la escalera. Como si los invitados obedeciesen una señal, el salón se llenó en espacio de algunos segundos. Chocaron los vasos, entre conversaciones anodinas, y carcajadas, más o menos sin sentido. Alberto reverdecía cacerías de principios de siglo, a las que sólo pudieron asistir los más viejos, José Antonio repetía el último chisme político, sacrificando el secreto profesional en aras del brillo social, y Paco Armas se movía desesperado, buscando auditorio para su chiste, excesivamente conocido.

Luis se deslizó hacia la cocina. Por el momento, sólo le interesaba el diario del barman. Llegaba en el día, pues lo traía la camioneta, y siempre lo olvidaba sobre una silla después de mirar la sección de deportes y los ecos de Sociedad, donde aparecía frecuentemente su nombre. Entre los vicios de Miguel, destacaba la vanidad.

Se deslizó, procurando no hacerse notar por los criados. Fue relativamente fácil. Como en el salón, estaban enfrascados en conversaciones animadas, pues había mucho que contar tras un verano separados, en los puntos más diversos del país. Cogió el diario, saliendo inmediatamente. Quería leerlo en su cuarto, seguro de que nadie podría espiar sus reacciones.

El día menos pensado se hablaría del crimen, incluso sin tener culpables que ofrecer a la opinión pública. El asunto se comentaba a todos los niveles, y la policía empezaba a impacientarse, pues odiaba el fracaso. Se decía que hasta el ministro se dignó a intervenir, advirtiendo a sus subordinados y colaboradores del ridículo que estaban haciendo. Por los pasillos de la Dirección se murmuraba que había sido un crimen perfecto. En cualquier caso, daría mucho que hacer a los de la BIC.

A Luis le halagaba todo aquello. De no ser tan graves las consecuencias, hubiese escrito a su propio padre, relatando puntualmente los hechos. ¿Y por qué no?; a la redacción de "El Caso", adjuntando su fotografía. Era una lástima que nadie pudiese enterarse de que era él, precisamente, quien mantenía al cuerpo de inspectores en jaque.

-¿Te gustan los asesinatos?

La voz sonó a su espalda. Bajo el arco gótico, se dibujaba la silueta de don Aurelio.

-Te dije que no debías volver por allí. Esto significa que necesitas olvidar aquella noche. Como si no existiese.

Al muchacho se le secó la garganta. El sudor mojó la pechera impecable del smoking. Respondió con un susurro, como si temiese que las piedras le escuchasen.

-Nunca diré, nada.

-Lo sé. No me has conocido, y eso está bien. Sigue a mi aire. Te conviene. Si lo haces, puedes estar tranquilo. Eres útil. Para que lo entiendas, tu posición social es una cualidad poco frecuente, que me obliga a ser el primero en evitarte complicaciones. Me alegro de que tengas el periódico. Especialmente hoy, pues todo está aclarado. Verás como los culpables pagan sin remisión. Es un axioma.

Don Aurelio desapareció. Luis corrió a su habitación, con la cabeza llena de fantasmas. Temía que la policía llegase en cualquier momento, sin darle tiempo a comprender. Encendió la luz, buscando nerviosamente la página de sucesos. La puerta quedó abierta, pues olvidó tomar la precaución de cerrarla.

Titulares de lujo anunciaban la captura de los asesinos. Las fotografías, tomadas en la cárcel, mostraban dos hombres de pelo revuelto y aspecto cansado, que miraban fijos al objetivo, como si la vida hubiese dejado de importarles. Se llamaban Miguel Romero, alias Tete, y Gervasio Manero. Tres columnas, de letra apretada, desvelaban el secreto. La muerta había trabajado para el Tete. A cambio de su protección, le entregaba un porcentaje regular sobre las rentas, obtenidas con la venta de sus encantos. Cuando éstos no encontraban comprador, participaba en robos de menor cuantía, acompañando a los dos socios en sus numerosas fechorías. Su ficha estaba bien nutrida. Tanto como las de sus compañeros. Habían sufrido numerosos arrestos y condenas menores, escapando de entre las mallas de la justicia por caprichos de la suerte. Tras varios meses de detención, consecuencia de una denuncia retirada inopinadamente, la finada consiguió una inexplicable libertad definitiva, pues sus antecedentes aconsejaban retenerla en prisión.

Al encontrarse sin recursos, se dirigió a su antiguo amigo en busca de ayuda financiera. A cambio de silencio, exigió una importante cantidad. Según las declaraciones, conocía numerosos particulares, ignorados por la policía. Tras haber obtenido la suma, proyectaba pasar al extranjero, pensando que le sería fácil continuar su vida de delincuencia, por no ser conocida.

Asustado ante la amenaza, y sin posibilidad de satisfacer sus exigencias, el Tete la citó en la Granja del Ciego, lugar desierto, que conocía de antiguo. Tenía la intención de eliminarla, si no conseguía disuadirla. Tras larga discusión, pudo entregarle cinco mil pesetas, que era cuanto poseía, pero la mujer consideró insuficiente la cantidad. Segura de sí misma, mantuvo su amenaza de denunciar a los dos compinches, si no recibía el total en el plazo de veinticuatro horas. El conocido por Tete, que había mostrado repetidamente su carencia de escrúpulos, se lanzó sobre Clara, estrangulándola ante la mirada impasible de Gervasio, que le había acompañado, el cual ni siquiera intentó disuadirle.

Con el fin de desviar la investigación hacia el crimen de raíz pasional, no tuvieron inconveniente en violentar el cadáver, montando cuidadosamente la escena. Ésta fue la razón que les impulsó a dejar, tan importante cantidad, en el bolso de la finada. Tras ardua labor, partiendo de la tenue pista que constituían unos tacones marcados en el barro -la muerta llevaba zapatos planos-, la Brigada de Investigación dio con otra joven, Rosy Sánchez, alias Rosy, también dedicada a la prostitución y al robo, aunque sin antecedentes penales.

La muchacha fue llevada por los asesinos hasta el lugar del crimen, con el fin de implicarla, y así mantenerla bajo su férula, lo que consiguieron en cierto modo, pues asustada, no cumplió la obligación de dar cuenta del hallazgo del cadáver. Su declaración, tras una detención fortuita, llevó directamente hasta los criminales. Éstos confesaron su participación en el hecho sin dificultad,

declarándose autores de numerosos delitos, todos ellos pendientes de esclarecimiento. En los medios bien informados, se decía que, ambos inculpados, serían castigados con la pena de muerte. No así la muchacha, pues además de no haber participado en el acto de barbarie, ignoraba las actividades a que se dedicaba su amante, Miguel Romero, alias Tete. Habría de purgar una simple condena por robo, con el atenuante de haberse visto forzada por los desalmados compinches. El cronista hacía votos porque la reclusión sirviese para reformarla, devolviendo a la sociedad un elemento útil, apto para el trabajo honrado.

Luis dejó caer el diario con una carcajada. El montaje era perfecto. En líneas generales, habían dado en el clavo, aunque se equivocaron al elegir los nombres. Repitió el suyo en voz alta.

-Luis Velázquez y Sola.

Indudablemente sonaba mejor, aunque apellidos tan rimbombantes no solían figurar en la página de sucesos. Después de dejar el periódico donde lo había cogido, volvió al salón, ocupando el lugar correspondiente al hijo de la casa. Don Aurelio le sonrió desde lejos. Contestó de la misma manera, sin complejos ni miedos. Al fin y al cabo, no había nada extraño en que le cayese simpático un amigo de su padre.

Los chóferes bajaron a la posada. Como de costumbre, se alojaban fuera del castillo, por falta de sitio. Esto no les molestaba en absoluto. Gozaban de una cena en comunidad, sin temor a órdenes intempestivas, que animaban escenas y conversaciones cazadas desde el volante, generalmente poco halagadoras para los amos, pero divertidas para el servidor.

-¡Te digo que mi patrona me trae de cara!

-¡Tíratelal

-No todos tienen tu suerte. Lo hace en mis narices con quien le cuadra, pero de rebajarse a mirarme ¡ná! Como si fuese de palo. ¡Y no está buena la tía!

El interpelado chascó la lengua.

-¡Pues sí que es un plan! Me busca, porque no tiene árbol donde ahorcarse. ¡No está amojamá ni ná! Si la vieses en cueros, como tengo que verla yo... Se te quitan las ganas. ¡Que no me cuesta trabajo ponérmela dura! Me pagan bien, ¡pero lo que hago no se paga con nada!

Germán se aburría. Llevaba muchos años escuchando los mismos cuentos, a distintos personajes, y todo le sonaba a resabido. Sólo seguían divirtiéndole los novatos, que habían de pasar irremisiblemente por las bromas del gremio. Utilizar el que llegó aquella noche le parecía más interesante que la vulgar aventura patrona-chofer.

-¿Os hace echar la noche de cacería?

-¿Para que mañana encuentren los cartuchos? Hay que esperar. Cuando tengan media finca sembrada no se darán ni cuenta.

Barbilampiño, de carnet recién estrenado, Santiago observaba a los mayores con auténtica admiración. El viejo mecánico guiñó a los demás, inclinando la cabeza hacia el muchacho.

-Digo de gamusinos.

-No es mala idea...

Marcelo ladeó la mirada.

-Habrá que ver cómo va la luna.

-Para mí que está buena.

-Nos lo dirán aquí. ¡Eh, señora! ¿Cómo anda la noche pá gamusinos?

La ventera contestó desde la cocina.

-¡Pero que mú requetebién! Mi hijo mismo se está preparando pa'salir.

-Yo creo que debemos esperar a las mujeres. Cuanto más tarde, será mejor. Y también tienen derecho a divertirse.

-A ésas no las mueve ni Dios. Encima no acabarán hasta la madrugada.

-Es una mierda que las tengan allá arriba.

-Las encontraremos a la vuelta. Siempre quedará tiempo pá un polvo.

Ginés se volvió a Santiago.

-¡Seguro que no trajiste saco!

El chico negó con un gesto, maldiciendo su ignorancia. Poco antes estaba orgulloso de sí mismo, por haber encontrado aquella colocación en casa grande. Ahora se sentía más pequeño que una hormiga, y tan tonto como el novato que llegó al pueblo y tuvo que arreglar el tractor delante de los antiguos.

Su colega le tranquilizó.

-No te hagas mala sangre. Es natural. Ya te pondrás al corriente. Te prestaremos uno bien grande, que tienen en la casa.

Las sombras de los ojeadores se movían por el camino. Sus voces se extendieron por el valle, dominando el grito del cuco, y los primeros trinos del gorrión triguero. Pedro llevaba la conversación. Les gustaba escucharle, porque siempre tenía cosas nuevas que contar. Unas veces las había visto, otras leído en libros que compraba en el extranjero, desconocidos en el pueblo.

-Aquí se podría poner ganao de primera, y que fuese de todo el mundo. Reses de carne, que engordan solas. Junto al río, una hilera de huertas y alfalfares. P'al gasto de nosotros, y vender lo que sobra en la capital. Con eso habría trabajo pá todos. Por el extranjero, las vacas no andan solas, comiendo lo que el cielo quiera mandarles. Les siembran praderas, y se pasan de un cuarterón a otro, porque no les falte pasto. A los chotos y los novillos que se matan, los amarran un par de meses a la pesebrera. ¡Y a echar kilos! Los he visto como cerdos. A fin de año repartiríamos el dinero que quedase, después de cobrarnos los jornales, pagar los gastos, y separar una parte pá reservas. Habría que guardar p'al año siguiente y cosas extraordinarias. De esta tierra tendríamos que sacar la escuela, la carretera, que necesita un buen arreglo, el médico, y hasta pá los viejos. Los abuelos tienen derecho a estarse en casa, que ya han rendido lo suyo. Si quieren entretenerse, lo harán con ganao de leche y en la huerta. A ratos, y con cosas de poco esfuerzo. También habrá un círculo donde divertirnos y aprender. Sin tener que correr mundo, sabríamos hasta cómo viven los indios.

-De eso estamos al corriente por el cine. Cuando lo traen, siempre ponen una del Oeste.

Pedro rió.

-La India está en Asia. No en América. La gente se pone turbante en la cabeza, en lugar de plumas, y adoran a las vacas. Por eso no quieren matarlas pá comer. Es un problema.

Las estrellas se apagaban en la franja de la amanecida.

-Bueno, aquí tampoco se come mucha carne...

-Es verdad. Pero si la hubiese de sobra, y a buen precio, se comería. No digo que a diario, porque

eso hasta no es bueno. Pero sí la necesaria.

Esteban intervino.

-Sigue hablando de la India, que a mí me gusta saber de esas cosas.

A lo largo de la vereda, desfilaron templos, dioses cubiertos de oro y piedras preciosas, con múltiples brazos como pulpos estáticos, brahmanes, fakires, hambres, palacios, y campos de arroz, cultivados para otros.

-Una cosa así como lo que pasa en el pueblo.

-En cierto modo, esto se parece a la India.

-Sin hambre, claro.

-No. Sin tanta hambre.

Doblaron el recodo. La bombilla, ya inútil, hacía brillar los clavos del portalón. Algunas ventanas aparecían iluminadas. Pedro observó el perrillo de aguas, que levantaba la pata junto al automóvil, dejando escapar su pequeño chorro.

-¿Es el tuyo?

-Sí.

-¿Qué piensas hacer con él?

Esteban sonrió con malicia.

-Veremos...

-Ten cuidado. En estos sitios no valen bromas.

-Si veo que van a matarlo ya lo quitaré del medio. ¡Es mi amigo! Pero no serán tan cerriles.

Pelao apareció, abrochándose la bragueta.

-¡Venga! ¡Ya estamos andando! Dicen que empecemos por la vaguada grande. Tirar p'alante, que ya os alcanzo con el caballo.

Los hombres rodearon el castillo, para bajar resbalando la otra falda de la colina. Un bando de perdices se levantó de los jarales.

-¡Cachis que no hay pájaros!

Los invitados ocuparon su sitio, atacando al copioso desayuno. Chóferes y criados se movían a su alrededor, recogiendo las últimas instrucciones. Como de costumbre, nadie parecía seguro del sitio que debía ocupar, ni de cuál era su obligación, aunque la práctica les hiciese conocer cada gesto por adelantado. En definitiva, representaban su papel dentro de un caos perfectamente teatral, con la naturalidad de quien practica el desorden, sobre un guión escrito de antemano.

No habían dado las ocho cuando abandonaron el comedor, para repartiese en los coches. Los cazadores verificaron la presencia y funcionamiento de sus escopetas, evaluando la reserva de cartuchos, que había de durar hasta el principio de la tarde.

Don Rafael esperó que todos estuviesen instalados, para arrancar el jeep, que encabezaba la comitiva. Estaba tan orgulloso de ser el primero, como del delicado cargamento que transportaba en su vehículo. Como buen anfitrión, el marqués ocupaba un asiento trasero, cediendo los más cómodos al Ministro y al Príncipe, representantes del poder actual, y del futuro probable. Invitados indispensables, que fueron, en cierto modo, motivo de la cacería.

La camioneta de Miguel cerraba el cortejo. En su interior, cajas de botellas y jamones, apilados cuidadosamente, contribuían a la incomodidad de una pareja de camareros, ataviados de traje corto. Habían sido nombrados por su jefe responsable del “taco”, y en consecuencia, adscritos al disfraz. El piscolabis ayudaba a matar el tiempo entre los ojeos, amén de un hambre imaginaria, que difícilmente podían sentir aquellos cazadores estáticos.

La mañana se presentaba a gusto de todos. Luz clara, frío cortante, y presagio de vuelo rápido para las perdices. Los invitados saltaron a tierra en la explanada. Zamarras forradas de piel, firmadas por modistos franceses. Zahones de cuero, terminados en Andalucía.

-¡Venga! ¡Tirar p'alante!

Los ojeadores avanzaron, formando media luna. Esteban se colocó junto a Pedro. Le gustaba estar a su lado, aunque fuese imposible continuar la conversación por culpa del ruido. Los primeros gritos llenaron el campo. Voces roncas, acompañadas por el chocar de tapaderas, y palos vareando los matojos. Los bandos se levantaron. Manchones negros bajo el cielo, que se lanzaban hacia las escopetas. Del otro lado, tiros graneados, que vinieron a reunirse en descarga cerrada. Los campesinos continuaban su marcha frente a los caños.

Manolo levantó el arma.

-¡Pájaro!

Carlos apuntó al frente.

-¡Pájaro!

Juan Antonio descargó en el vacío, mientras Luis hacía saltar el polvo, incrustando los perdigones en el suelo. Los secretarios cargaban, esparciendo cartuchos a su alrededor. Lo hacían de prisa, sin mirar siquiera. Don Manuel tendió el arma. Ginés la recogió al vuelo, entregando la pareja. Había levantado el seguro, para que todo fuese más rápido.

Elegía la munición con tacto. Cartuchos de perdigón grueso, que hacen más fácil el tiro, porque matan aunque encuentren el blanco de refilón.

Las perdices se desperdigaban. Caían en bola frente a los puestos, o continuaban volando penosamente, para morir lejos, detrás de la línea. Las que lograban escapar subían a lo alto, posándose en un valle silencioso. La muerte iría en su busca poco más tarde, en ojeos de tiro fácil, porque el pájaro se ha cansado de huir.

En tierra, plumas ocre y grises, desperdigadas sobre manchones de sangre.

Los perdigones se incrustaron en el tronco, arrancando un puñado de ramajos.

-¡Párate chaval! Nos estamos metiendo en el campo de tiro.

Esteban rió.

-Tú tranquilo. Cuando andan a pájaros, apuntan al aire.

-Pero éste...

-Entavía estamos lejos. Será algún despistao que sueña con jabatos.

Pirracas les seguía, metiendo el hocico entre los matorrales. Participaba plenamente del acontecimiento, porque le gustaban los gritos, y buscar al pájaro. Agitando su rabillo parduzco, tieso como una antena, alertaba las piezas con ladridos cortos, perfectamente medidos, que tenían la virtud de dirigirla hacia el punto adecuado. Loreto le conocía, como todos los guardas de la zona. Por eso no insistió en dejarlo fuera, contraviniendo conscientemente las órdenes. La ayuda del chucho, bien valía media docena de perdices. Si fallaba un par de hombres, podía sustituirlos

perfectamente, evitando quebraderos de cabeza. Claro que estas combinaciones no se comunicaban al marqués. Los amos gritan cuando se les contradice, aunque la mayor parte de las veces, no sepan por donde se andan, en lo tocante al campo.

El perro se adelantó a su propietario. Silencioso, el vientre pegado al suelo, sé coló entre las retamas, moviendo apenas las varillas.

-¡Chus! ¡Mira!

Pedro buscó la bola blanca, descubriendo un manchón que se perdía entre el monte bajo. Lo encontraron un poco más lejos. Esperaba pacientemente, las cuatro patas clavadas en el suelo. A sus pies, el cadáver de una perdiz. Esteban se agachó para cogerla, metiéndola en los pantalones.

-Estamos en lo mejor. *Pirracas* se luce, y yo me saco el cocido. Va por las que caen delante, donde apenas se ven, y las trae al camino por donde pasamos. Más cerca de los puestos, seguro que te cogen. Él se lo sabe de memoria.

Don Manuel siguió la trayectoria del pájaro. Un buen tiro. De lejos, y limpio. Estaba seguro de haberle volado la cabeza. La mata de romero se abrió, escondiendo el cuerpecillo. Apenas sobresalía un puñado de plumas.

-¡Fíjate bien donde está! No me la pierdas.

Ginés asomó la cabeza, anotando la posición in mente.

-¡Pájaro!

Lo dijo antes de tiempo. La perdigonada se perdió en el aire. Don Manuel volvió la vista hacia su pieza, para consolarse del falla, con el acierto pasado. A la hora de cobrar, no quedaría otro remedio que reconocerle el mejor tiro de la mañana. Pero en la mata no había rastro de plumas. Un poco más lejos, se adivinaba el posterior de un chucho, que trotaba en dirección contraria a las escopetas. Arrugó los párpados. El animal salió al claro, llevando la perdiz en la boca. Apuntó. Los hombres andaban cerca, pero no había peligro. Estaba seguro de dar en el centro del perro. El percutor chascó seco, contra el cartucho vacío.

-¡Maldito perro!

Las voces callaron. Un último disparo gratuito. Ginés salió del puesto, para cobrar las víctimas de su amo.

-¡Ya lo has visto! Un perro ladrón en una cacería seria. Te juro que si está cargada le dejo seco. ¡Que aún debemos soportar semejantes cerdadas!

El chofer asintió. Tampoco le gustaba la faena. Consciente de su participación en el juego, hacía suyas las hazañas del patrón. Al caer la tarde, se comentaba la jornada en el comedor de la posada, repasando hasta el último detalle. Como los seguidores de un equipo de fútbol, cada cual intentaría demostrar que su amo había sido el mejor. Aquel tiro colocaba a don Manuel por encima de todos, pero si faltaba la pieza que lo probase, mal iban a crearle.

-Voy a decírselo al guarda. ¡Ése del caballo me va a oír!

-¡Y yo al señor marqués! Aunque... quizá no. Esta gentuza merece un escarmiento. Cayó en bola ¡ahí! ¡Delante de mis narices!. No tenía fuerzas ni para cruzar la línea.

Ginés aprobó plenamente la indignación de don Manuel. Mientras éste se alejaba en busca del taco, salió al campo, dispuesto a recoger cuantos pájaros le viniesen a la mano, para apuntalarlos a nombre de Martínez de Lasso. Si no en calidad, ganarían en cantidad.

-¿Puedo ayudarte?

El tipo sonreía. Llegó del lado de los ojeadores, pero llevaba ropa demasiado buena para ser de campo.

-Pero usted...

-Vengo en la mano, y me gustaría hablar contigo.

Ginés cambió al tuteo.

-¿Qué quieres que te diga?

-Nada importante. Lo que se habla en los puestos... y entre los señores.

-¿No serás periodista? A mi amo no le gustan los periodistas.

-¡No hombre! Es por aprender. Para mí solo.

-¡Pues ná! Que traéis un ladrón. Un perro se ha llevado dos perdices de mi jefe, y a saber las que habrá quitado a los demás. Esto del deporte es muy serio. ¡No hay derecho a jugar!

Pedro le miró a los ojos.

-Lo sé. Voy junto al dueño. Es un chaval huérfano, que tiene la familia a su cargo. Apenas levanta un palmo del suelo, pero no pierde un día de trabajo. Cuando lo hay, que no es corriente por estas tierras. Justo es que procure ayudarse con lo que sea.

-Dile que se ande con vista, si no quiere perder al chucho. En la próxima vuelta, mi patrón se lo carga. Y con razón. Para el robo, nunca hay disculpas.

-Tú no querrás que lo haga...

Ginés alzó los hombros. Había hecho la advertencia sin pensar, y casi se arrepentía. Si hubiese tenido una escopeta cargada en aquel momento, ya no habría perro. Le salió de pronto, quizá porque aquel tipo era huérfano, y el tenía trabajo. En el fondo ¿qué le importaba? Mirando las cosas como son, los gañanes cobran por dar cuatro voces, bastante más de lo que merecían.

-Mira... yo no sé. Lo que no quiero es jaleos. Don Manuel es buena persona, pero no traga que le tomen el pelo. Dile a ese crío que se deje de cuentos. Yo solito me basto pá endiñarle un par de bofetadas, de las que no se olvidan tan fácil.

Pedro recogió una perdiz, que tendió al chofer.

-Antes la caza era de todos. Son animales que se crían de lo que da la tierra, sin costar dinero a los dueños. Se la apropian los ricos, olvidando que la gente tiene hambre, y la necesita. -Señaló un punto entre la jara-. ¡Mira! ¡Ahí tienes a tu ladrón!

Ginés guiñó los ojos, para protegerse del sol. Un chaval correteaba, seguido por el perro. Ambos, observaban los matojos, acechando el pájaro olvidado por los secretarios. Pedro continuó.

-Esta noche... y unas cuantas más, cenarán gracias a la cacería, y a que todos hacemos la vista gorda. El pueblo entero se alegra, porque son buena gente. Quien más, quien menos, están deseando ayudarles. Claro que no es fácil. Empezando por el crío, que apenas tiene cinco años, son más orgullosos que un duque. Si te cogen un regalo, pues estar seguro que andan esmayaos de verdad. Hace años, el padre cultivaba un trozo cerca del río, en la Majada Blanca. Una finca tan grande como ésta. Lo heredó el chiquillo y entre todos lo sacaban adelante. Hasta que se puso de moda traer forasteros a pegar tiros. Entonces echaron a los colonos, de allí y de otras partes. Aunque seas de la ciudad, y no entiendas de campo. ¿No crees que algunas cosas claman al cielo?

Ginés hundió la cabeza entre los hombros. Aquel tipo, que le sonaba de algo, empezaba a molestarle. Desde que cateó los exámenes, cuando chaval, y su madre le habló de sacrificios, no se había sentido tan incómodo.

-Yo te digo lo que pasa con el perro. Por lo demás, no me pidas cuentas. ¡No es cosa mía arreglar el mundo!

Se alejó hacia los coches, un manojo de perdices colgando de cada brazo.

Las mesas estaban cerca de la camioneta. Miguel observaba las evoluciones de sus camareros, que trotaban entre los invitados, haciendo sonar los caireles de la calzona. Manolo y Carlos se deshacían, distribuyendo atenciones y amabilidades, cuya magnitud variaba de acuerdo con la importancia social del receptor.

-¿Y Cristina?

El marqués alzó los hombros.

-No entiendo qué le pasa. Quizás esté enferma, o iniciando una menopausia prematura. Ahora dice que quiere pasear con las mujeres por el parque, en lugar de tirar con nosotros. ¡Lo que siempre ha detestado! Te aseguro que no funciona bien.

Alfonso intervino, con su mala fe característica.

-Lo que veo es que está engordando bastante. ¿No te parece?

Carlos fijó sus ojos grises en el horizonte, tratando de ahogar sus sospechas. El administrador se acercó, con oportunidad admirable.

-Cuando quiera el señor marqués podemos pasar a las Rozas Bajas. Está todo a punto para empezar el ojeo.

Otra vez los coches. Motores roneando sobre el camino de herradura, que planteaba dificultades a cada paso. En el valle, la maleza se cerraba. Manchones de chaparros desordenados, entre matorrales más altos que un hombre.

-Hace más de treinta años que no lo tocamos. El otro lado estuvo en arriendo hasta el sesenta y siete.

El príncipe admiró la espesura.

-Podrían salir jabatos...

-Quizá. Loreto dice que por lo más cerrado se ven algunas huellas. Claro que para montería no estará hasta dentro de cuatro o cinco años. Siembro un par de trozos para los animales. ¡A ver si pican y se vienen!

A Manolo le brilló la mirada.

-¿Qué te parece si preparo algunas balas?

-Buena idea, pero ten cuidado con los ojeadores. Los coges de improviso, sin esperarte. No sabes las complicaciones que traen estos accidentes.

Manolo dio la orden a Ginés, y una pareja de recambio emergió del jeep. Cuatro escopetas, pues si salía una pieza no estaba dispuesto a dejarla marchar.

Esperaban la voz del Pelao, sentados en el suelo. La caminata se dejaba sentir. Dolían las piernas, y los más viejos se quejaban de los riñones. Si pretendían llegar hasta la tarde, debían escatimar esfuerzos.

El guarda, de pie en los estribos, no quitaba ojo a don Rafael, que observaba a los señores desde la loma, espiando sus movimientos con ayuda de poderosos prismáticos. Apenas estuviesen preparados, daría la orden de empezar, agitando al aire su pañuelo.

-Esteban, ¡ata ese perro!

-¡Tú andas mal! ¡Lo necesito!

-Amárralo, te digo. Lo van a matar.

-¿Cómo lo sabes?

-Por el chofer de mi hermano. Le pilló antes, y ahora está a la espera. Tenía la escopeta vacía. Si no...

-¿Te conoció?

Pedro negó con un gesto.

-Pero yo sí. De la otra tarde. Mira, ¡deja por ahí al *Pirracas*, y no tengamos disgustos!

El chico reflexionó. Fue una elucubración rápida. Sin una palabra, escapó a correr seguido del chucho, desapareciendo en el cauce de un arroyo. Rebuscó en el bolsillo, sacando un trozo de bramante, que había servido muchas veces en circunstancias parecidas. El chucho se dejó hacer sin protestar, mostrando su disconformidad con una mirada llena de tristeza.

Su propietario colocó las perdices junto al árbol. Le servirían de entretenimiento, porque le gustaba hacer de guarda, y en caso de apuro, hasta de despensa.

-¡No se te ocurra moverte! ¡Y deja de hacer tonterías! ¡Ya vendré por ti a su hora!

Pirracas se tumbó resignado. En casos semejantes, sólo quedaba obedecer. Esteban salió de la vaguada. Las voces de los oradores se alejaban, cortando en dos el valle. Los alcanzó de una carrera.

-¡Hecho!

-¿Lo amarraste bien?

-Nunca se mueve. Sabe que quien manda, manda, y que no lo hago por perjudicarlo.

La voz aguda del chiquillo se unió a las demás. Su vara cimbreó los matojos.

Había recorrido el parque, y repasado detenidamente los liños de la huerta, en busca de las últimas cebolletas. Un entretenimiento relativo, que apenas hacía soportable el run run de las conversaciones, tan gastadas como viejos diálogos de teatro. Los cazadores estaban demasiado lejos, para que el ruido de los disparos llegase hasta el castillo. Era difícil prever cuánto tardarían en abandonar, volviendo junto a las mujeres. María Luisa lanzó la idea de meterse en la cerca. Fue aceptada por unanimidad, pues no había nada mejor que hacer. Incluso Beatriz, que apenas soportaba el estallido de la pólvora, palmoteó entusiasmada. El aburrimiento de un día de campo hace milagros.

Los criados se movilizaron, buscando escopetas y cartuchos. El arma al hombro, las damas penetraron en el cuadrilátero, cerrado por vallas de piedra suelta. Cerca de seis hectáreas, aisladas del resto de la finca, para complacer el último capricho del viejo marqués. Cargado de años y achaques, el padre de Carlos se encontró demasiado cansado para correr campo. Pero no había perdido su afición a la caza. Le construyeron un puesto, soltando cientos de conejos caseros por las intermediaciones. Los mataban a quemarropa, como en un tiro al blanco. Y así murió tranquilo. La raza degeneró, a través de mil cruces espontáneos, originando una extraña especie con rasgos montunos, que se adaptaba perfectamente al medio.

Las mujeres se colocaron en fila, procurando evitar el campo de tiro ajeno. Cristina se sentó en su banqueta, la escopeta cruzada sobre las rodillas. No le gustaba aquel juego de niños. Prefería el tiro rápido y difícil, contra una pieza con posibilidades de defensa. Participó por inercia y obligación,

que no por placer.

Tronaron las armas. Olor a pólvora quemada. Los animalitos corrían asustados, en busca de refugio, pero la muerte les sorprendía las más de las veces. Caían uno tras otro, con extrañas piruetas, rodando por la ladera hasta el cauce del arroyo.

-¡Oye! ¡Pero esto es magnífico!

La marquesa sonrió a Beatriz.

-Así debían ponérselas a Felipe II.

Inesperadamente, sintió deseos de matar por matar. Acertar sin hacer esfuerzos, como cuando era niña. Entonces el guarda le tiraba los pichones a la boca de la escopeta, por complacer al abuelo, que reía pausadamente, celebrando el entusiasmo provocado por el éxito.

Pensó en aquello que se obstinaba en crecer dentro de su vientre, coartando sus movimientos, y se llevó el arma a la cara. El conejo quedó abierto, las tripas enredadas en una mata de jara.

XI

Otra vez se acercaban. Pedro se agachó instintivamente. Esteban rió.

-No te apures, que no dan. Husmeaba el suelo, con igual celo que *Pirracas*.

-¡Ahí tengo una!

-¿Vas a cogerla?

-¡Claro! Del montón hace un par de años que no dejan. Si no la cobran, no la cuentan. Y si no está contada, ¡que reclamen al maestro armero!

Sacó la faltriquera, para enseñarla a su amigo.

-Se me ha metido en el coco llenarla, ¿sabes? Me la hizo mi madre, pero la inventé yo. Hace un montón de tiempo. Antes no iba de ojeador, pero me colaba en las cacerías. Andaba por cerca de los puestos, sin hacer ruido. A veces me pillaban, y se hartaban de darme bofetás. Pero yo me salía con lo mío. ¡Como me salgo ahora! ¡Con perro o sin él!

Se agachó, escurriéndose entre los matojos. Pedro le siguió con la mirada, hasta perderle tras una mancha de chaparros. Sus ojos no estaban acostumbrados al campo.

Una mano pequeña, aún sin desarrollar, emergió de las retamas. Don Manuel apuntó.

-¡Maldito perro!

-¡No es un perro!

El disparo apagó la voz de Ginés. La palma quedó hacia el cielo. En los ojos del cazador brilló una extraña luz. Cuando se volvió hacia el chofer, había desaparecido, junto con la sonrisa.

-Lo siento... son cosas que pasan por robar.

-¡Habrás que avisarles!

-¿Cómo?

El bando entró derecho.

-¡Venga! ¡Dame la escopeta!

Ginés obedeció mecánicamente.

-¡Doblete!

Pedro empezaba a preocuparse. Era extraño que el chiquillo tardase tanto en volver. Agachándose para evitar las perdigonadas, se deslizó entre los matojos, siguiendo la misma dirección. Lo encontró un poco más arriba, tendido junto al pájaro. Su sangre era más roja. Más ancha. Llegó a su lado de un salto.

-¡Hijo! ¿Qué te pasa?

Esteban sonrió.

-Ná. Que me han dao. No sé si pueo moverme.

Le cogió en brazos, y gritó con todas sus fuerzas, pero la voz se perdió, cubierta por los tiros. Rompían el aire, y el vuelo de la perdiz.

-¡No te olvides de cogerla! Con ésta van cinco.

Pedro se agachó, porque no había nada mejor que hacer. Tendría que esperar a que callasen las armas, para acercarse a los coches. Cualquiera les llevaría hasta el pueblo, o donde hiciese falta. De eso respondía, porque no podrían negarse.

-¿Te duele mucho?

-No. Nada.

El emigrante sintió el dolor de la impotencia. No le dolía, como en los accidentes graves. Ésos que se meten en la ambulancia, para morir camino del hospital. Había visto muchos en el trabajo. Corrió hacia los puestos, haciendo chascar las ramas.

-¡Ten cuenta! Puen confundirte con un cochino.

Ya estaba encima. Los tiros decapitaban el cogollo de las jaras. Buscó una clara, surgiendo a muy pocas metros de los caños. Las escopetas callaron, una tras otra. A su espalda, continuaba sonando el grito de los ojeadores.

-¿Qué diablos hace ese loco?

Reconoció la voz de Manolo. Sin saber por qué, tuvo la seguridad de que había sido el culpable.

-¡Un médico!

Esta vez sí le oyeron. La demanda se repitió a lo largo de la línea, hasta llegar a Juan Manuel.

-¡Sólo me faltaba un accidente!

Dejó la escopeta en manos del secretario, y se dirigió hacia los coches. El chaval estaba tendido en el fondo de un jeep. Una pila de mantas hacía las veces de colchón. Tejido suave, importado de Inglaterra, que los pobres no habían visto nunca. La sangre caliente se empapaba en ellas.

-¿Dónde te duele?

-En ningún sitio, señor. No siento las piernas

Pedro apenas pudo ocultar su ansiedad.

-¿Es grave?

El médico clavó los ojos en el suelo.

-¿Son parientes?

-Familia, lo que se dice familia, no, ¡pero es de mi pueblo!

Juan Manuel le cogió del brazo, alejándole del herido. Hablaba en un susurro, para que el muchacho no pudiese oírle.

-Mortal. Apenas le queda una hora. Y si lo mueven...

-¡Necesito un coche que vaya por su madre!

Don Rafael se acercó.

-Eso no, Pedro. De sobra sabes lo que pasaría, y bastante disgusto tienen los señores. ¡Llévatelo si quieres! Harías un buen servicio evitándoles el final. Pero lo otro...

Ginés se acercó de una carrera.

-¡Yo voy! ¿Dónde vive?

Don Rafael frunció el ceño.

-¿Tienes permiso de tu jefe?

-Tengo las llaves. ¡Y basta!

Don Manuel subía hacia el grupo. La presencia de Pedro le hizo detenerse. Era la última persona que esperaba encontrar por aquellos andurriales, y la que menos deseaba en semejantes circunstancias. Sin embargo, no lo quedaba otro remedio que acercarse al herido, uniéndose a los demás. Dominó su agitación. Como en otras ocasiones, consiguió recuperar la calma, alzándose por encima de los hechos.

-Es absurdo lo que intentas, Ginés. ¡Absurdo e inhumano! ¿Sabes qué puede ocurrir? ¡Que la mujer se muera delante de tus narices, por culpa de un ataque! Sería mucho peor, pues debe tener otros hijos. Así que te lo prohíbo expresamente. ¡No te moverás de aquí! Ha sido un desgraciado accidente, que lamento en lo más profundo. ¡Pero no consentiré que se agraven sus consecuencias! Para tu tranquilidad, te diré que de ahora en adelante, la familia queda a mi cargo. No puedo hacer otra cosa.

Esteban se movió con dificultad, hasta tocar la mano de Pedro.

-Oye. ¿Me muero de veras?

-No hijo... es que...

-¡Pero no puedo! ¿Quién va a cuidarse de mis hermanos? ¡Están solos!

Don Manuel se volvió hacia el muchacho, sin atender las señas del médico.

-¡Estate tranquilo! No ha de faltarles nada. Mejor que si trabajases para ellos. Hasta podrán estudiar.

Las miradas se clavaron en el millonario. Éste comprendió que su generosidad no había sido apreciada. Buscó una salida, que hiciese olvidar su crudeza.

-Además... no te vas a morir...

Esteban seguía fijo en su amigo.

-¿Tú lo crees, Pedro?

Entretanto, don Rafael había ocupado el asiento del conductor. Nadie se dio cuenta, pues le habían olvidado. De acuerdo con sus principios, consideraba primera obligación, evitar el penoso espectáculo al marqués y sus invitados. Éstos se acercaban ignorando la gravedad de lo ocurrido.

El coche arrancó. Un grito agudo corrió el valle.

-¡Me duele, Pedro! ¡Ahora me ... !

Silencio. Un motor, y el choque de las puertas abiertas contra la carrocería. El cuerpo se deslizaba suavemente. Al final de la cuesta, dos piernas se balanceaban, rebotando en las piedras del camino.

Don Manuel carraspeo, sacando el pañuelo para enjugar una lágrima imaginaria.

-Les aseguro. ¡Tendrán de todo! Mañana mismo bajaré al pueblo... o quizás esta noche si Dios me da fuerzas. ¡Entregaría mi propia vida si sirviese de algo! No se puede volver atrás... No se puede...

Los demás le compadecieron. Asistir a un accidente es desagradable, pero mucho más cuando el destino nos coloca en el papel de autor. Pedro cerró la mano, apretando la carne fría de la perdiz. La había conservado sin darse cuenta, olvidándola, como se olvidaba de sí mismo. Manolo continuaba lloriqueando. Su cabeza redonda se confundió con las otras. Rostros superpuestos, como si todos perteneciesen a un ser único: ministro, marqués, príncipe o millonario. Echó el brazo hacia atrás. La palma quedó abierta, y el despojo chocó contra aquella bola, haciendo tambalear el corpachón. Las palabras escaparon, coherentes y claras. Libres.

-No te mato aquí, y ahora, porque tengo otras cosas que hacer. Eres culpable, pero no el único, pues no has hecho el mundo como está. Lo encontraste como te lo dieron. Hijo de campesinos, rico, porque supiste aprovechar la ocasión. Y lo aceptas, porque te conviene. Eliminándote se arreglaría poca cosa. No me dejarían seguir adelante, y eso interesa. Pero llegará el día. ¡Lo estáis buscando, y muchos luchamos para conseguirlo! Esperaré tranquilo, y tenlo en cuenta: quedamos citados. Vendrán todos ustedes, porque el encuentro no será en un sitio preciso. Es una cita en el tiempo. Estaremos frente a frente, y seremos nosotros los más fuertes.

Sintió que le cogían por detrás. Manos blandas, que se multiplicaban con tacto de babosa. Se liberó fácilmente.

-¡No tengan miedo! Trabajo despacio... y seguro. Sigo el camino marcado paso a paso, sin detenerme ni mirar a los lados, pero sin prisas. Tampoco avanzo a saltos. Caería en el agujero. En la trampa que me tienen preparada. A mí, y a mis compañeros. Sería un sacrificio gratuito.

Carlos se adelantó.

-Por de pronto, saldrá inmediatamente de mi finca. ¿No comprende que el señor ha recibido un tremendo choc?

Pedro señaló a Manolo.

-Eso que usted llama señor era mi hermano. Nacimos de una misma madre, engendrados por el mismo padre. ¿Lo entiende? Y digo era, porque ya no tenemos nada que nos junte. Pertenece al mundo de ustedes. ¡En el nuestro no tiene sitio!

Esta vez don Manuel palideció realmente, notando las miradas que se cruzaban a su espalda. Pedro se dirigió al grupo.

-No se preocupen. Me voy. Pero les juro que volveré. No mis hijos ni mis nietos. ¡Volveré yo mismo cuando esta tierra sea de todos! Llegará ese día, ¡se lo juro! Es como si estuviese escrito. Y será la venganza de todos los Esteban, muertos por capricho, y por guardar los privilegios de unos cuantos. Explotados y denigrados por la avaricia de los que tienen.

Dio media vuelta, alejándose de la cacería. De muy lejos, llegaba el aullido de un perro. Cogió el camino del arroyo. Tendría que llevarse a *Pirracas*, para entrar juntos en La Dehesilla cuando no hubiese amos.

Don Rafael venía del castillo.

-He ordenado que se lo lleven a la madre. Me he permitido adjuntar un donativo generoso, para los funerales y el entierro. Conozco a esta gente. Son aficionados a latines y cirios, aunque mejor harían en guardar el dinero para cosas más serias.

Don Manuel lo agradeció con una sonrisa triste.

-Eso quería decirle. Pienso ocuparme... ver a la madre.

El administrador rechazó la idea con un gesto.

-No es necesario. Yo me encargaré de todo. Su presencia en el pueblo, puede dar lugar a incidentes desagradables. Lo único que no podré evitarle, es la declaración ante la Guardia Civil. Hablé con el comandante de puesto. Vendrán esta noche. Han estado realmente amables. Comprenden que más compasión merece el señor, que ese pobre desgraciado, a quien la vida sólo podía ofrecer penalidades.

Esta vez las lágrimas del millonario no fueron ficticias. Su espíritu se vio invadido de una ola de compasión hacia sí mismo, que se derramó por los ojos.

El marqués recordó sus deberes de anfitrión.

-Bueno, señores. ¡Vamos con el último ojeo!

Se esforzaba por disimular su mal humor. De buena gana hubiese mandado al cuerno todo aquello, pero el peso de la educación, que se prolongaba por generaciones, se lo impedía. Le obligaban a permanecer impasible, haciendo olvidar a sus invitados los incidentes desagradables. Aceptaba como de costumbre, sin intentar analizar un aparato formal, que se transmitía como el evangelio, por encima de toda discusión. De acuerdo con sus normas, lo del chiquillo no debía tener consecuencias. Un incidente desagradable, de los que se olvidan apenas ocurren. Sin embargo, y aún contra su voluntad, se sorprendió calificando el hecho de canallada imperdonable.

A lo largo de su vida, había presenciado numerosos incidentes semejantes, incluso en sus propias fincas, pero jamás presentaron características tan oscuras. Despreció a Manolo, preguntándose si, en aquel momento, estaría intentando establecer el precio legal de un cadáver. Lo vio instalado en el puesto, como si no hubiese ocurrido nada, y sintió asco.

Para olvidarlo, centró su pensamiento en Cristina. Los saltos de humor, el cansancio inoportuno, y las redondeces, recordaban un período preciso: el embarazo del hijo único. Si daba en el clavo, pronto se convertiría en padre oficial de algo que no engendró. La situación le pareció tan ridícula, como las insinuaciones que le servían en bandeja. Comprendió que el cabrón no es el último que se entera, sino el último que se quiere enterar. En otra clase social, aquello tenía fácil solución: se abandonaba a la mujer, y en paz. Pero en la suya todo era distinto. Un mundo diferente, que por primera vez le resultaba francamente incómodo.

Preparó la escopeta, aguardando las voces de los ojeadores.

Don Rafael agitó el brazo. Pelao transmitió la orden. Nadie se movió. Administrador y guarda repitieron el gesto, con idéntico resultado.

-¿Pero qué diablos os ha entrao?

El más cercano se encaró con el encargado.

-¡Que ojee tu padre! Lo de Esteban se sabe.

¡Con que a pagar, que nos las piramos!

Los campesinos rodearon al jinete. Don Rafael se acercó a un galope, que había olvidado desde sus años mozos.

-¿Esto qué es?

Lucas se adelantó.

-Que estamos al corriente. Usté nos va a decir que nadie tié la culpa cuando pasa un accidente. Que el señor se ha puesto a llorar, que es un buen hombre... ¡O lo que sea! ¡Pero se acabó! Ande no se

respetar ni a los muertos, yo no me quedo. ¡Así que el parré, pá llevarle flores!

La situación podía envenenarse hasta límites insospechados. El administrador tuvo conciencia de su inferioridad. Dando media vuelta, galopó hacia el puesto del marqués en busca de instrucciones.

La aparición de don Rafael, galopando a lo largo de la línea de tiro, sorprendió a los invitados. Carlos bajó los caños.

-Señor marqués... Tenemos problema. A lo visto, quieren dar el pésame inmediatamente. Es decir, ¡que se largan!

La expresión del administrador era realmente compungida.

-El señor no brega con ellos, y por eso no puede conocerlos. La verdad es que nos hacen un plante. Se marcharán por encima de todo... y no creo que vuelvan por este año. Para mañana podré buscar otros, en pueblos donde no se conozca la noticia... Pero hoy...

Carlos suspiró. En el fondo, se le quitaba un peso de encima. Salió del puesto, encaminándose hacia los automóviles. Los invitados le siguieron.

-Lo siento, amigos, pero tendremos que dejarlo. Hace un día magnífico, y es una pena, pero sólo tenemos gente del pueblo. Han decidido volver a sus casas, para preparar el entierro. Mañana podremos arreglarlo, posiblemente con obreros de otro lado... En todo caso, espero que tengamos un día más tranquilo. Y no tiene mayor importancia. Perdemos un ojeo, quizá dos, pero no más. Quien quiera, puede tirar conejos en la cerca, si es que las mujeres dejaron alguno. Los demás nos iremos a la chimenea. Creo que todos somos campeones de mús. Apenas saquemos las cartas, Cristina nos organizará un concurso en beneficio de sus roperos, y se quedará con las ganancias. ¡Ya lo veréis! En todo caso, tenemos recursos de sobra para pasar el tiempo.

El tono era festivo. La tensión desapareció como por encanto, y todo volvió al orden. El viaje de vuelta se animó con canciones populares, aprendidas durante la guerra, en las trincheras, o en las aulas de la universidad. Letras de las que no se repiten cuando hay señoras delante.

El único preocupado era don Rafael. Tendría que buscar mozos donde los hubiera, sin contar para nada con Alcocer. Una noche al volante, haciendo kilómetros por mala carretera.

En la posada imperaba el silencio. Ceños fruncidos, frases cortadas. Ni siquiera se comentó el recorrido de Santiago bajo la luna, con un saco de gatos furiosos a la espalda, autores de los numerosos arañazos que surcaban sus mejillas. Incluso el protagonista de la cacería olvidó sus gamusinos, y las múltiples quejas que había preparado, con el fin de amargar la cena a sus compañeros.

El tradicional buen humor de la patrona se había desvanecido, al mismo tiempo que sus dotes culinarias. Cuando llegaron, les recibió ásperamente, anunciando, en un tono que no admitía réplica, cómo debían contentarse por toda cena, con unos huevos fritos, preparados a media tarde; pues ella se marchaba al velorio. Lo hizo inmediatamente, dejando la cocina apagada, y el brasero escaso de cisco. Con lógica campesina, extendía la culpabilidad a todos los amos, y a cuantos les servían. Al fin y al cabo, eran iguales. Venían de la ciudad, y les gustaba vestir a la moda de los señoritos.

-¡Anda que tu patrón!

Ginés tragaba los reproches sin contestar. En cierto modo, se sentía responsable, como de los éxitos. Repasó la escena, buscando una disculpa. El cuerpo del chaval se distinguía perfectamente entre los matojos, y también aquella mano, que se esforzaba por alcanzar la perdiz. Don Manuel había tenido

que verla. No quedaba más remedio. Disparó a sabiendas, contra un chiquillo que se defendía del hambre, trabajando frente a las escopetas. Cuando abrió el arma, saltaron dos cartuchos vacíos. Había tirado dos veces, apuntando al centro, como cuando buscaba entre los ojos del jabato, o al pecho del venado. Después lloriqueo, hizo promesas, pero en el puesto siguió cazando, como si no hubiese pasado nada. Hasta el último momento.

Las palabras de Pedro le martilleaban. Los señores tenían razón. Aquel tipo amenazaba sin miramientos, y era peligroso. Pero se trataba de una amenaza consciente, justificada incluso, pues quien la profirió sólo intentaba defenderse, de los que atacaron a su clase desde el principio de los tiempos, usando la fuerza contra la razón y el derecho natural.

Resultó ser el hermano de su jefe, o por ser más justos, haberlo sido. De hecho, el campero estaba en lo cierto. Se es hermano por encima de la sangre, no gracias a la sangre. Aquel hombre tenía poco que ver con don Manuel, pero se parecía al chaval.

La tarde antes deseaba, sobre toda las cosas, convertirse en señor, para viajar en el asiento trasero, y dar órdenes. Por eso imitaba los gestos de su patrón, y la manera de hablar. Nunca, ni siquiera de niño, se le pasó por la cabeza parecerse a un muerto de hambre, o a un tipo de su clase, pendiente del jornal. Pero en la cacería todo cambió. Supo que ropas, palabras y gestos son cosas de fuera. Importa lo que sale de dentro. Y aquellos dos tiros habían escapado de la entraña del millonario.

Él nunca hubiese podido disparar contra lo que no era un perro. Pensándolo bien, ni siquiera contra un perro, que no estuviese rabioso. Por eso no tenía nada que ver con su jefe, ni con el administrador, que puso en marcha el jeep, arrancando aquel grito. El marqués y los demás aparecían impasibles, capaces de continuar con sus diversiones como si no hubiese pasado nada. Pero a él le temblaban las manos, cargando las escopetas, como a Santiago.

Germán contaba que estuvo a punto de incrustarse en un árbol, por culpa de los nervios. Hubiese sido su primer accidente, en cuarenta años de servicio. Ni los camareros podían dar pie con bola. Hasta las doncellas se equivocaron, repartiendo la ropa como no debían.

Los ojeadores llegaron más lejos. Se habían marchado, renunciando a unas pesetas, que les hacían mucha falta. Salieron de la finca con la cabeza bien alta, sin lamentar el dinero, ni arrugarse por miedo al hambre. Pensó que todos los servidores debieron hacer lo mismo. Aun a costa de volver andando hasta Madrid.

Sintió un escalofrío al comprender que detestaba convertirse en hermano de los suyos. Y los suyos eran aquellos tipos, que hablando mal castellano daban lecciones de dignidad y honor. De solidaridad.

El viejo sueño de millones y lujos se desmoronó, dejando paso a un ideal inédito: ropas de campo, y lucha.

La puerta cerrada no impedía que llegasen las voces del salón. Se discutía el incidente, acumulando críticas sobre su autor. Éste paseaba nervioso en la biblioteca. Se había quitado del medio, preparándose a una declaración que podía ser peligrosa, aun redactada por autoridades llenas de buena voluntad.

-No te preocupes, hombre. ¡No es nada! Me han garantizado un atestado inofensivo. ¿Que te costará caro? ¡Chico, se trata de una vida!

-Son los demás. Lo que dicen de mí...

Carlos rió.

-¡Ya se pasará! Tú sabes lo que duran los chismes. Unos meses, y después se olvidan. ¡Cosas peores he conocido, y ni yo las recuerdo!

-¿Tú crees? En todo caso, no tengo mucho que agradecerte. Me miran como a un bicho raro. Y tú no haces más que reírte. ¡Como si tuviese la culpa! Desde que ese tipo dijo que era mi hermano, parece que me he convertido en otra persona. Un extraño... un advenedizo...

El marqués elevó los ojos al cielo.

-¡Esta sí que es buena! ¡Mira lo que va a preocuparte! Como si yo no supiese, desde hace años, que eres el hijo del Mochuelo. Habrás visto que jamás me ha importado. Ni a los otros. Tu origen es popular. ¡Convéncete!

-No había necesidad de remachar el clavo, contando mi historia desde que puse el pie en Madrid. Te pedí que lo desmintieses. ¡Y lo apoyaste!

-¡No tengo otra cosa que hacer! Por otra parte, nadie me hubiese creído. Con tu pinta, la verdad se hace tan evidente, que...

-¡Menudo disgusto tiene María Luisa!

-¡Hijo de mis entrañas ¡No haberse casado con un nuevo rico por dinero! Las cosas se pagan.

Manolo se detuvo. Si tuviese una escopeta en la mano, volvería a matar. Cuando no se puede utilizar un arma, hay otras maneras de hacerlo. Eligió la más adecuada.

-Está bien, Carlos. Quieres humillarme, y te lo has ganado. Por si no lo sabes, te anuncio la buena nueva, como el Ángel a San José: pronto serás padre. Pero el hijo de Cristina no viene de Dios. ¡Es mío! ¿Entiendes? ¡Exclusivamente mío!

Carlos palideció, conservando a duras penas la calma necesaria para contestar.

-Ha pasado en muchas familias, y nadie se ha muerto por eso... ¿Cuántos hay que no son hijos de uno, sino de mil padres?

La mueca de Manolo semejó una sonrisa.

-¿Te gustaría que lo supiesen tus invitados? También es una historia interesante.

-No te lo aconsejo. Harías el ridículo y...

Pero Manolo no se quedó a escucharle. En dos zancadas, se plantó a la puerta del salón, parándose en el hueco, las piernas abiertas en compás. Tocó las palmas, para llamar la atención de los reunidos. El silencio sustituyó al murmullo.

-¡Amigos! ¡Tengo algo que anunciaros! Cristina Arbras está embarazada. Espera un hijo para dentro de cinco meses. Lo quiere deshacer, pero no lo conseguirá. Vendrá a este mundo, y quizá sea el heredero de los títulos, de este castillo. ¡Y de todo! El Conde, Luisillo, es víctima de una senilidad precoz, que afecta a la familia. Dentro de pocos años será incapaz de cumplir su deber, como semental titulado. ¡Ya os figuraréis quién es el padre del futuro grande de España! ¡Yo, el hijo del rentero!

No hubo palabras ni gestos. Todos esperaban un milagro que rompiera la tensión. Cristina se levantó, haciendo gala de su desenvoltura tradicional. Acercándose a Manolo, le pasó el brazo por encima de los hombros.

-¡Tranquilízate! Ha sido un mal día, pero todo se arreglará.

Se volvió hacia el público.

-No se lo toméis en cuenta. Está muy excitado. Es verdad que espero un hijo, pero me daba vergüenza decirlo. ¡Con la edad de Luis es ridículo! Será una buena ocasión. Carlos y yo se lo contamos hace unos días. No sé qué le habrá impulsado a inventar semejante patraña, y la historia de la enfermedad del chico. Los hombres de la casa son perfectamente normales. ¡Lo garantizo! Para probarlo está lo que venga, que naturalmente, es obra de mi marido. En todo caso, os pido que lo disculpéis. ¡Después de lo que ha pasado!

El marqués esperaba el final de la escena al fondo del pasillo. Suspiró aliviado, admirando los dotes de su mujer. Después se acercó a Manolo, cogiéndole suavemente del brazo.

-¡Anda, ven! Losguardias están esperando.

Se pusieron en pie, el tricornio bajo el brazo. Carlos les saludó con una ligera inclinación.

-Podemos empezar...

Manolo ocupó la butaca de cuero, evitando caer bajo la bombilla. Prefería mantenerse en la sombra, al resguardo de las miradas.

-Lamento tener que molestar al señor, pero la ley lo exige.

Carlos sonrió.

-Soy el primero en animarles a cumplir su deber. Don Manuel, por su parte, les esperaba con verdadera impaciencia, es un ciudadano puntilloso en cuanto se refiere a la legalidad y la obligación cívica.

Habían colocado la enorme máquina en un extremo de la mesa. El secretario, siempre descubierto, se sentó frente a ella, copiando la filiación que figuraba en la tarjeta de identidad, perteneciente al encartado. El tecleo se multiplicó, chocando contra el artesonado.

El comandante de puesto se aclaró la voz.

-¿Le molestaría contarme cómo ocurrieron los hechos?

Manolo cerró los ojos para concentrarse.

-Vi moverse las retamas, y disparé. Pensé que se trataba de un perro ladrón, que en el ojeo anterior me robó un par de piezas en mis propias narices.

El policía detuvo al mecanógrafo, que se preparaba a ordenar el párrafo en frases legalistas. Se dirigió al marqués.

-¿Lo vieron otros cazadores? Al perro, quiero decir.

Carlos negó.

-Nadie vino a quejarse, pero pudo ocurrir. A veces se le cuelan al guarda este tipo de ladronzuelos. Vienen con los ojeadores, y sólo actúan frente a uno o dos puestos, pues no se separan del amo, que da las órdenes, como en las demás actividades... digamos de trabajo.

-Hablé con Loreto. En su declaración no figura para nada la presencia de un chucho, aunque me contó la cacería con todo detalle. Es más, comentamos con qué severidad los han prohibido, desde que se encuentra comprado, para la caza. Si escribimos lo que ha dicho don Manuel, habrá que meterse en averiguaciones... El tipo que cargaba las escopetas, ¿podría declarar?

Manolo se revolvió incómodo. La actitud de Ginés no le inspiraba confianza. Corroboraría la historia del chucho, pero podía añadir la presencia de una mano, perfectamente distinta entre los matorrales.

-Es mi chofer. Lleva muchos años con nosotros. Por desgracia, las declaraciones de personas a sueldo, y de confianza, apenas tienen valor jurídico.

-¿Qué podemos hacer?

Carlos alzó los hombros.

-¡Allá ustedes! Estoy aquí de acompañante. ¡No de asesor!

El guardia paseó por la habitación, buscando la idea.

-¿Es zona de jabatos?

-Se ven algunos.

Manolo se estiró, si. poder disimular su alegría.

-¡Claro! ¡Eso es! Acuérdate. Antes de empezar el ojeo estuvimos hablando. Me dijiste que pronto darás montarías, y que estaba dentro de lo posible que entrase caza mayor.

-Te advertí que tuvieses cuidado con los ojeadores, si te entraba por casualidad. Por otra parte, no se vio ni uno.

-¡Pero yo me lo creí! Estabas junto al jeep cuando mandé sacar los cartuchos de bala.

-El muchacho ha muerto de una perdigonada. Plomo grueso.

Manolo inclinó la cabeza sobre su pecho.

-Bueno... Es que salió de pronto. Vi moverse las ramas bajas. La zona está muy espesa. Al buen aficionado, esas cosas le ponen nervioso.

-Sabes de sobra que largar perdigones contra un cochino, no sirve de nada. Todo lo más, para hacerle un rasguño y excitarle.

El comandante de puesto alzó las cejas, haciendo patente su desconcierto. Parecía que en lugar de ayudarlo, el marqués se divertía, multiplicando las dificultades de su amigo. Se preguntó de dónde venían los vientos. Por si las moscas, se había informado previamente, descubriendo una verdad incontestable: el hijo del Mochuelo era hombre influyente en la capital, con quien convenía estar a bien. Según le dijeron, tenía más fuerza que el propio castellano, pues se dibujaba como futuro ministro.

-Son cosas que pueden pasar, señor marqués. Claro que la explicación, tal y como la están dando, sirve de poco. El juez me ha dicho que archivará el asunto, pero no es conveniente presentarle una declaración embrollada. Es un tipo cobarde. El miedo trae malas consecuencias.

Manolo asintió. Era evidente que debía aclararse.

-Ponemos la del jabato. Y dejamos las balas y el chucho...

-¿Es usted buen tirador?

-Tiene fama. La última temporada le incluyeron entre las mejores escopetas. En el tiro de pichón no baja del tercer puesto...

El policía se pasó la mano por la frente. Aquello se complicaba. El número acarició el teclado, aburrido por la inactividad.

-¿Escribo, mi teniente?

-No, no. Espera. Los éxitos del señor no arreglan las cosas. El tiro bajo, casual...

Carlos se volvió hacia su amigo.

-¿Cuántos cartuchos disparaste?

-No recuerdo.

La voz del secretario sonó tímidamente.

-Según dice el forense tuvieron que ser dos.

-¿No tuviste tiempo para mirar lo que hacías?

-El monte es espeso. No vi nada...

El teniente empezaba a ponerse nervioso.

-Por supuesto, dejamos lo del perro. De la puntería, más vale no hablar. Una escopeta se escapa una vez. Nunca dos seguidas. ¡Claro que con las de repetición! ¿Las tiene ahí?

Manolo se hundía por momentos.

-Inútil. Uso siempre la de dos caños. ¡Maldita sea la deportividad!

El policía suspiró.

-¡Pues abandonaremos la escopeta!

Carlos encendió un cigarro. Era el único que conservaba la calma.

-Creo que nos quedaremos con el jabato. Manolo, ¡eres un asesino!

El acusado se revolvió.

-¡Mide tus palabras! Puede costarte un disgusto ir demasiado lejos. Y usted...

El teniente agitó la mano.

-No se preocupe. No he oído nada. Vamos a terminar.

Repentinamente iluminado, y seguro de sí mismo, se dirigió al escribiente.

-¡Escribe! Y sin saltarte una palabra. Es como si te hablase don Manuel.

Hizo una pausa, dando tiempo a terminar las generales. Después inició su relato, hablando en primera persona.

-Conozco la zona hace muchos años, y sé que hay jabatos. Tenía la seguridad de que vendrían hacia mi puesto, pues siempre tuve suerte. Los ojeadores estaban lejos de la línea de tiro, cuando vi moverse las ramas. Disparé dos veces casi simultáneamente. Tenía perdigón grueso, y era el único medio de parar al bicho, hasta que mi secretario cargase con bala la pareja. Le había mandado coger una caja, pensando en la posibilidad de cobrar piezas mayores. No puedo explicarme cómo se encontraba la víctima cerca del puesto, teniendo en cuenta, que sus compañeros, apenas habían rebasado el centro de la vaguada. ¿Le parece bien que lo digamos así?

Manolo aprobó. Era una versión aceptable.

-La verdad, nunca creí que fuese tan difícil aclarar las cosas...

-Las muertes se lían fácilmente. Por eso importa empezar el expediente con buen pie. Un error lleva de seguro al proceso, y ahí... nunca se sabe, pues depende del abogado que lleve la acusación privada. Nos queda estudiar la indemnización. ¿Está dispuesto a darla?

-¡Naturalmente!

-¿Cuánto le parece al señor?

Manolo arrugó la frente, combinando números.

-El chico tendría unos catorce años, es decir, que no estaba en edad de trabajar. Con el código en la mano, debemos considerarlo carga familiar, no ayuda. Es inoportuno irse por las ramas. Podríamos crear precedentes negativos. ¿Le parece bastante diez mil duros?

El teniente trató de ocultar su decepción. Contaba con la generosidad del posible acusado para arreglar las cosas.

-El juez baraja cifras bastante más altas. Entre treinta y cincuenta mil. Si no contentamos a la familia en el plano económico, será muy difícil eludir la acusación privada. Si ésta surge, no podremos parar el asunto.

Carlos intervino.

-Entregará medio millón. ¡Sin discusiones!

Manolo frunció las cejas.

-Me parece inadmisibile que te inmiscuyas en un asunto que me atañe exclusivamente.

-Te equivocas. Los hechos han ocurrido en mi finca, dentro de un pueblo donde me conocen de toda la vida. ¡Cuando se castiga el robo de una pieza con el asesinato, hay que pagar! Todo placer trae consecuencias, y la venganza es uno.

Manolo gritó.

-¡Te digo que...

El marqués se había levantado. Aunque estaba furioso, no alteró el gesto ni la voz.

-Para mayor seguridad, extenderás un cheque ahora mismo.

El invitado se acercó a la mesa. Rebuscando en sus bolsillos, con gesto cansado, extrajo el carnet. Aquel gasto extraordinario no le hacía ninguna gracia, pues habría de reflejarse en la renuncia a proyectos inmediatos.

-¿A nombre de quién?

El teniente se apresuró a informarle.

-Al portador. En estos casos, cuantas menos huellas queden, mucho mejor.

Mientras rellenaba el talón, Carlos ultimó con el oficial.

-Usted se encargará de que la madre firme una renuncia oficial atoda reclamación ulterior. Debe reconocer que se trata de un accidente fortuito, y declararse satisfecha con la indemnización recibida. Lo hará ante el juez, pues no quiero acciones posteriores. Pueden ser desagradables. Utilice los medios que le parezca, sin contemplaciones ni dudas. ¡No quiero acusador privado! En Madrid sabremos comprender las dificultades con que pueda tropezar. Y también recompensar el servicio. Si hay algo, me avisa inmediatamente. Ya nos ocuparemos de enterrar el asunto desde la Dirección General. Por supuesto, no entregará una peseta hasta que no haya sido firmado el documento.

-Descuide el señor marqués. Sabré cumplir como de costumbre.

Llamaron a la puerta.

-¡Adelante!

Cristina sonreía, bajo un maquillaje impecable.

-¿Vais a tardar mucho? La cena está lista.

-No. Vamos en seguida.

-Por cierto. ¿No tenéis nada que beber?

-Nos han olvidado...

-Os mando un camarero en seguida -se volvió a los guardias-: ¿Ustedes qué toman?

El teniente sonrió con embarazo.

-Lo tenemos prohibido estando de servicio...

-¡Por una vez!

-Bueno... haremos una excepción... Cualquier cosa. ¡Pero no se moleste la señora marquesa!

-¡Qué tontería! Lo hago con mucho gusto.

Salió, cerrando a su espalda.

Resultó difícil encontrar hombres, dispuestos a subir en un camión, en medio de la noche, aceptando unos pocos jornales lejos de su casa. Sólo el pago adelantado, y generoso, pudo convencer al número indispensable. Era muy tarde cuando volvieron al castillo. A don Rafael le dolía la espalda, como siempre que viajaba a deshora. Ya no tenía edad para semejantes trotes. Cuando entraron en el patio, suspiró aliviado.

El cargamento humano saltó a tierra, con revuelo de mantas desplegadas, en las que se arrebujaron los gañanes, defendiéndose del frío, que llegaba con el amanecer.

Loreto salió al patio, restregándose los ojos, cargados de sueño. El administrador le llamó a un rincón, desde el cual no podían oírle.

-Aquí los tienes...

-Sabe usted que no me gusta andar con forasteros. Desconocen el terreno, y por menos de ná, tendremos otro disgusto.

-Hay que apañarse con lo que se encuentra. ¡Menudo se pondría el señor marqués si se suspende la cacería! Nunca pasó en esta casa. ¡Ni en tiempo de los maquis!

El guarda se rascó la cabeza.

-Como es natural, el mal humor del amo nos caería encima...

Don Rafael se felicitó, por haber encontrado un subalterno que sabía comprenderle con medias palabras.

-¡Ah! ¡Y nada de perros! Te las arreglas como sea.

-¡Descuide! Loreto formó a los hombres en doble fila, recordando los tiempos del ejército, cuando fue sargento. Necesitaba examinarlos uno por uno, procurando adivinar en qué sitio rendirían mejor. Venían de términos lejanos, con otra orografía. Era gente que no se llegaba al de Alcocer ni en días de feria.

-¡Aquí se paga en forma, pero se exige! Hay que obedecer, atender a las voces, andar con respeto, y estar a lo que estáis. De comer no falta, ni tampoco vino. ¡Hasta tabaco pasa el marqués! Dormir, en la gañanía vieja. Hace tiempo que anda desabitá, pero podéis apañaros, porque techo no falta, ni hogar donde hacer fuego. Además, tres días... son tres días.

Aceptaron a coro.

-De irse de aquí, pá ná, hasta no haber terminao. Y ahora tirar pá aquel cerro. Os cojo de momento.

Se reunieron en la loma más alta, para escuchar las últimas instrucciones, y observar la forma de los valles.

-¡Cuidao con coger pájaros! Ayer tuvimos un lío por culpa de eso, que les costó el puesto a los del pueblo.

Loreto se guardó de explicar el desenlace de la primera jornada. Pelao tampoco lo haría. Cuanto menos supiesen, mejor andarían las cosas.

Otra vez las voces, y pólvora quemada. Ginés cargaba mecánicamente, tendiendo las escopetas a su amo, como de costumbre. Gestos instintivos, que no le ocupaban el pensamiento. Éste enredaba en cosas que quería olvidar. Veía el cuerpo del chiquillo, que ya nunca podría estar en la mano, y la expresión de Pedro. Sin saber por qué, buscó al chucho entre los matajos.

-¡Pájaro!

Los bandos pasaban rasantes. Una perdiz herida aleteó contra el suelo, muy cerca del puesto. Don

Manuel se volvió sonriendo.

-Ya lo ves. Hoy no tenemos perro.

El caño estaba caliente. Ginés cogió perdigón del más grueso, e introdujo los cartuchos cuidadosamente. Se levantó despacio, contando los disparos.

Uno, dos. Había retrocedido. Estaba a tres metros del amo. Don Manuel alargó el arma vacía.

-¡Pero cógela, imbécil! ¿No ves que se me están yendo? ¡Y dame ésa!

El caño le apuntaba.

-¡Dámela inmediatamente, o te despido! ¿Es que te has vuelto loco?

Ginés acarició el gatillo.

-No se mueva, patrón, ni se preocupe. Sé tirar. Probablemente mejor que usted. Daré en el sitio, sin hacer daño. Después tendrá razón: ya no habrá perros en esta finca. Su hermano no lo hizo. Está ocupado en otras cosas, más eficaces, que necesitan tiempo. Pero yo soy libre, pues nadie me necesita. Sólo ustedes, para que les lleve de un sitio a otro, y espere en el volante a que terminen de divertirse. Sin embargo, hoy puedo ser útil. ¡Matando perros!

Don Manuel estudió sus posibilidades. No era cuestión de saltar sobre el chofer. Le volaría la cabeza. Se inclinó hacia atrás, clavándose las piedras del murete. Podría saltar al otro lado, huyendo hacia los matojos. Pero no es fácil cruzar una zona, donde los tiros llegan de todas partes. Perdigonadas múltiples se hundirían en su carne, facilitando la labor del asesino. Más tarde, el acto sería interpretado como un suicidio, que dadas las circunstancias, nadie parecía dispuesto a lamentar.

Gritó con todas sus fuerzas. La voz se perdió, como la de Pedro. Agitó los brazos desesperadamente. Gesto inútil, que sólo vio Ginés. Los cazadores estaban demasiado ocupados para prestarle atención. Entonces recurrió a la palabra. Razones convincentes, que le permitiesen ganar unos minutos.

-Ginés, hijo, llevas mucho tiempo en la casa. Eres... como de la familia. Tenemos confianza en ti ¡toda! Y por eso te ofrezco un porvenir como administrador. ¡Como socio incluso! Te juro que estaba proyectado. Llegarás donde quieras. A ser un señor; un rico de verdad. Porque siempre pensé convertirme en alguien importante. Cuando estamos solos, te permito tirar en mis fincas, y hago la vista gorda si te llevas el coche grande, para presumir. Me parece bien que tengas queridas, que te acostumbres al mundo. Hasta te doy dinero por encima del sueldo, y dejo que me robes con tus cuentos de averías y garajes, que jamás he creído. No quiero que te falte de nada. Comprendo tus vicios. Lo apruebo, pues quiero que seas igual a mí. Como un hijo. Estás en camino. Y sabes que empecé como tú. Más bajo todavía, pues no tuve a un hombre importante, que me ayudase sin condiciones. ¡Mírame ahora! Te facilitaré lo que sea. ¡Palabra! Pero si me matas, se terminó todo. Serás un presidiario, o un loco. Con suerte, un paria sin porvenir, como el muchacho que murió ayer tarde estúpidamente.

-¡El que usted mató!

Don Manuel reanudó su discurso. Cuando terminase la mano, podría considerarse a salvo.

-Fue un accidente y lo sabes. Si no hubiese tenido hambre, a estas horas estaría vivo, pues nada le habría empujado a robar. Piensa en tu madre, hijo mío. En tu padre, que guardó fidelidad a sus señores hasta el final, convirtiéndose casi en leyenda, como modelo de chóferes. Y también en los hijos que tendrás algún día.

Ginés soltó una carcajada.

-¡Un señor para convertirme en asesino! ¡No! No tengo nada que ver con usted, ni con su gente. Cuando mato un perro, me aseguro antes de que lo es, de que hace daño, y entonces tiro. Lo haré

dentro de poco, sin dar tiempo a que los ojeadores se acerquen, y amaine el ruido. Con un poco de suerte, será otra casualidad. Cuando termine la mano, no tendré patrón, ¡ni porvenir! En eso estamos de acuerdo. Pero seré un hombre. Un hermano de los míos. De esos que he negado tantas veces. ¡Entérese de una vez! No me interesan los millones, ni el mundo de los ricos. Guárdese, porque me voy al de los otros. Volveré a ser de ellos, por el camino más difícil: exponiendo mi propia libertad.

--Ginés, yo...

-¡No intente entretenerme!

Curvó el dedo. Don Manuel se llevó las manos a la cara. Muñones enrojecidos. El hijo del Mochuelo no tuvo tiempo de escuchar el segundo disparo.

La sangre corría por el jersey inglés, manchando la zamarra. El cuerpo cayó lentamente, para quedar arrugado y roto, ciñéndose a la curva del puesto. Ginés apoyó la escopeta en las piedras. Después se sentó en el banquillo, encendiendo un cigarro.

Le quedaba esperar.